Los Briqueros y sus Rutas

Autores:
Paulino Zamarro Sanz
Eduardo Zamarro Flores

BI COLECCIÓN Becas de Investigación

INSTITUTO DE LA CULTURA TRADICIONAL SEGOVIANA
MANUEL GONZÁLEZ HERRERO

Edita
Instituto de la Cultura Tradicional Segoviana
«Manuel González Herrero»
DIPUTACIÓN DE SEGOVIA

Diseño y maquetación
Ver para Creer! **graficosag@gmail.com**

Fotografías
Los autores y otros citados a pie de foto

Impresión
Ceyde Comunicación Gráfica.

I.S.B.N.
978-84-17191-33-7

Depósito legal
DL SG 48-2021

Precio fijo establecido por el editor: 28 euros
(art. 9 Ley 10/2007, de 22 de julio).

© De los textos y fotografías, sus autores.
Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de la obra sin autorización expresa de los titulares.

Orcid ID: **0000-0001-5512-2652 Eduardo Zamarro Flores**
Orcid ID: **0000-0003-4632-584X Paulino Zamarro Sanz**

A los últimos chifleros de Cantalejo.
A los briqueros que pregonaron
su nombre por la España cerealista.

Escopleando en Cabezamesada, Toledo, 1919. Isidro, Tomás de Lucas y Fausto el carnicero.

En memoria de Paulino Zamarro Sanz, 1947-2020,

Autor de este libro al que tanto cariño y esfuerzo dedicó.

La Historia de nuestra provincia cubre a nuestro territorio, como lo hace el paso del tiempo con cualquier otro, de señas de identidad, de marcas de nacimiento, de -a veces- heridas de guerra y cicatrices que nos han hecho ser quienes somos y sentirnos orgullosos de quienes fuimos. Miramos las fotos y comprendemos el ADN. Observamos el pasado y aceptamos los conceptos de patria y patrimonio, de herencia y de legado. Y es de cómo se ha cribado y trillado todo eso en Cantalejo, de lo que hablan, con algo de gacería y algo de segoviano, padre e hijo, hijo y padre, Paulino y Eduardo, en este libro que empezó como orgullo de patria y ha acabado en patrimonio de toda la familia Zamarro.

Estoy seguro de que allí donde fuese Paulino con su trillo a hacer el verano en el invernal 2020, estará feliz de que esta investigación sobre briqueros haya cubierto todas las rutas posibles, desde la propia Historia del trillo y los criberos, hasta su auge, su artesanía y su declive, sin olvidar a sus grandes protagonistas, para llegar a su destino. Un destino fruto de un trato pactado entre el Instituto de la Cultura Tradicional Segoviana Manuel González Herrero de la Diputación que presido y quienes, como los autores de este libro, saben que si a un territorio se le golpea con un martillo sobre su afilado sílex, termina saliendo el ADN que le hace ser el que es y sentirse orgulloso de lo que fue.

Miguel Ángel de Vicente Martín

Presidente de la Diputación de Segovia

Índice

PRÓLOGO **9**

1. INTRODUCCIÓN **15**

2. HISTORIA DEL TRILLO **19**
2.1. Historia del trillo 19
2.2. Otros tipos de trillos 34

3. SEMBLANZA DEL TRILLO BRIQUERO **35**

4. LOS CRIBEROS **49**
4.1. Fabricación de cribas y harneros 49
4.2. Palabras de un cribero 55
4.3. Distribución y venta 57

5. LA FABRICACIÓN DEL TRILLO **59**
5.1. Los briqueros 59
5.2. El taller briquero 61
5.3. Los pedreros 66
5.4. Preparación de las tablas 73
5.5. El escopleo 80
5.6. El ensamblaje final 82
5.7. El enchinado 85
5.8. El acabado final 86
5.9. Actividades relacionadas 87
5.10. Los tratantes de ganado 93
5.11. Las telas de los somieres 95

6. DISTRIBUCIÓN Y VENTA DEL TRILLO **99**
6.1. Generalidades 99
6.2. Principales rutas de venta 106
6.3. La vuelta a casa 115
6.4. La ruta de un trillero 118

7. TESTIMONIOS DE TRILLEROS 133
7.1. Teodora San Atanasio 133
7.2. La piel del caballo 135
7.3. Maturina 138
7.4. Fausto de Lucas 139
7.5. Ana María Sanz Gómez 142
7.6. Elena, Maruja y Camilo 144

8. HOMENAJES AL TRILLO 149
8.1. Poemas sobre trillos 149
8.2. Homenajes al trillo cantalejano 158
8.3. Escudos de Cantalejo 159
8.4. Otros homenajes al trillo 160
8.5. Refranes y dichos 166

9. EL DECLIVE DEL TRILLO 169
9.1. Los últimos tiempos 169
9.2. El Museo del Trillo 169

10. ARTESANÍA DEL TRILLO 175
10.1. El trillo hoy 175
10.2. José de Diego 176
10.3. Justo Santa Engracia 178
10.4. José Ángel Bravo 180
10.5. Gaudencio San Bruno Sanz 182
10.6. Taller de empleo. Trillos 184

11. BIBLIOGRAFÍA 187

12. GLOSARIO 191

ANEXO I. 193
Revista Estampa, 1929 193

APÉNDICE 205

Prólogo

Los estudios dedicados a los trilleros de Cantalejo han ido mostrando diversos aspectos de una comunidad diferenciada por su actividad, por sus técnicas depuradas de trabajo, por sus peculiares productos con «marca» (antes de la era de las marcas comerciales) y por una particular jerga empleada en la comunicación interna que llamó la atención de los lexicógrafos clásicos. Y se conocía su ubicuidad por las distintas áreas cerealistas de España, pero apenas se tenían datos concretos sobre esas rutas que recorrían los caminos en todas las direcciones de la rosa de los tiempos, que se detenían en infinidad de pueblos y que los llevaban por mercados y ferias locales y comarcales, año tras año. Y, sobre todo, apenas nada sobre la vida itinerante, la familia entera y a veces en solitario, en carro/vivienda, alojándose de cuando en cuando de fonda en fonda y recorriendo caminos polvorientos, pedregosos o embarrados bajo el férreo sol del verano o en plena tormenta de trueno y pedrisco.

La vida de los trilleros, a diferencia de sus vecinos agricultores, tenía dos estaciones, una sedentaria y otra itinerante, una con el esforzado ejercicio del oficio artesano fabricando cribas y trillos, y otra no menos esforzada como vendedores (también como artesanos de reparación y componenda) ambulantes. Una doble vida que requería habilidades múltiples, capacidad para un trabajo coordinado, perseverancia y flexibilidad, concentración y apertura, cierre familiar y don de gentes, prudencia y cierta asunción de riesgos. Aptitudes en buena medida contradictorias, pero en todo caso adecuadas para una vida cuyo desdoblamiento se repetía cada año según las estaciones. Esa otra parte de la vida se desarrollaba en un mapa de rutas hasta ahora meramente aludido y que, con este libro, puede verse ya dibujado.

Un mapa que se añade a los de otros pueblos peninsulares ambulantes que también han recorrido durante generaciones los caminos de las Españas. Por mencionar a algunos, valgan los siguientes ejemplos. Los maragatos, con características que, en ocasiones, han servido para atribuirles diferencias étnicas, ejercieron la carretería especialmente entre el noroeste y el centro de la península más que con productos propios, trasegando con la salazón y el carbón en una dirección y con legumbres y embutidos en la otra, siguiendo por un lado la vía Astúrica y por otro la vía de la Plata y estableciendo distintos puntos de almacenaje y distribución como centros de apoyo. Los alfareros de Salvatierra de los Barros, desde el siglo XVI, lograron alcanzar una elevada producción de cacharros que distribuyeron no solo por Extremadura y Andalucía, sino también por las Castillas y el norte con presencia habitual en ferias y mercados para abastecer desde ellas con sus productos a áreas rurales, pero también urbanas, siguiendo rutas diferentes según unos y otros talleres. No se encargaban de la venta los propios artesanos sino otros vecinos especializados en la arriería. Los afiladores orensanos ejercieron el oficio ambulante hasta tiempos recientes, desplazándose en soledad con sus útiles por calles y plazas de ciudades y poblaciones rurales y avisando de su presencia por medio de un inconfundible silbido. Disponían de una jerga peculiar o *barallete*, con la que se entendían entre ellos en los puntos ocasionales de encuentro, en los que intercambiaban información y aliviaban su soledad. Más que rutas establecidas de antemano, se guiaban por un lado por la información obtenida de los propios clientes y por otro lado asegurándose entre ellos de no coincidir con otro del oficio. La lista de oficios ambulantes

con desplazamientos largos era bastante amplia e incluía a esquiladores, albañiles, lañadores, escardadores y vareadores de lana, hojalateros, paragüeros (oficio que también desempeñaban los afiladores), cesteros… Algunos de ellos eran también vendedores de productos propios y ajenos y, según las épocas, ejercían el oficio y la venta o intensificaban más la dedicación a la una o el otro. A semejanza y diferencia de algunos de ellos, los *briqueros* (como se llamaban a sí mismos) de Cantalejo llevaban productos propios, se trasladaban predominantemente en familia, operaban desde centros de distribución y disponían de una jerga, la *gacería*, con la que se entendían entre ellos a salvo de terceros.

El mapa de las rutas que se ha dibujado en este libro es especialmente iluminador. Muestra grupos familiares con territorios adscritos, se entiende que con una especie de consenso en no «pisarse» unos a otros el terreno, pero también con acuerdos implícitos y explícitos de colaboración entre los grupos familiares. El mapa ayuda a comprender un complejo sistema de distribución (y también una efectiva estrategia de ampliación de mercado) que tenía como centro Cantalejo y que estaba basado, por un lado, en ejes de comunicación: primero las vías carreteras que cruzaban las Castillas y luego también las vías y estaciones de ferrocarril, y, por otro lado, en centros secundarios (en el libro llamados «centros de operaciones»), situados en la proximidad de las vías y encuadrados a la vez en las grandes áreas cerealistas, desde las que se operaba haciendo recorridos concienzudos por villas y aldeas, por barrios y caseríos, ofreciendo sus servicios y los productos, visitando clientes ya logrados y conquistando otros nuevos.

Cantalejo era el primer centro de distribución en el que se abastecían de trillos y cribas las poblaciones de la provincia de Segovia y del sur y este de Valladolid. Más allá de esta área central, las rutas seguían las vías del oeste que se iban abriendo a partir de San Miguel del Arroyo, de Navas de Oro o de Medina del Campo. Unas hacia La Moraña y después hacia las tierras de Peñaranda, Alba, Salamanca y Vitigudino, otras hacia Cañizal, Villamayor de Escuderos, Toro, Zamora y más allá cerca de la frontera. Otras dos ramas se dirigían primero a Valladolid y de ahí una hacia Medina de Rioseco y las tierras de Valencia de Don Juan y León, y la otra hacia Palencia, Paredes de Nava hasta Saldaña y Aguilar de Campoo. Otra ruta importante se dirigía a Torquemada y Burgos, y continuaba, por un lado, hasta Belorado y siguiendo la vía del Norte hasta las poblaciones de La Bureba y de la comarca de Villarcayo con distintos centros en poblaciones menores.

Otras rutas de menor relevancia se dirigían hacia el sur de Ávila, y hacia la provincia de Toledo con centros en Maqueda y, sobre todo, en Talavera, e incluso más abajo hasta la provincia de Ciudad Real. Las rutas del sur y del este pasaban invariablemente por Santo Tomé del Puerto, pero no fueron tan importantes.

El sistema se completa con las rutas de abastecimiento de material y en particular de piedra de sílex en las provincias de Cuenca o Teruel.

El desmantelamiento del sistema se fue produciendo a medida que se incrementaba la mecanización del campo, aunque durante algún tiempo se mantuvo, lo que revela no solo la lenta marcha de la mecanización en las áreas rurales, sino también la reconocida utilidad de los trillos, con los que se probó, incluso después del abandono de la tracción animal, con variada maquinaria tractora. Las rutas se hicieron de menor duración y más concretas en los desplazamientos,

atendiendo fundamentalmente a encargos. En buena medida, ese desmantelamiento es todo un sintomático signo de la despoblación en las áreas rurales.

Este libro tiene mucho de testimonio de esas rutas y de esa vida ambulante de los briqueros, testimonio propio y de otros, anudando discursos auto y hetero biográficos, mezclados de explicaciones racionales y de veladas conmociones de la memoria. Tiene algo del estudio frío de un investigador, pero mucho más del relato entrecortado y con altibajos de un hijo y nieto de briqueros que vivió los últimos tiempos de aquella doble vida, y del abandono y desaparición progresiva e inevitable del trillo en los campos de España y en las casas/talleres de Cantalejo. Un hijo y nieto que quisieron guardar memoria y proporcionar algo de halo de heroicidad a aquellos que durante décadas desempeñaron el esforzado oficio de briqueros. Pero, al fin, la pandemia le ha impedido ver ese testimonio impreso, como fue su sueño durante muchos años. Sin embargo, en el libro asoma su presencia una y otra vez en las imágenes y en el texto que llenan sus páginas. Y, en definitiva, es, como él quería, una aportación a la historia de la gente del pueblo, de su pueblo, y también una aportación a la comprensión de la forma de vida ambulante que pocas veces recibe la atención que merece y que fue especialmente relevante, como diría Ortega, para aquella España invertebrada.

Honorio M. Velasco

La gente de pueblo es muy espontánea y muy entusiasta cuando de expresar sus sentimientos se trata.

Cuando dos paisanos de un mismo pueblo se encuentran entre escaparates en la avenida de una gran ciudad, aunque en su pueblo apenas crucen palabra, lo más normal del mundo es que, en este otro escenario, se saluden efusivamente, se alegren de reencontrarse con su gente.

Y si estos dos paisanos son de Cantalejo, lo normal será escuchar: «¡Briquero! ¿qué haces por aquí?».

Y ese saludo tiene el mismo calor que el que se manifiesten cualquier par de vecinos de otros pueblos. Pero entre cantalejanos, entre *briqueros*, como se llama a los de Cantalejo, a los del «Vilorio Sierte», en nuestra querida jerga de la *gacería*, ese saludo significa muchísimo más.

Como en cualquier pueblo, la historia de Cantalejo, la de sus gentes, es de una riqueza inigualable para todos aquellos los que pisamos desde pequeños, o ya de mayores, sus calles. Es nuestra historia. Pero que solo transciende a las conciencias de otros pueblos cuando hay algún matiz, algún relato, alguna peculiaridad fuera de lo común. Y la historia de Cantalejo es peculiar y distinta a la de otros pueblos gracias a la cultura labrada entorno al «trillo», amado apero de labranza del recuerdo añejo de nuestro pasado más florido. Y como si el trillo fuere una campana, del tañido de su badajo escuchamos notas que hablan también de cribas, carreteros, harneros, tratantes, gacería… Todo eso también tiene que ver con la «cultura» del trillo.

Desde hace siglos hay vestigios de la elaboración de trillos en Cantalejo. Seguramente que siempre fue una fabricación y venta local y, a lo sumo, comarcal o provincial. «Allá donde la vista alcanzara», como diría el otro. Y es que el trillo es un apero de mucho peso, y siendo el carro tirado por mulas el único medio de transporte disponible, no se podía llegar muy lejos en su comercialización. La irrupción del camión, junto con la red ferroviaria existente, fueron los instrumentos necesarios para que, a principios del siglo XX, el ingenioso, el intrépido y loco cantalejano se dedicase a la «exportación» de su producto por toda la España cerealista. La fabricación del trillo alcanzó cifras antes nunca vistas y el briquero carreteó por todos los senderos del pan, para vender su producto.

En aquel tiempo, nuestro pueblo era un bullicio de escoplos tatuando las tablas de pino. Se escuchaban los sollozos del canto de sílex cuando el pedrero le arrancaba con su piqueta las lágrimas afiladas de pedernal. Las aguerridas manos de las empedradoras «tricoteaban», inmersas en tertulias tartamudas de martillos, las chinas en las carnes labradas del pino. Pinos serrados a corazón abierto con los dientes de la sierra del leñador. Y, finalmente, sonaban los cantares y las oraciones del artesano adorando el resultado de su creación; sus manos son las encargadas de unir el esfuerzo de todos los oficios y así, allí, milagrosamente, parir al trillo, al «brico», al hijo pródigo del briquero.

Ya crujen las piedras del camino con el traquetear del carro tirado por las mulas. En él, la familia, la miseria, la ilusión, los peligros, el anhelo, la pobreza, la alegría, los miedos…, todos juntos en el mismo carro, salen de Cantalejo en la aventura de «hacer el verano», que no de veranear.

¡Cuán valiente eras Trillero!, ¡qué osado tu espíritu para desafiar al cielo y a las estrellas en busca de El Dorado! Sí, el dorado trillo y el dorado trigo con el que alimentar tu prole. Cada familia una ruta, cada ruta un cuento que narrar a la Historia. Salir al mundo a ofrecer tu vida y tu obra.

Las ruedas de tu carro graban en el camino el paso amable y luchador de tu familia. Siembras amistades por ventas y posadas. Haces tratos ¿y qué se yo?, ¿hasta pactos con los diablillos?, que tu mujer preñada espera en la posada para amamantar y dar de comer a todos tus chiquillos.

Y si como un quijote andas errante con el orgullo de la humildad a tus espaldas; y si en esos viajes de Dios, en una época de miserias y de hambre, estás inmerso en la morriña que aflige a tu espíritu la distancia a tu terruño e inseguro por la añoranza de tu morada, y si en estas te encuentras con un paisano, ¡ay, amigo mío!, cómo no cantar «¡Briquero! ¿qué haces por aquí?».

Y es por todo esto, que esa frase hoy en día, entre cantalejanos, es especial y diferente. Ese «¡briquero!» es el desvelo inconsciente de nuestra historia, de nuestro sentimiento más profundo, heredado de nuestros antepasados, y que pasa de generación en generación como legado de oro de los cantalejanos.

Veneremos nuestra cultura, nuestros trillos y nuestra gacería.

Este libro hace un recorrido a través de la memoria, aún viva, pero demasiado canosa, de quien recorrió con sus propios pies la infinita aventura de ser briquero.

Nuestro autor, Paulino, nos dejó. El destino caprichoso le montó en el último viaje en el último carro que toma todo trillero. Se marchó recorriendo el camino del recuerdo. Él pretendió un necesario acercamiento a lo que, poco a poco, se escapa de nuestras memorias, intentando dejar la huella, ya casi imperceptible, de una realidad pasada, la que fue el pasaje más glorioso de los briqueros y sus trillos.

Réquiem por ti, querido trillero.

Máximo San Macario

Capítulo 1.
Introducción

A principios de 2016 surgió la idea, por parte del Ayuntamiento de Cantalejo, de recopilar la información disponible sobre las rutas utilizadas por los briqueros para la comercialización de los trillos. Rutas que se venían utilizando desde hace siglos por los trilleros y criberos de Cantalejo y que abarcaban toda la España cerealista, conformando, junto con su peculiar jerga, «la gacería», las señas de identidad de este viejo pueblo, con milenios de historia, que hunde sus raíces en aquel «Canto de Alesio» vacceo o «Canto de Alejo», límite entre vacceos y arévacos, del que deriva su nombre (Fuentenebro, *Santa María del Pinar, patrona de Cantalejo*, 1994, pág. 15).

Finalmente, la antorcha la recogió en 2019 la excma. Diputación Provincial de Segovia, que patrocinó la realización y publicación de este trabajo, sin cuya colaboración no hubiera sido posible realizarlo.

Aunque los trillos ya se fabricaban en Cantalejo desde la edad media, y fueron junto a las cribas los dos productos estrella de su actividad mercantil, lo cierto es que, durante el siglo XVIII (Estampa, 1929), la criba fue la que se llevó la palma, fabricándose con mayor profusión. Fue a principios del siglo XX, con la aparición de la sierra de cinta, que facilitó en gran medida darle la típica curvatura al trillo, y la pericia de los artesanos de Cantalejo, cuando, debido a la calidad de sus trillos, se impusieron en toda la España cerealista. Pero hubo, además, otro motivo que propició el éxito, y es que los briqueros no se quedaban en casa esperando a que vinieran a buscar sus productos, sino que «Salían al Verano», que es como ellos llamaban a la peregrinación que hacían todos los años, desde abril hasta agosto, ofreciendo sus productos en eras, ferias y mercados.

Cada familia tenía una zona de unos cincuenta pueblos a los que volvían todos los años con sus carros cargados hasta los topes y con ellos vendían sus trillos, cribas y otros aperos de labranza. También empedraban los trillos viejos o usados que habían perdido una parte de las piedras. A eso lo llamaban rechinar y suponía un importante ingreso adicional.

Trillando con el abuelo. Hacia 1950, en un lugar de la Mancha.

Al Cantalejo andariego e inquieto del verano, que no dejaba camino sin explorar, se oponía otro más sosegado en invierno, pero no exento de una febril actividad, ya que había que preparar los trillos para el próximo verano, siendo necesario efectuar cortas de pinos, aserrar las tablas, escoplear, ensamblar los trillos, empedrar, etc. Por todas partes se escuchaba el alegre repiqueteo del mazo sobre el escoplo y del martillo sobre el afilado sílex, pudiéndose observar también ingentes cantidades de tablas esperando su turno para convertirse en trillos, que descansaban apoyadas en paredes y cercados o apiladas en castilletes.

Los trillos, de los que en 1900 solo se fabricaban mil unidades, pasaron a venderse 25 000 en 1930, alcanzándose su máximo apogeo en la década de los cincuenta del pasado siglo, año en el que se llegaron a vender 30 000 trillos (Estampa, 1929). Su declive comenzó, arrumbado por el progreso, a principios de los años sesenta y se dejaron prácticamente de fabricar al final de la década de los setenta, acabando con la pujante industria artesanal de Cantalejo.

Actualmente, en Cantalejo, solo quedan tres o cuatro artesanos que fabrican trillos, los cuales se destinan a la ornamentación rústica de ciertas viviendas y establecimientos de hostelería. Muchos de estos trillos se hacen por encargo y otros se venden en ferias de artesanía o mercadillos medievales.

Fueron muchos los que tuvieron que emigrar como consecuencia de este proceso, otros se quedaron y cambiaron de actividad. Muchas familias se dedicaron durante un tiempo a la cría de pollos, no habiendo corral o desván que no se reconvirtiera en gallinero, oyéndose por doquier el piar de estas aves; aunque esta actividad no duró mucho, ya que la normativa sanitaria lo prohibió. No hubo ningún tipo de ayuda estatal, como ocurrió en otros sitios en circunstancias similares. El pueblo, como pudo, siguió adelante y surgieron otras actividades como la venta de muebles: Muebles Rules, Manolo, Julio, Genaro, Antonio, Javier y San Antolín. Otros se dedicaron a la venta de fruta en mercadillos, casi todos con tienda en el pueblo: Frutas Zamarro, Poli, Manuela, El Moreno, El Abuelo, Miguel Ángel Moreno «Primicias», que nunca tuvo tienda, etc. Otros se dedicaron al transporte y otros muchos tuvieron que emigrar.

Como los que habían vivido la historia en primera persona ya tenían muchos años o incluso habían muerto si se pretendía que los testimonios fueran reales, se hacía perentoria la realización de este trabajo, aunque ya en muchos casos se haya tenido que recurrir a los hijos de los protagonistas, que asistieron en su infancia o en su juventud al final del proceso.

También se ha querido hacer una pequeña aproximación a la historia del trillo y de la criba cantalejana (que siempre fue de piel), por considerarlos inseparables, haciendo una descripción detallada de sus características y de sus procesos de fabricación, aportando finalmente un testimonio vivo a través de sus protagonistas, para lo cual se han realizado numerosas entrevistas.

Empedradoras. Máxima «Volante», otra y Carmen «La Maja». Felipe «Rumba» y otro, 1946.

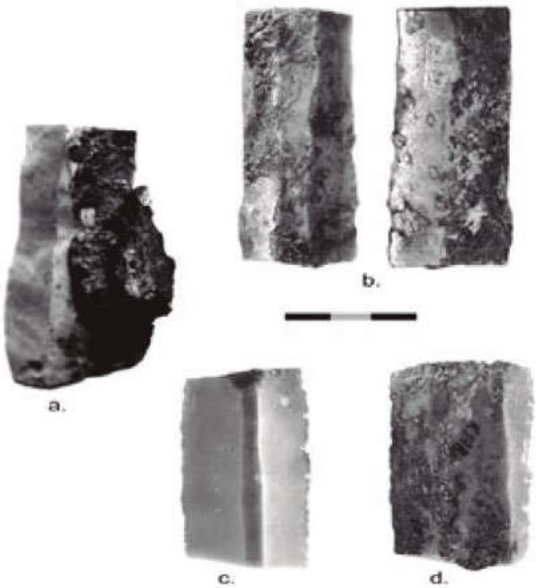
Capítulo 2.
Historia del trillo

2.1. Historia del trillo

Los trillos supusieron un gran avance tecnológico en su época, disponible solo en las culturas más avanzadas y al alcance de los más privilegiados. Antes del uso de trillos, el grano se separaba de la paja majándolo contra una piedra, tronco o superficie dura, en la era con un mayal o pisado por el ganado.

Las ventajas del trillo fueron: un mayor rendimiento, buen aprovechamiento de la paja y facilidad de uso. Por el contrario, precisaba de una era, de animales de tiro, mantenimiento y de su adquisición, que no era barata precisamente.

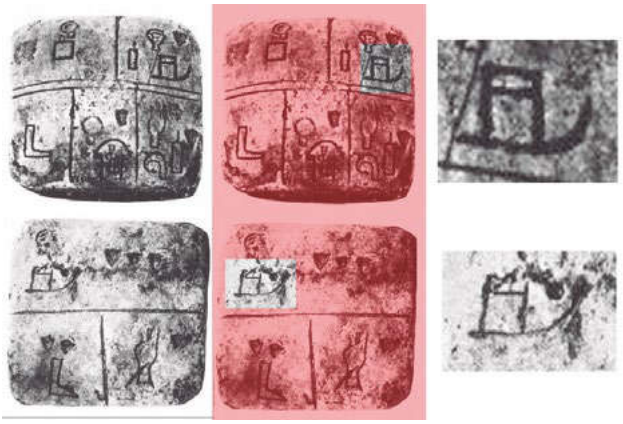
Los testimonios más antiguos de trillos se remontan a épocas muy remotas, habiendo piezas arqueológicas de hasta el 8000 a. C. (Anderson, 2004) basados en análisis traceológico de piedras de sílex y obsidiana en Oriente Medio y los Balcanes.



Cuchillas de piedra extraídas en el valle de Khabur (a,b,c) y de Eski Mossul (d) con rastros de desgaste microscópico y brillante que indican su uso característico como piedras de trillo, algunas muestran restos de betún utilizados para unirlas al trillo (a, b, c) (Anderson, 2004, pág. 89).

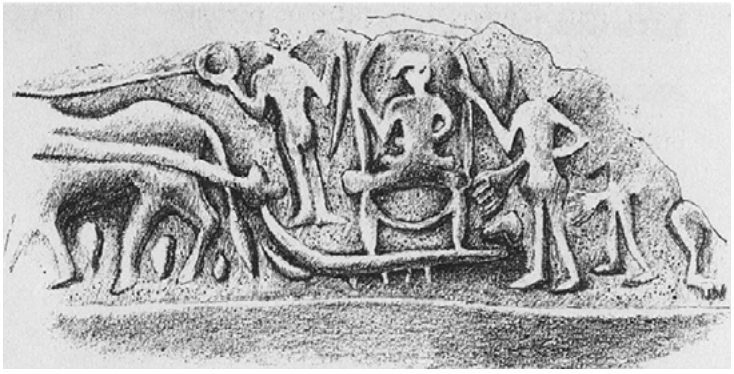
A partir de fotografías aumentadas de estas piezas los expertos pueden diferenciar el uso de estas piedras, como hoz o como herramienta de trilla, dependiendo de los desgastes característicos que se producen en cada una de estas labores (Anderson, 2004, pág. 97).

El testimonio escrito más antiguo sobre la existencia de trillos lo hemos encontrado en una tablilla procedente de Kish (Irak) del 3350 a. C.



Ambas caras de una tablilla procedente de Kish (Irak). Departamento de antigüedades del Ashmolean Museum, Oxford. Se representan trillos en ambas caras, 3350 a. C. Establecen actualmente el testimonio escrito más antiguo sobre el uso de los trillos (Hartford, 2020).

En muchos casos, las representaciones nos pueden hacer dudar de si se trata de trillos o de trineos, ya que, en esta época, aunque se conocía la rueda, su uso todavía no estaba muy extendido y eran los trineos los vehículos más populares. Hemos localizado la impresión de un sello procedente de Arslantepe-Malatya, hacia el 3000 a. C. en el que se pueden apreciar claramente las piedras afiladas y la acción de trillar sin género de dudas.



Impresión de un sello procedente de Arslantepe-Malatya (Turquía) sobre el 3000 a. C. Se puede apreciar a una persona influyente montada sobre un trillo, dibujo original de Crouwel, 1990 (Frangiapiane, 1997, pág. 67). En la parte delantera se pueden observar dos bóvidos tirando del trillo y en la parte trasera a personas volteando. Este sello también nos presenta al trillo y a la acción de trillar como símbolo de poder.

Obsérvese cómo en esta ilustración se han destacado las puntas que indican, sin duda, que se trata de un trillo y no de un trineo.

Entendemos pues que, en épocas tan antiguas, tener un trillo era un símbolo de poder que no estaba al alcance de cualquiera. Su manufactura era muy compleja y se debía disponer de una era y animales de tiro. Para poder amortizar un trillo, además se necesitaba tener una alta producción de cereal, excluyendo a los agricultores más humildes que no podrían permitirse tal apero.

En el Antiguo Egipto las evidencias de las que disponemos no reflejan el uso de trillos, sino que se utilizaban técnicas más rudimentarias para realizar las labores de trilla. Las representaciones nos hablan sobre la trilla por pisoteo con ganado, como puede verse en la tumba de Menna entre el 1388 y 1339 a. C.

Muro este de la tumba de Menna TT69 entre los reinados de Tutmosis IV y Amenofis III, 1388 y 1339 a. C. Dinastía XVIII del Antiguo Egipto. En este muro se detallan las labores agrícolas, entre ellas la trilla mediante pisoteo de ganado y aventado (J-Hirst, 2019).

Trilla mediante el pisoteo del ganado. Tumba de Menna, detalle.

Aventado del grano, pintura egipcia, tumba de Menna.

En la Grecia Clásica, la agricultura del cereal estaba poco desarrollada, ya que ellos preferían importar el cereal, aunque tenemos un testimonio muy valioso en la *Ilíada*, tal como dice Struve:

> La cosecha, en la escena estampada en el escudo de Aquiles, es descrita en la *Ilíada* de la siguiente manera: «Un campo de altas espigas iban cortando los segadores, relucientes en sus manos las afiladas hoces; a lo largo del surco quedaban los manojos, y con ellos iban formando gavillas tres hombres, que los recibían de manos de niños que se los alcanzaban sin cesar…». La trilla se hacía en una era, usando bueyes para esta tarea. Luego se aventaba el grano y se molía en molinillos manuales (Struve, 1986, pág. 77).

Los fenicios y después los cartagineses mantuvieron el uso del trillo; conocían los trillos de trineo y los trillos de ruedas que introdujeron en la península (Blázquez, 1983, pág. 421).

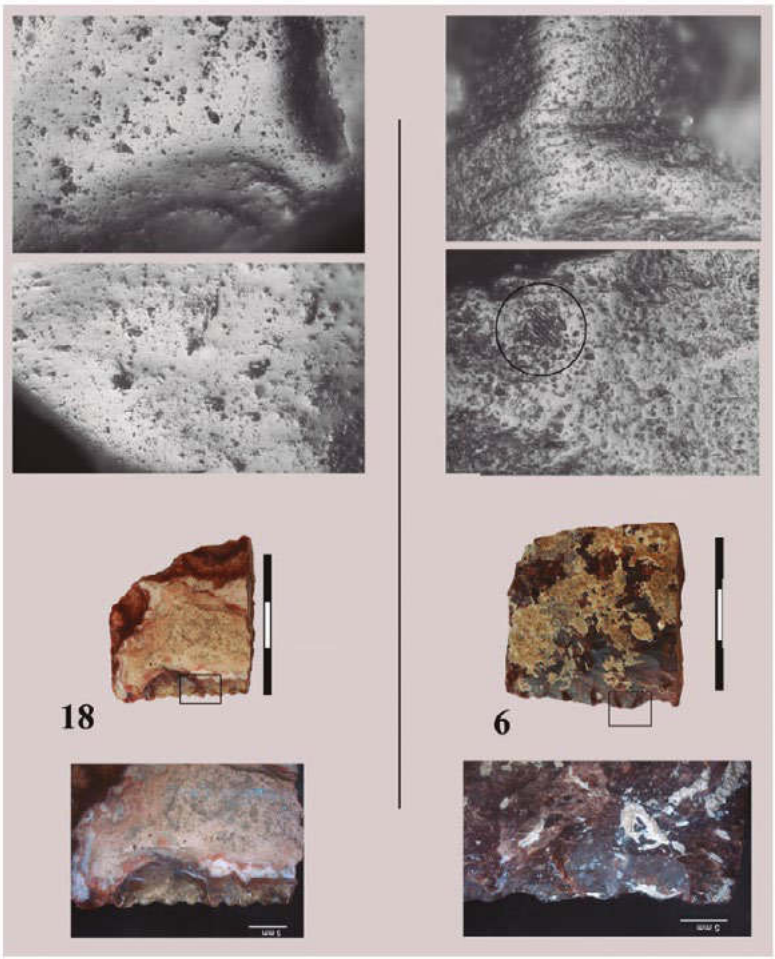
Los romanos lo adoptaron de los cartagineses tras las guerras púnicas, lo llamaron *tribulum* (el que tritura o quebranta) y difundieron el trillo por su Imperio utilizándolo con profusión (Maroto, 2014, pág. 169).

Durante la Edad Media, las invasiones bárbaras supusieron un retroceso general que afectó también a la agricultura, desarrollos como el trillo quedaron relegados por métodos más bastos. No obstante, en la zona del Mediterráneo Oriental lo conservaron, pasando después al mundo árabe que lo acogió y lo utilizó.

Majando la cosecha, mes de agosto del calendario agrícola de la Real Basílica de San Isidoro de León, siglo XII.

En la península ibérica, es seguro que el trillo se utilizó en la zona islámica y pasó a las fuerzas cristianas durante su avance.

Aunque las evidencias más antiguas en la península ibérica nos informan de que, ya en la Edad del Cobre, hacia el 2800 a. C., se utilizaban trillos en la meseta. El análisis de piezas de sílex en el yacimiento de El Casetón de la Era, Villalba de los Alcores, Valladolid, ha generado estas evidencias (Jibaja, 2012).



El Casetón de la Era (Villalba de los Alcores, Valladolid): (6) Pieza con pulido de cereal asociado a numerosas estrías. En la segunda foto microscópica, en el interior del círculo, un fitolito de gramínea (cereal) identificado por P. C. Anderson. (18) Pieza con pulido de cereal muy desarrollado y escaso componente abrasivo. Fotos microscópicas a 100X tomadas en distintos puntos de las piezas 6 y 18 (Jibaja, 2012, pág. 141).

Como dice (Jibaja, 2012, pág. 146) queda demostrado que, durante la edad del cobre, sobre el 2800 a. C. se utilizaban trillos en la meseta castellana. No se conocen los tamaños ni su construcción, pero por comparación con otras piezas encontradas en el próximo oriente durante el calcolítico y el Bronce Antiguo, todo hace suponer que fueran muy similares. Una especie de balsa de palos atados en los que se engarzaban las piezas líticas, en algunos casos ayudadas de algún tipo de adhesivo.

Reconstrucción de un modelo de trillo planteado por P. C. Aderson utilizado antiguamente en el Próximo Oriente. Es de suponer por el tipo de piezas analizadas por Jibaja et al que los trillos de Valladolid fueran similares (Jibaja, 2012, pág. 145).

También nos advierte (Jibaja, 2012), que es muy probable que en otros yacimientos de la edad del cobre en la península aparezcan estas evidencias, pero que estén confundidos con elementos de hoz al no haberse realizado los análisis traceológicos oportunos. Esto nos hace pensar que fueron las invasiones bárbaras las que erradicaron el uso de estos trillos.

En cualquier caso, este tipo de trillos difiere mucho de los trillos Cantalejanos, que tienen más que ver con los trillos romanos.

Trillos romanos que, recordemos, adoptaron de los cartagineses, fenicios y estos a su vez de los trillos orientales, que ya llegaron a la meseta en tiempos tan pretéritos.

En Castilla, en la Edad Media, tras la Reconquista, se tiene constancia de que se fabricaron trillos en Astudillo (Palencia), Pedrajas de San Esteban (Valladolid), Villavieja de Yeltes (Salamanca), Santa María la Real de Nieva (Segovia), Ariza (Zaragoza), Albalate del Arzobispo y Bielsa (Toledo). Pero en España, «la ciudad de los trillos» por excelencia siempre fue Cantalejo, en Segovia, sin olvidar los cercanos pueblos de Fuenterrebollo, Sebúlcor y Cabezuela, donde también se fabricaron trillos, aunque, en este caso, se pueden considerar como una extensión del trillo briquero. Sin duda alguna, el buen hacer del pueblo briquero hizo que su fama se extendiera y no tuviera rival, en cuanto a calidad, con los fabricados en otras zonas.

La fabricación de trillos en Cantalejo se remonta por lo menos al siglo XIII, estando documentada en el Fuero Extenso de Sepúlveda, en su título 222a, relativo a la defensa del pinar del ochavo de Cantalejo, donde se dice que se fabricaban «chiflos y chiflones» (Fuentenebro, *Cantalejo, los briqueros y su Gacería,* 1994, pág. 19), vocablo que en gacería significa trillo. En dicho título se

mencionan asimismo otros muchos aperos de labranza fabricados en Cantalejo, como horcas, estevas, timones, camas de arado, medias fanegas, ejes de carretas, etc.

Extremo que se repite en una ordenanza comunera de 9 de diciembre de 1519 (Fuentenebro, *Cantalejo, los briqueros y su Gacería*, 1994, pág. 23), redactada con motivo de haber talado más de una legua de bosque en el ochavo de Cantalejo, donde se dice que con dicha madera se hacían «chiflos y chiflones».

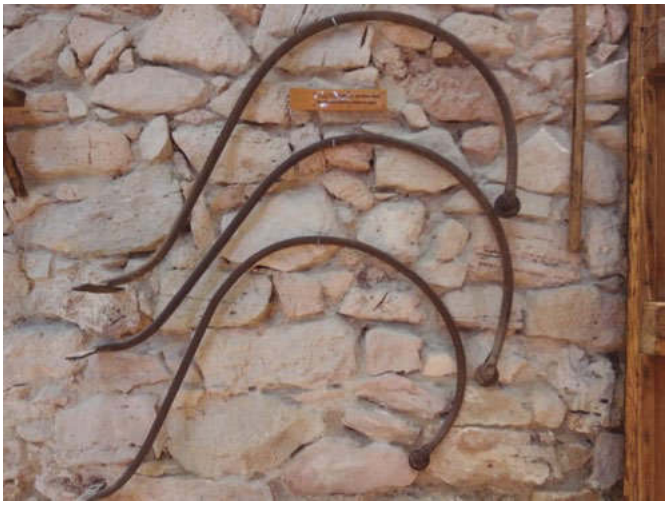
Como dice Fuentenebro (Fuentenebro, *Cantalejo, Aldea, Villa y Ciudad*, 2007, pág. 532), en Cantalejo había, en 1752, cincuenta trabajadores de la madera, sin especificar los que eran trilleros, aunque seguramente lo eran la mayoría.

El trillo consistía en engarzar en una tabla curvada en su parte delantera, como si de un trineo se tratara, una serie de piedras de sílex con el filo cortante hacia fuera. A esta especie de trineo, tirado por un animal, o por una yunta de bueyes o de mulas, sobre el que se colocaba un labrador como gobernante, se le hacía dar vueltas sobre la parva, desgranando cereales y legumbres y triturando la paja con sus afilados dientes de sílex. Después había que separar el grano de la paja para lo cual se aventaba la parva, aprovechando el viento, quedando el grano más cerca, por ser más pesado, y la paja más lejos. Más tarde había que cribar el grano para eliminar la tierra que pudiera llevar.

El labrador no solo se ocupaba de conducir el trillo y el ganado, sino que también servía para que el trillo pesara más y triturara mejor la paja. Si no era suficiente, se colocaba además una piedra grande sobre el trillo. En los últimos tiempos del uso del trillo, este era tirado por tractores, quedando el trillo demasiado ligero y haciendo imprescindible colocar piedras u otros pesos sobre el trillo.

Trillando con un tractor y seis trillos, obsérvense lo que pueden ser piedras o sacos cubiertos de parva sobre los trillos para darles peso. 1951, © Filmoteca Española, NODO fotograma del NODO, NOT 452A de 3 de septiembre de 1951 (NODO, 1951).

Cuando la parva estaba demasiado aplastada, se colocaban detrás del trillo, apoyados sobre el último cabezal, dos o tres grandes arcos metálicos que ahuecaban la paja al pasar el trillo; estas piezas también se llamaban volvederas o tornaderas.



Volvederas o tornaderas, Museo del Trillo de Cantalejo.

El grano se terminaba de limpiar, bien por los métodos tradicionales de aventado y cribado, o con limpiadoras mecánicas, como las aventadoras, que convivieron durante más de una década con los trillos. Después, ambos fueron sustituidos por las modernas cosechadoras.

Ambas caras de un trillo medio.

El declive del trillo vino de la mano del progreso, los inicios de ese cambio se pueden fechar entre finales del siglo XVIII e inicios del XIX con la ilustración y el inicio de la revolución industrial. En ese periodo nacen en España sociedades, publicaciones y se realizan demostraciones en un intento de modernizar la agricultura.

Fueron destacables la acción de los párrocos y publicaciones como el *Semanario de agricultura dirigido a los párrocos*, que intentaron llevar este conocimiento al agricultor. Los principales problemas fueron: la abundancia de mano de obra barata, el poco interés de los grandes terratenientes de formar al pueblo, el costo de la nueva maquinaria, la dificultad de su manejo, mantenimiento, reparación, y el miedo y recelo al fracaso que, sin duda, abocaba al hambre:

> En definitiva, el incremento de la producción en el siglo XVIII se logrará extendiendo la superficie cultivada y no intensificando los cultivos gracias a técnicas y aperos nuevos. La mayor parte de los grandes propietarios de la tierra vivían ajenos al campo, y los campesinos no tenían ni tiempo, ni dinero, ni estímulos para cambiar las técnicas y aperos que habían heredado del pasado (López, 2004, pág. 100).

Este lento proceso de la mecanización en España le dio un hilillo más de vida al trillo de Cantalejo, que sin duda estaba ya sentenciado desde finales del siglo XVIII.

Con el fin de ejecutar las faenas de la trilla con mayor brevedad y economía, añadiendo a la fuerza de los animales algún artificio o maquinaria que produjera un ahorro apreciable de tiempo, se buscaron mejoras que aventajaran a los trillos comunes entre finales del siglo XVIII e inicios del XIX.

Con este fin, ya en 1775 don Lucas Vélez inventó un trillo que presentó a la Sociedad Económica de Madrid, del que se dice que molía perfectamente la mies y que aventajaba al trillo común en una proporción de tres a uno, pero que tenía el defecto de no recortar bien la paja y no separarla completamente del grano. De todas formas, no debían ser ciertas estas bondades y este trillo no añadiría ninguna ventaja apreciable sobre el trillo tradicional, ya que apenas se llegó a utilizar.

Todo esto se dice en la *Memoria del trillo*, presentada por don Isidoro Ayala a la Real Sociedad Económica Matritense en 1818 (Ayala, 1819), en la que se hace una breve descripción de los trillos más útiles que hasta ese día se habían inventado.

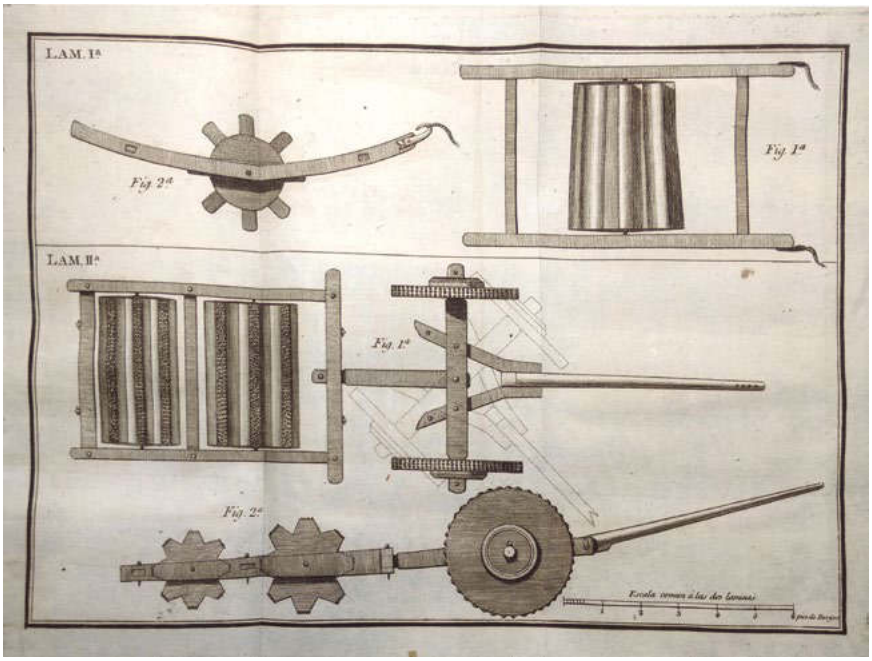
Ayala analiza la importancia de agilizar esta relevante tarea:

> Una de las operaciones más importantes del labrador en la recolección de sus granos, es sin duda la de la trilla; faena que ciertamente le ocupa mucho tiempo, y entorpece las demás que son consiguientes en aquella crítica época: así es, que por retardarse algunos días, suelen seguirle males de no poca gravedad, o acaso la pérdida total de una parte de la cosecha, como se ha visto algunas veces por los terribles efectos de un fuego casual o malicioso; de uracanes estraordinarios[1], o de una tempestad, cuyas aguas, en pocos minutos han arrastrado tras de sí las mieses y cuanto han encontrado en las eras (Ayala, 1819, pág. 3).

[1] «uracanes estraordinarios» está trascrito literalmente del texto original, no se trata de una errata.

En dicha memoria se describen muchos modelos de trillo y de todos ellos se alaban sus cualidades, a pesar de lo cual, ninguno tuvo una gran difusión y se siguió utilizando preferentemente el trillo tradicional hasta que, en el último tercio del siglo XX, fue sustituido por la cosechadora.

A continuación, reproducimos las dos láminas que muestran el ingenio de Ayala:



Láminas I.ª y II.ª del trillo propuesto en la memoria de Isidoro Ayala, 1818, (Ayala, 1819).

También encontramos descripciones de ingenios para trillar, algunos como el de don Lucas Vélez de 1775, en la obra *Elementos de agricultura* de Claudio Botelou, de 1817 (Botelou, 1817), que tiene un breve apartado dedicado a estos ingenios en la página 64 del tomo primero.

Estos destacables intentos se encontraron con muchos impedimentos dado el contexto de la España del momento: continuas revueltas políticas, enfrentamientos entre liberales y absolutistas, el periodo ominoso, la pérdida de las colonias y la última Guerra Civil Española. En fin, no fue el mejor momento. Esto supuso un considerable atraso en la mecanización del campo y, sin duda, una tregua para el trillo de Cantalejo.

A finales de los años sesenta llegó el fin de los trillos de Cantalejo, justo cuando la Unión Soviética enviaba al espacio el satélite Sputnik, en 1968. La mecanización efectiva del campo español llegó por fin cuando empezaba la carrera espacial.

No hay que olvidar que, en el último tercio del siglo XIX, aparecieron algunos locomóviles, predecesores de los tractores, pero movidos a vapor, con apariencia de máquinas de tren, pero sin vías. Estos grandes artilugios solo se utilizaron en grandes fincas y no tuvieron demasiado éxito,

hasta la posterior aparición de los motores diésel (López, 2004).

Los años cincuenta y sesenta fueron los años de la mecanización del campo. Se crea en 1955 el Servicio de Extensión Agraria, siendo su labor fundamental la difusión de la nueva maquinaria agrícola, favoreciéndose su importación y la concentración parcelaria. En esta época será el tractor la gran aspiración del campesino (López, 2004).

Ya en el declive del trillo, todavía se aprovecharon arrastrados por los tractores, pero la industria de Cantalejo, vinculada al trillo, ya había terminado. Estos fueron sus últimos usos como apero.

Trillando con un tractor, 1951. © Filmoteca Española, NODO fotograma del NODO, NOT 452A de 3 de septiembre de 1951 (NODO, 1951).

Trillando con trilladora en Aragón, 1951. © Filmoteca Española, NODO
fotograma del NODO, NOT 458Bª de 6 de agosto de 1951 (NODO, 1951).

El trillo se utilizó durante más de nueve milenios hasta que el progreso lo arrinconó. Las máquinas aventadoras separaban eficientemente el grano de la paja, aunque el trillo siguió siendo imprescindible, pero luego aparecieron las trilladoras y por último las cosechadoras, que hacían todo el trabajo y con una eficiencia mucho mayor. El trillo dejó de ser útil y, en poco más de una década, las cosechadoras llegaron hasta el último rincón del país. De los 30 000 trillos que llegaron a fabricarse al año en Cantalejo en 1950, se pasó a dejar de fabricarse al inicio de la década de los ochenta. En 1950 había en Cantalejo unos trescientos talleres dedicados a la fabricación del trillo, que daban trabajo a la mitad de la población. En 1960 quedaban doscientos, de los que solo sobrevivieron cinco hacia 1970 y ninguno pocos años después[2].

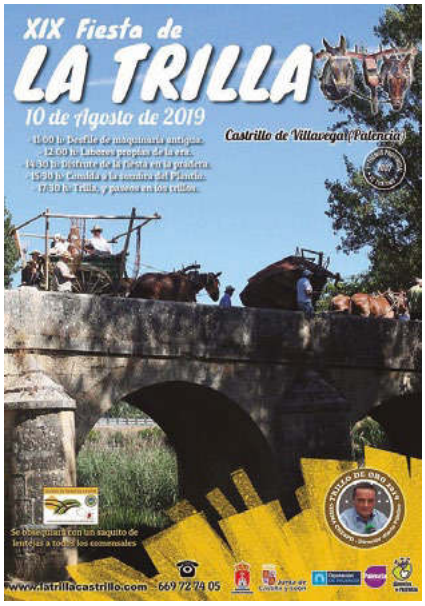
De todas formas, aún se siguen haciendo algunos trillos en Cantalejo, pero ahora, los pocos que se hacen, se utilizan solo como ornamento rústico en viviendas y casas rurales, en algún bar o establecimiento hotelero y para evocar la nostalgia del pasado, como en las fiestas de la trilla, que se celebran en ciertos lugares como en Deza y Alcozar (Soria), Navarredonda de Gredos (Ávila), Castrillo de Villavega (Palencia)[3], etc.

[2] Estos son datos aproximados que todos los trilleros corroboran.

[3] Para más información sobre la fiesta de la trilla: Castrillo de la Villavega: www.latrillacastrillo.com. Existe una asociación cultural, «La Trilla», que tiene amplia información sobre esta fiesta que desarrolla ininterrumpidamente desde el año 2010.

Aventadora.

Cosechadora/trilladora tirada por un tractor, 1951. © NODO
fotograma del NODO, NOT 458B[a] de 6 de agosto de 1951 (NODO, 1951).



Fiesta de la Trilla en
Castrillo de Villavega.

Fiesta de la Trilla en
Navarredonda de Gredos.

2.2. Otros tipos de trillos

Si bien es cierto que el trillo de Cantalejo, heredero del trillo romano, se impuso por su eficiencia sobre otras variedades de trillo, también es verdad que existieron otros tipos diferentes, como por ejemplo el de cuchillas de acero, que sustituían al pedernal, utilizado fundamentalmente en Andalucía y Extremadura. La eficiencia de este trillo era menor que la de los trillos de Cantalejo, sobre todo en el caso del trigo, que no se separaba bien la paja.

Trillo de cuchillas. Festival de Cantes de Trilla, Arroyo de la Luz (Cáceres)

Trillo de cuchillas. Detalle de las cuchillas de acero que sustituían al pedernal.

Capítulo 3.
Semblanza del trillo briquero

Vamos a hacer una semblanza, del modo en que se hacían y comercializaban los trillos en Cantalejo, a través de cinco poemas escritos expresamente con ese fin, de algunos comentarios y de las fotos que los acompañan.

Volvederas apoyadas sobre un trillo viejo.

A UN VIEJO TRILLO
(P. Zamarro)

Viejo armazón de piedras y madera,
que en Cantalejo fuiste enarbolado,
cansado de dar vueltas en las eras,
yaces en un rincón abandonado.

Las mulas ya no tiran de ti... trillo,
ni las parvas trituran tus cuchillas,
el progreso te ha puesto de rodillas
y a las cosechadoras dan tu trigo.

Tan solo algún museo te ha acogido,
vetusto trillo, que milenios en el tajo,
acompañando al hombre, le has servido
para obtener el pan con su trabajo.

Y evocando un pasado tan glorioso,
cómo humilde, al que fuiste destinado,
ahora te ves, llegado tu reposo,
en rústico ornamento transformado.

FABRICACIÓN DE UNA CRIBA

A tenor de la importancia de las cribas y harneros, que hasta el inicio del siglo XX se fabricaron en Cantalejo con mayor profusión que los trillos, se incluye a continuación un poema sobre la confección de las cribas de piel (la genuina criba cantalejana), aunque en los últimos tiempos también se hicieran cribas de alambre.

HACIENDO UNA CRIBA
(P. Zamarro)

El trabajo comenzaba
en las orillas del río,
talando un pobo que dejan
listo para el aserrío,

y que... transformado en tablas,
serán armazón y brida,
de sujeción para el alma
horadada de la criba.

Después se lava el pellejo,
que se limpia de carniza,
y se le deja cubierto
con sal y mucha ceniza.

A los tres días, se limpia,
un día se expone al Sol,
y para que quede listo,
se le pega un remojón.

y así, elástica y tensada,
se fija la piel al aro,
del pobo, que previamente
habíamos preparado.

Ya solo falta el picado,
¡qué hábiles manos precisa!
que con la maza y el clavo
obras de arte realiza.

Pobo: Álamo blanco. Maza: Estaca de madera de Álamo negro.

Cantalejo, 1929. Haciendo cribas, Revista Estampa. (5 de nov de 1929). Un pueblo de Castilla la Vieja que tiene un idioma para su uso particular (Estampa, 1929).

Florencio Muñoz «El Agallón» picando una criba de piel. III Festival de Bailes Regionales 1993. Fotografía: Mauro.

FABRICACIÓN DE UN TRILLO

La fabricación del trillo era algo más compleja y constaba de las siguientes fases: corta del pino y desbroce, aserrío de las tablas dándoles su típica curvatura, secado, ensamblaje y montaje inicial, escopleo, montaje final, acabado y enchinado con lascas de sílex.

HACIENDO UN TRILLO (en Cantalejo)
(P. Zamarro)

Eligen un pie derecho,
que entresacan del pinar
y apeándolo primero
con la sierra de tronzar,
lo cortan y lo fraccionan
para tablas de trillar.

Después desbrozan las tozas,
allí mismo, en el pinar,
y las llevan en el carro…
¡al aserradero van!,

donde las cortan en tablas
y su curvatura dan
y en paredes y cercados
las exponen a secar.

Luego se ensamblan las tablas,
numerando cada cual,
separándolas de nuevo
para poder escoplear.

El escopleo se hacía
con gordo, segundo y fino,
gordo en las filas de abajo,
el segundo en la mitad,
y el de aguja en lo más alto,
donde más debe cortar.

Terminado el escopleo,
viene el montaje final,
colocar los cabezales
y el gancho para tirar.

Por fin viene el enchinado,
que era un trabajo crucial,
a mujeres encargado,
como acabado final.

Pedro Zamarro escopleando. III Festival de Bailes Regionales, 1993.

Tiburcia empedrando un trillo, 1929.

COMERCIALIZACIÓN DEL TRILLO

Luego había que vender los trillos y las cribas, para lo cual «se salía al verano», que comenzaba en mayo, con la llegada del buen tiempo. Hasta 300 familias salían con sus carros, sus trillos, cribas y otros aperos de labranza, distribuyéndose por media España para vender su mercancía y no regresaban hasta mediados de agosto, por las fiestas de la Asunción y San Roque. A continuación, se describe el viaje que hacían todos los años Máximo San Macario y su familia para llegar a su área de distribución:

SALIENDO AL VERANO
(P. Zamarro)

Por el verano briquero,
que siempre comienza en mayo,
con cribas, trillos y harneros,
inicia su ruta Máximo.

Su familia va con él,
pues larga será la ausencia,
para en agosto volver,
unos días por la fiesta.

Cuatro jornadas consumen
en llegar a Alba de Tormes,
con posada en Navas de Oro,
Madrigal, el que presume
de tener Altas las Torres
y Peñaranda, que dicen,
que fuera de Bracamonte.

El carro se nos ha roto,
porque un rayo se partió…
de la rueda, y por su causa,
un día nos retrasó.

Al llegar a la posada
de destino, junto al Tormes,
nos recibe el posadero
pronunciando nuestros nombres.

Maxi, ¡qué gusto da verte
un año más por aquí!,
Emilia, ¡estás imponente,
no pasa el tiempo por ti!

Manolo, has crecido mucho,
Juan, eres un mocetón,
Matilde y Jesús, da gusto,
Jesús pareces mayor.

Y Nieves, ¡qué he de decirte!
Si eres toda una mujer.
Pasad, ya tenéis dispuestos
los cuartos para dormir.

El carro dejadlo dentro,
con los trillos a caución
y las mulas en las cuadras,
con pienso y relajación.

Al otro día el briquero,
con Juan, el hijo mayor,
llevan trillos en el carro,
a quien se los encargó.

Y así por más de tres meses,
visita eras y mercados,
vendiendo trillos y cribas,
y artículos renovados,
que recoge en la estación…
de Cantalejo enviados.

Rayo: cada uno de los radios de la rueda del carro.

Delfina y Santiago Agudiez con el carro cargado de trillos dispuestos para venderlos. En la puerta de la posada de Torquemada, Palencia, 1953.

Julián San Antolín vendiendo trillos.

AIRES DE TRILLA

Y al término de nuestra andadura, llegamos al destino final del trillo, que era el de separar el grano de la paja, para lo cual se precisaban una serie de trabajos en el campo y en la era, con el trillo como protagonista.

AIRES DE TRILLA (en Cantalejo)
(P. Zamarro)

Las eras de Cruz de Canto,
al iniciarse la trilla,
son un trasiego de carros
cargados con sus gavillas.

Gavillas que con presteza
barcinaban los labriegos,
conformando un redondel
donde ser holladas luego.

Una recua de tres mulas,
apelmazaba la parva,
al ritmo que con soltura
se iba chiscando la tralla.

Con la parva nivelada,
le llegaba el turno al trillo,
que triturando la paja,
la separaba del trigo.

Y para trillar los mulos,
los asnos o los caballos,
que los bueyes son muy sucios
y contaminan el grano.

Sobre el trillo, el labrador,
navegando por la parva,
como el timonel de un barco,
dirigía su gabarra.

Y con el sol en lo alto,
trillando al son de las mulas,
aires de trilla cantando,
hasta que surja la luna.

Luego había que aventar,
tomando el bieldo en las manos,
y del viento aprovechar
que sople el más adecuado.

Después se cernía el trigo,
con la criba y el harnero,
se medía y se contaba
usando media y rasero,
y se guardaba en costales
para llevarlo al granero.

También guardaban la paja,
para camas del ganado,
que generaba un estiércol
muy bueno para el sembrado.

Barcinar: esparcir las gavillas por la era.
Media: media fanega.

EN LAS ERAS

Y… por último, aunque no menos importante, las eras, que es donde el trillo desarrollaba todo su potencial, basándonos para ello en los recuerdos de María Reyes Herrín Cruz, que protagonizó en su juventud la actividad que se desarrollaba en las eras de su pueblo natal y nos dice que: «En los alrededores de Torrenueva (Ciudad Real), en otro tiempo, las eras daban la impresión de ser resplandecientes charcos, en los que, como si fuera un barco, destacaba el trillo arrastrado por la yunta y dirigido muchas veces por el abuelo, acompañado de una bulliciosa tripulación de chiquillos».

El acarreo de las mieses comenzaba por San Juan, o San Pedro, cuando alcanzaban su madurez, pero antes había que limpiar la era, segando primero los cardos que habían brotado y barrerla con escobas hechas con juncos o retamas. Después se llevaba el trillo, los bieldos, la tabla de amontonar, etc. y en los últimos tiempos, la aventadora. Y recuerda también muy bien a los trilleros de Cantalejo que venían a vender trillos nuevos, pero también a rechinar los viejos, para lo cual llevaban al hombro un costal lleno de chinas de pedernal, con el que se recorrían todas las eras del pueblo ofreciendo sus servicios.

En los campos, conforme se iba segando, se procedía al acarreo de la mies en carros repletos, provistos de varales bamboleantes para que cupiera más. La mies se descargaba en la era y, a continuación, se procedía al pisoteo por las mulas sobre la parva, para que quedara igualada y poder meter el trillo.

Con la parva ya dispuesta, se enganchaban las mulas al trillo y el trillador las guiaba dando vueltas y vueltas en sentido contrario a las agujas del reloj, mientras las afiladas piedras de sílex iban desgranando las espigas y cortando la paja hasta dejarla de un tamaño adecuado para que pudiera comerla el ganado, y así durante toda la jornada. No obstante, hasta que se conseguía esto, era preciso reagrupar la parva varias veces, con el bieldo o con la pala.

Una vez trillada la mies, había que recoger toda la parva en un montón utilizando la tabla de amontonar, operación que se hacía con una sola mula enganchada al palo de amontonar. La tabla de amontonar consistía en un tablón rectangular con un gancho de hierro curvado en el centro, con el que se dirigía el artilugio y se controlaba su inclinación. Por último, se procedía a barrer la parva y a juntar en un solo montón el grano y la paja, que quedaba listo para aventar, precisándose de todo un día para completar el proceso de carga, trillado y amontonado de cada parva.

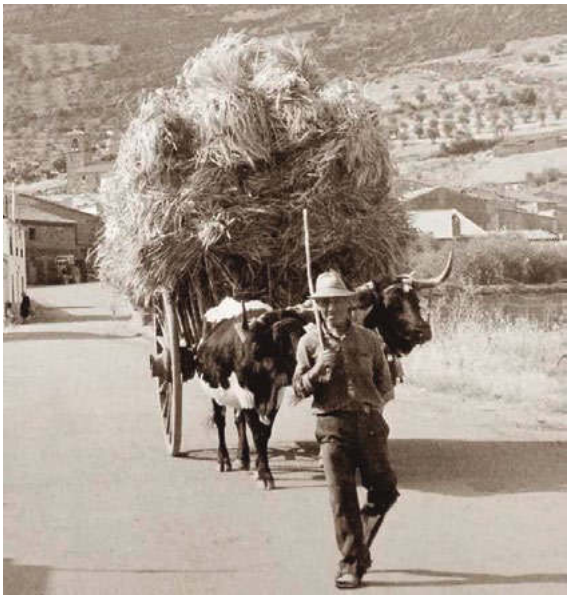
El aventado se llevaba a cabo con la horca o el bieldo, debiendo esperar a que hiciese viento, siendo el ábrego el más propicio en la zona. El viento separaba el grano de la paja, dejando el grano más cerca por su mayor densidad y la paja más lejos. Después había que refinar el grano con la criba, o bien con el cribón rectangular manejado por dos personas. Este procedimiento fue sustituido más tarde por la aventadora, que precisaba de tres personas para su manejo: una que se encargaba de echar la mies triturada, otra que daba vueltas a la manivela y otra que retiraba con la pala el grano limpio y la paja que se acumulaba detrás. Así quedaba listo el grano para ser envasado en costales de una fanega. La aventadora podía también estar dotada de un motor, no precisándose entonces la manivela.

Finalmente, el acarreo de la paja era el colofón de las tareas, que se almacenaba en el pajar, situado normalmente encima de la cuadra de las mulas, desde donde se distribuía a los pesebres por medio de una tolva.

Para trillar no se solía madrugar mucho, pues había que esperar a que pasara el relente de la noche que ablandaba la mies. Una vez enganchada la yunta al trillo, ya todo era girar y girar al trote cansino de las mulas, usando como timón los ramales y descansando de vez en cuando para calmar la sed y echar una parrafada con otros labradores.

La trilla era una actividad relativamente cómoda, siendo el momento más intenso el mediodía, con el sol en lo alto, que hace arder la tierra y reluce sobre la parva generando espejismos que hacen delirar al navegante de la improvisada nave. Cuando hacía más calor llegaba la hora de la comida, después se echaban una siesta reparadora hasta que remitiera un poco el calor y proseguían su tarea hasta la caída del sol.

Segador. Recreación, 2012. Aldeonsancho.
Fotografía: Esca (Fernando Sebastián Álvaro).



Barcinando hacia la era.
Fotografía: M.ª Reyes Hellín Cruz.

Preparando la parva. Recreación. Aldeonsancho, 2012.
Fotografía: Esca.

Trillando. Recreación. Aldeonsancho, 2012.
Fotografía: Esca.

Reagrupando la parva con la tabla de amontonar.
Fotografía: M.ª Reyes Hellín Cruz.

Aventando en la era.
Fotografía: M.ª Reyes Hellín Cruz.

La mies recogida en costales.
Fotografía: M.ª Reyes Hellín Cruz.

Capítulo 4.
Los criberos

4.1. Fabricación de cribas y harneros

Conviene mencionar aquí que, hacia 1950, había en Cantalejo más de cien personas dedicadas a la fabricación de la típica criba cantalejana (que siempre fue de piel), aunque tardíamente también se fabricaran algunas con base de alambre. De todas formas, esta actividad viene de mucho más atrás, pues, según dice Fuentenebro (Fuentenebro, *Cantalejo, Aldea, Villa y Ciudad*, 2007, pág. 400), en 1852 ya había en Cantalejo 63 criberos y cedaceros, que en 1882 ascendían a 130.

Tomás de Lucas. Ávila, 1919.

No se comprendería bien la fabricación de los trillos si antes no habláramos de las cribas, ya que este utensilio, empleado para limpiar el grano de impurezas, siempre acompañó al trillo en sus andanzas por la España cerealista. Decimos esto porque el término briquero, con el que se identificó siempre a los chifleros, o trilleros, proviene de brica que, en la jerga empleada por los trilleros en sus tratos, significa criba. Siendo por tanto los criberos los que originaron este término, aplicado después a los trilleros e identificado más tarde como gentilicio de los nacidos en Cantalejo y sinónimo de cantalejano.

Conviene, no obstante, recordar aquí que el término «brica» es una alteración por metátesis de la palabra castellana «criba», y que chiflero procede del vocablo árabe «chifla», que significa trillo.

No vamos a extendernos mucho en hablar de la mencionada jerga, conocida como gacería, cuyo origen fueron, en principio, las palabras vascas que trajeron los repobladores medievales procedentes del País Vasco y de Navarra, así como algunas otras de procedencia árabe. Tan solo decir, que ese primitivo vocabulario se vio más tarde ampliado por palabras de procedencia tan variopinta como el francés, el portugués, el gallego, el montañés, el caló y otras derivadas de palabras castellanas antiguas, así como de la propia imaginación del briquero. Baste decir que, para el que tenga curiosidad por conocerlo más a fondo, no tiene más que consultar el libro de Francisco Fuentenebro (Fuentenebro, *Cantalejo, los briqueros y su Gacería*, 1994) en el que se incluye un extenso vocabulario. De todas formas, a lo largo del texto no se podrá evitar introducir algunas palabras en gacería, e incluso extendernos un poco más en algunos capítulos.

Lo que sí vamos a referir es cómo se confeccionaban las cribas, para lo cual, lo primero que había que hacer era obtener los aros, generalmente de álamo blanco, que en Cantalejo lo llamaban pobo (*populus alba*). Cortaban tozas de dos metros de longitud, de las cuales se obtenían tablas de ocho centímetros por uno que se domaban en un torno con la madera aún verde para obtener unos aros que se claveteaban para que no se abrieran y se almacenaban unos dentro de otros, para después ir cogiendo las tablas que se necesitaran, según se fueran haciendo las cribas.

La piel se obtenía comprándola directamente u obteniéndola de un animal generalmente viejo o enfermo comprado a bajo precio a agricultores y ganaderos. Los mismos criberos sacrificaban al animal y se ocupaban de «curtir», por llamarlo de alguna forma, pues no se pretendía curtir la piel, ya que una piel curtida no tiene la flexibilidad necesaria para fabricar las cribas. Solo se quería evitar que se pudriera y que se la comieran los gusanos. Las pieles más idóneas para este menester eran las de ganado mular, asnal o caballar, aunque también se utilizaban a veces pieles de ternera, cabra, oveja, perro, etc. De hecho, se utilizaba la piel de cualquier animal, excepto la del cerdo, que, no obstante, era de gran calidad, por lo trabajoso que era obtener su piel, como expresa muy bien Marcos «El Pollo» en el siguiente poema que transcribimos a medias:

Si se pirriaba[4] un mandorro
en el vilache briquero,
se curtía su pellejo,
que se tornaba en harnero

El proceso de curtición, rudimentario y simple, consistía en limpiar la piel de carniza, mantenerla cubierta de sal y ceniza durante varios días, limpiarla a continuación y exponerla al sol durante un día[5]. De esta forma se obtenía un «cuero crudo» ideal para la fabricación de cribas. Después se remojaba, se tensaba y se clavaba sobre los bordes de un aro, que se había curvado previamente con ayuda de un torno. El aro solía ser de álamo blanco (*populus alba*), por ser la más flexible y adecuada para hacer las cribas. Si se le quería dar un aspecto más fino, se ponía un segundo aro cubriendo la zona claveteada. Este segundo aro, o moldura, tenía

[4] Pirriar: morir. Mandorro: bestia de carga. Vilache: pueblo.

[5] Datos recuperados de fuentes anónimas por Paulino Zamarro.

una anchura de tan solo 4 cm, es decir, la mitad del principal. Después se procedía a perforar la piel con un sacabocados o «clavo» con el diámetro apropiado, según el tipo de grano al que se destinara (garbanzos, lentejas, trigo, centeno, avena, etc.) apoyando la criba sobre una toza de álamo negro y golpeando con una maceta o porra del mismo material. Si la piel tenía el pelo largo, el briquero se ocupaba también de esquilarla, antes de proceder a montarla sobre el aro.

Tijeras de esquilar,
curioso ejemplar para zurdos.

Antiguos clavos para
picar cribas.

El picado de la criba se empezaba siempre junto al aro, al que se le iba dando vueltas y haciendo círculos concéntricos, hasta acabar en el centro de la criba. Esa era la criba normal, sin floriturras, aunque en este oficio había verdaderos artistas, que con gusto y pericia iban adornando la criba con dibujos de estrellas, ramos de flores y otras figuras, a las que añadían las iniciales o el nombre del comprador, para que no se la cambiaran en la era. Daba gusto ver picar una criba a uno de estos artistas, que realizaban su trabajo sin aparente esfuerzo, a veces con la chiquillería como expectante público. Estos adornos se solían hacer solo en el centro de la criba y con agujeros más pequeños, pero también podían abarcar toda su extensión, en cuyo caso eran del mismo diámetro.

Briquero picando cribas de piel.

Florencio Muñoz «El Agallón» dándole forma al aro. III Festival de Bailes Regionales, 1993.
Fotografía: Mauro.

Los harneros eran cribas de menor tamaño y con agujeros más finos para que cayera la tierra. También se hacían cedazos, con malla de seda o metálica muy fina, que servían para cerner la harina y separarla del salvado. Los panderos eran cribas sin picar que se empleaban para echar de comer al ganado.

La anchura del aro en los cedazos era de 15 cm y su grosor de 1 cm, más un cerquillo de unos 5 cm de anchura que servía para tensar la tela, que se claveteaba una vez tensada. Los cedazos se solían utilizar de dos en dos, sujetos por unas varillas de madera que servían para que dos operarios las sujetaran por sus extremos al cerner la harina y para golpearlas ligeramente sobre la artesa de vez en cuando, con objeto de que no se apelmazara la harina.

Artesa con cedazos y varilla.

Se hacían también cribas con entramado de alambre, proporcionado por Gregorio San Germán, que lo traía para hacer telas para los somieres y proporcionárselas a aquellos briqueros que complementaban la venta y rechinado de los trillos con el arreglo de somieres, que también fue una actividad a la que se dedicaron algunos briqueros.

Para la confección de las cribas de alambre se instalaban dieciséis radios de alambre grueso, ocho de los cuales no llegaban al centro y se apoyaban en un círculo central, o en los vértices de dos cuadrados de alambre. Luego se colocaba un cerquillo para asegurar mejor los radios y tapar posibles imperfecciones.

Después, al contrario que en la criba de piel, se comenzaba a tejer la criba desde el centro con un alambre continuo y más fino que el de los radios, y sujetando dicho alambre en cada radio con otro alambre aún más fino, que garantizaba la rigidez del conjunto y una distancia regular entre cada dos filas del alambre continuo. De esta forma, cuando se llegaba al borde del aro, solo quedaba asegurar el hilo fijándolo a un radio y la criba estaba terminada.

Llegada la primavera, el cribero cargaba su carro de cribas y se disponía a recorrer los pueblos de Castilla para vender su producto, pasando una larga temporada fuera de casa. Esta fue la

vida de Matías Muñoz, como la de otros muchos criberos de Cantalejo, que vivieron de este oficio hasta la llegada de la mecanización del campo.

Matías Muñoz dándole forma al aro.

Cribas de alambre (Raúl Marín Benito).

Y vamos a referir aquí la anécdota de un cribero de Cantalejo, llamado Felicísimo Agudiez, que picaba muy rápido y muy bien las cribas, y que se apostó una vez con un paisano de Calabazas (Segovia) a que picaba una criba con unos ochocientos agujeros antes de que un gallo que llevara tres días sin comer acabara con doscientos granos de trigo.

Pues bien, dejaron que el gallo estuviera los tres días convenidos sin comer, le pusieron los doscientos granos de trigo y comenzó la apuesta. Ni que decir tiene que Felicísimo ganó la apuesta, ya que terminó la criba cuando al gallo aún le quedaban siete granos por comer (Agudiez, 2019).

4.2. Palabras de un cribero

Resumiremos aquí el proceso de fabricación de las cribas, tomando como punto de partida el artículo de Ana Rosa Zamarro en la revista *El Cantal* (Zamarro A. R., *Palabras de un cribero, Juan Poza y Faustina Marín,* 2005).

En primer lugar, decir que Juan Poza fue uno de los últimos criberos de Cantalejo, de los que además de hacerlos, se pateaban los pueblos de media España buscando clientes para las cribas y harneros que, con tanto cariño, habían elaborado durante el invierno.

Sus palabras, acompañadas de los comentarios de su mujer, Faustina, nos muestran «las huellas del pasado y lo que fue todo un oficio, en aquellos tiempos en los que la jornada laboral no tenía fin» (Zamarro A. R., *Palabras de un cribero, Juan Poza y Faustina Marín*, 2005).

Juan aprendió esta profesión viendo trabajar a su padre y a su abuelo, convirtiéndose con el tiempo en un experto cribero capaz de realizar todas las tareas que este trabajo conlleva.

El trabajo comenzaba por la compra de «cortas de chopos»[6], las cuales había que talar y desramar, necesitándose para ello de la ayuda de toda la familia. Cuando el lugar donde se habían comprado los chopos era de difícil acceso, había que buscar la forma de facilitar la salida de los troncos, bien con animales de carga o localizando un cercano río por el que se pudieran deslizar. Arrojaban los troncos al agua y los empujaban con largas varas, aprovechando la corriente. Se subían, si era preciso, en los mismos troncos hasta llegar a una pequeña represa, construida por ellos mismos, desde la que se pudieran cargar en carros y llevarlos hasta el aserradero de la «Cooperativa Unión Trillera de Cantalejo», donde se aserraban a la medida precisa con sus potentes sierras de cinta.

Para elaborar las cribas se necesitaban tiras de 2 metros de largo por 8 cm de ancho y 1 cm de grueso que, con ayuda del torno, al estar la madera aún verde, se les daba la forma de un aro circular, uniendo sus extremos con pequeñas puntas. Una vez creado el primer aro, se encajaban y embutían otras diez tiras torneadas formando una «rueda de aros» y, de esta forma, se dejaban elaboradas muchas ruedas, de las que se podían ir extrayendo tiras cortadas a la medida de la criba deseada por cada cliente.

Parecida a la criba era el harnero, que se diferenciaba por su menor tamaño y porque en la criba el grano cae al suelo traspasando los agujeros, mientras que, en el harnero, al ser los agujeros más finos, deja caer la suciedad, dejando el grano en su interior.

Similar a este era el pandero, pero con la piel sin picar, por lo que se utilizaba, generalmente, para medir y echar de comer al ganado.

Distinto era el cedazo, ya que su diámetro era menor, el aro de madera más ancho, y la base no era de piel sino de fina tela metálica y servía para separar la harina del salvado, siendo muy solicitado por molineros y panaderos.

Juan, a la vez que organizaba y preparaba la madera, buscaba la forma de obtener la piel, estando al tanto de todos aquellos animales (asnos, mulas, machos…) que, por enfermos, viejos o accidentados, se vendían a bajo precio.

[6] Derechos para talar árboles, en este caso chopos.

Los sacrificaba en el campo, lejos del pueblo, normalmente camino de Fuenterrebollo, en la zona conocida como Navatariego, acompañado de algún familiar o amigo, por el peligro que suponía poder verse acorralado por los buitres hambrientos que bajaban al olor de la sangre. Tenían muchas veces que utilizar la tralla[7], en una lucha «cuerpo a cuerpo» contra un enjambre de picos, garras y alas desplegadas, dispuestas a no esperar a que el animal quedara desollado.

Obtenida la piel, se metía en un saco para llevarla a lavar y, una vez limpia, se extendía durante un día al calor del sol, se cubría con mucha ceniza y sal, para evitar que salieran gusanos y la dañaran, y se dejaba así varios días. De esta forma, la piel quedaba resistente y rígida.

Una vez seca y en el taller, se recortaba un trozo con unos centímetros más grande que el aro y si el pelo era largo se esquilaba. Acto seguido se metía en agua para hacerla más flexible y de esta manera poder tensarla y clavarla en el aro.

Llegado a este punto se podía ver cómo iba a ser la futura criba. Solo faltaba picar los agujeros, para lo cual había que escoger entre los diferentes clavos o sacabocados que había, que eran distintos en cuanto a forma y tamaño dependiendo de lo que se iba a cribar: lentejas, avena, trigo, garbanzos, cebada, centeno…

Una vez seleccionado el clavo que se iba a utilizar, se procedía al «picado», que para Juan era la parte más gratificante y agradable de este oficio, porque por fin se completaba, en poco más de una hora, un trabajo que había llevado muchos meses de organización y dedicación.

Faustina cuenta que «a veces le observaba, sentado en su taburete, con la criba apoyada en la toza, dando firmes golpes con la maceta en el clavo con agilidad y seguridad, por lo que intuía que estaba tranquilo, sereno, concentrado y disfrutando con los complicados dibujos geométricos que plasmaba, tan perfectos y variados, que terminaban siendo verdaderas obras de arte».

Pero, al igual que hacía las nuevas, restauraba con recortes de piel aquellas que se rompían con el uso. Las cosía con una aguja larga, cuyo orificio era triangular, por el que metía una fina cinta de piel, para lo cual había que desmontar primero la zona de la criba donde estaba el roto, coserla y volverla a humedecer, para tensar y clavar de nuevo la piel. Después había que hacer los agujeros que faltaban.

Los arreglos solo se podían hacer si el roto estaba relativamente cerca del aro, ya que había que apoyarse en él para poder tensar la piel una vez añadido el remiendo.

Pero aquí no terminaba la dispuesta lucha del cribero, sino que más bien comenzaba, pues llegada la primavera había que salir a venderlas por los pueblos, al igual que hacían otras familias criberas y trilleras, misión que requería estar fuera de casa una larga temporada.

[7] Tralla, trencilla o cordel de seda que se pone en el extremo del látigo para que restalle o «chisque», como se dice en Cantalejo. Látigo provisto de este cordel, típico de Cantalejo.

4.3. Distribución y venta

La distribución se hacía al inicio del verano. El cribero cargaba su carro o su burro con cribas y se disponía a recorrer los pueblos de Castilla para vender su producto, regresando solo a casa cuando se había vendido todo el material y tenía que reponerlo. Este es el caso de Paulino Sanz Sacristán, al que vemos aquí picando una criba en Paredes de Nava, o de Justo vendiendo cribas en Arenillas de Nuño Pérez.

Paulino Sanz Sacristán picando una criba en Paredes de Nava (1930).

Paulino Sanz[8] también era cribero. Bueno, primero fue zapatero y se dedicaba los veranos a segar, pero como eso apenas le daba para comer, acabó aprendiendo el oficio de cribero y a salir al verano, primero con su mujer y más tarde con sus hijos según iban creciendo. Después comenzó también a vender trillos y este oficio se lo trasmitió a sus hijos, Amadeo, Mateo e Ignacio que también acabaron siendo trilleros.

No obstante, no hay que confundir lo de salir al verano con ir de veraneo, ya que ir de veraneo es una actividad lúdica y, cuando se salía al verano era para trabajar y para vender o reparar los

[8] Abuelo de Paulino.

trillos, las cribas y otros aperos de labranza producto de su trabajo. Dicha actividad comenzaba normalmente a últimos de abril o primeros de mayo, con la llegada del buen tiempo, y acababa cuando los labradores terminaban la faena de trilla, que no solía sobrepasar la primera quincena de agosto, ya que… según advertía el refrán: por san Bartolomé (24 de agosto), si no acabas de trillar, te mojarás los pies.

Al igual que los trilleros, cada cribero tenía sus rutas establecidas, repitiéndolas año tras año y procurando no pisarle la zona a otro cribero, aunque esto a veces no fuera fácil y se produjeran algunas discusiones. También es oportuno decir que muchos trilleros vendían también cribas y otros aperos de labranza, de modo que distinguir entre trillero y cribero no siempre era fácil.

Justo, en Arenillas de Nuño Pérez (Palencia). 1920.

Capítulo 5.
La fabricación del trillo

5.1. Los briqueros

Los briqueros, desde el siglo XVIII (Fuentenebro, *Cantalejanos ilustres*, 2017, pág. 34) hasta el tercio final del siglo XX, forjaron las señas de identidad de Cantalejo divulgando su nombre y su actividad por media España, que recorrían hasta los más recónditos caminos, visitando eras, ferias, mercados y casas de labor, sirviéndoles tan solo de anuncio la matrícula de la tablilla de su carro y los trillos y cribas que en él portaban.

Salían un día de su hogar a primeros de mayo, con la esperanza de poder vender su mercancía cuando llegaran a su zona de operaciones, y no volvían hasta el inicio de las fiestas de agosto para celebrar, si todo había ido bien, el éxito de la temporada, que les permitiría pasar el invierno y preparar los trillos del verano siguiente.

El briquero iba por los caminos sin disponer de seguridad social ni laboral, enfrentándose a la buena de Dios a la soledad de los caminos, al mal tiempo, a las tormentas, a la preocupación por encontrar clientes, a la inquietud en las posadas que tenía que compartir con arrieros, vendedores ambulantes, etc. Precisando, además, de valentía ante los peligros, solidaridad en los caminos con otros arrieros, capacidad de adaptación, simpatía y don de gentes para realizar tratos, y, sobre todo, fortaleza de ánimo y confianza en sí mismo. Cualidades todas ellas que le harían falta muchas veces, cuando se levantaba sin saber a ciencia cierta qué camino tomar para tratar de vender su mercancía, y elevando una plegaria al cielo, elegía un camino al azar.

Su oficio configuró de tal forma el carácter de Cantalejo que, aún hoy, decir «briquero» es tanto como decir cantalejano y que, sin los briqueros, Cantalejo no habría pasado de ser un pueblo más, sin destacar entre los de su entorno, ya que lo que imprime carácter a un pueblo son las personas y su forma de enfrentarse a las adversidades y no el lugar en el que habitan.

Carro de varas típico, con el que salían los briqueros a vender trillos. Festival de Bailes Regionales, 1994.

Con respecto a lo que era Cantalejo hacia 1930, conviene recordar las palabras del escritor sepulvedano don Antonio Linaje Revilla que, en el programa de Festejos de Cantalejo de 1930, dibujaba así los rasgos de los briqueros:

> Cantalejo es un pueblo de nervio, de iniciativas, de plausibles aspiraciones gigantes, que respira vida, que exhala juventud, que engalana su reciente escudo una aspiración de afanes e inquietudes…
>
> Todos sus hijos, de espíritu andariego, que durante el verano viven bajo otros horizontes y otros cielos, luchando con la vida, regresan en estos días al hogar abandonado para asistir a las fiestas de la Asunción y San Roque. Caudillos ignorados, esforzados héroes que llevan a lejanas tierras y esparcen por España entera el nombre de su pueblo, aureolado por la fama de industrioso y trabajador.

En cuanto a la gacería, era una jerga inventada para entender sin ser entendidos, pero en ningún caso para engañar, sino más bien para defenderse ante un ambiente hostil en el que se encontraban en inferioridad de condiciones. Eso no quiere decir que ocasionalmente no hubiera quien engañara, aunque como se suele decir, el engaño y la mentira tienen las patas muy cortas y no se puede engañar en un sitio al que piensas volver todos los años. De todas formas, vamos a referir el engaño al que recurrían algunos desaprensivos, que lo llamaban «meter la mola», que consistía en ir a empedrar y ajustar con el labrador el tanto al que se iba a cobrar el kilo de piedra puesto en el trillo, pesando a tal efecto el talego de la piedra antes y después de empedrar y cobrando por la diferencia. El truco consistía en dejar una cuerda colgando del talego y pisarla cuando el labrador estaba distraído mirando como se hacía la pesada, añadiendo de esta forma unos kilos de más, que también podía hacerse metiendo una piedra en el talego y sacándola cuando el labrador se marchaba. Lo malo era que el labrador se diera cuenta y entonces había que salir corriendo y no volver jamás por ese pueblo.

Agustín Calvo Zamarro y Antonio Calvo Zamarro (padre e hijo), 1929.

5.2. El taller briquero

La mayor parte de los talleres donde se fabricaban los trillos estaban constituidos por unidades familiares y el taller se ubicaba en su propia casa, en la que unas grandes portadas daban acceso a una especie de cochera. Allí se realizaban todas las labores de carpintería necesarias para su fabricación, aunque, algunas de ellas, como el escopleo, si el tiempo lo permitía, se solían hacer en la propia calle.

En el interior de estas portadas se almacenaban colgadas por las paredes todo tipo de herramientas, entre las que no podían faltar las sierras de carpintero, escofinas, limas, serruchos, formones, cepillos de carpintero (recto y curvo), garlopas, berbiquís, alicates, tenacillas, martillos, compás, escuadra y falsa escuadra, mazos y, por supuesto, los consabidos escoplos (de aguja, segundo y gordo).

Herramientas para hacer trillos, Museo del Trillo, Cantalejo.

No faltaban tampoco el banco de carpintero, las borriquetas para colocar el trillo que había que empedrar y los burros o cárceles, sobre los cuales ensamblar las tablas que habían de constituir cada trillo. Desde un inicio se decidían las tablas que constituirían cada unidad, dibujando como había de ser su base y numerándolas para que no hubiera confusión posible en el ensamblaje final.

Algunos briqueros más pudientes disponían de obreros asalariados y fabricaban centenares e incluso un millar de trillos, pero en la mayor parte de los talleres solo trabajaban los miembros de la familia y se elaboraba menos de un centenar (Santa, 2019). Aparte de esto, también era muy frecuente la existencia de cuadrillas de escopleadores que iban ofreciendo sus servicios por los distintos talleres, con el fin de completar el escopleado de los trillos, que era uno de los trabajos que requería más mano de obra.

En cuanto a las jornadas de trabajo, eran agotadoras y trabajaban de sol a sol todos los miembros de la familia. Si había trabajadores ajenos, debían cumplir una jornada de diez horas o bien trabajar a destajo.

Taller de trillos. De Tomás Zamarro de Lucas «Sordillo», 1935.

Recreación de un taller briquero. Acuarela de Frutos Casado de Lucas.

Para el corte de las tablas, se llevaban las tozas al aserradero de la Cooperativa Unión Trillera de Cantalejo, a la que pertenecían casi todos los trilleros, donde se cortaban las tablas con su característica curva, que impedía que el frontal del trillo se deslizara bajo la mies.

Además de la Unión Trillera, convivieron con ella otras serrerías más pequeñas, como la de Bernardo Fernández Quintana (en Fuenterrebollo), la de Agustín Frías (junto a su molino), la de Emiliano de Lucas (junto al actual tanatorio) y la de Tito Barrena (frente al bar Ormi, hoy en la carretera de Cuéllar), donde acudían también los trilleros de Cantalejo a que les cortaran las tablas.

Antes de que se fundara la mencionada cooperativa, ya existía, desde el inicio del siglo XX, una serrería mecánica movida por vapor, cuyos dueños fueron Agustín Frías (venido de Mojados) y Cipriano Rodríguez (venido de Lastras de Cuéllar). En dicha serrería se hacía el corte de las tablas y se les daba su curvatura.

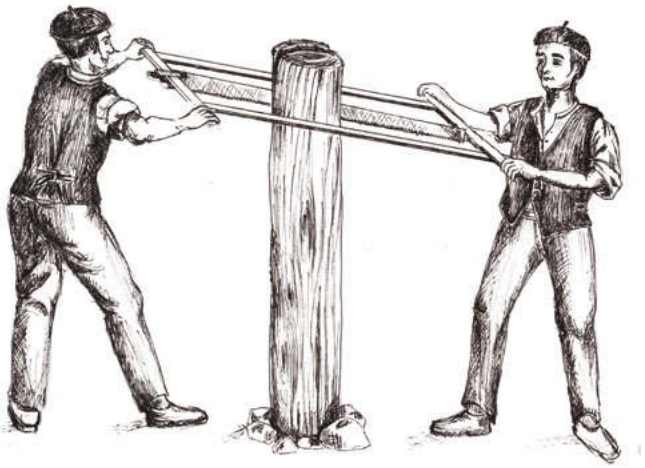
Poco después se instalaron las sierras de cinta eléctricas, con las que mejoró notablemente la calidad del trillo, obteniéndose de esta forma tablas de amplia y consistente cabeza. Si a esto le unimos el perfecto empedrado del trillo, no es de extrañar el éxito que alcanzó el trillo cantalejano y que se fuera dejando de fabricar en otros lugares.

Antes de que existieran las sierras de cinta mecánicas, preparar las tablas era mucho más laborioso, precisándose utilizar una sierra para tablonear, llamada de armas o de cuatro manos, manejada por dos hombres. La toza se sujetaba fuertemente en posición vertical dentro de un foso o con fuertes mordazas y se procedía al aserrado en vertical de la mitad de la tabla. Después se le daba la vuelta y se terminaba de aserrar la otra mitad. Los laterales largos del cuadro de la sierra evitaban torcerse, ya que la sierra se deslizaba rozando solamente un lado del tronco, con lo cual el corte salía muy recto. Para adaptar el ancho del tablón bastaba correr los engarces de hierro a un lado y volver a tensar la sierra con cuñas.

Como este procedimiento era muy trabajoso, la curvatura de las tablas antiguamente era mucho más suave, o incluso inexistente, sustituyéndose, a veces, por una tabla inclinada que se colocaba en la cabecera del trillo, que disminuía su eficiencia considerablemente.

La curvatura, en un trillo medio o grande, solía tener un radio de 80 a 90 cm, aunque para ejecutarla normalmente lo que se utilizaba era una plantilla, mediante la cual se dibujaba la silueta de las tablas con lápiz de carpintero sobre el perfil cuadrado de la toza. Luego bastaba seguir esas líneas con la sierra de cinta para obtener las deseadas tablas.

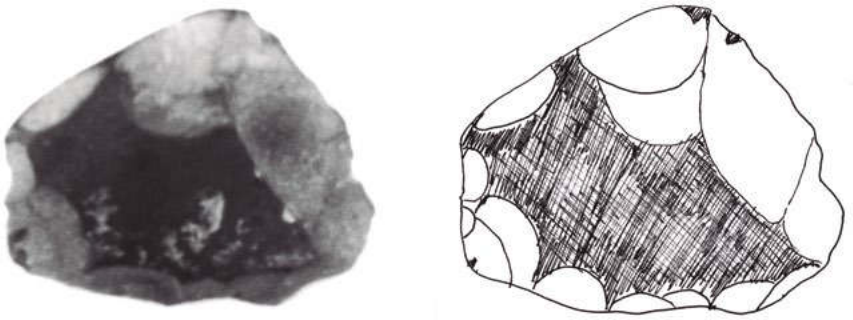
Sierra de armas o de cuatro manos, para hacer tablas.



Así se hacían las tablas antiguamente. Dibujo de Amalia Cayetano Rodríguez.

5.3. Los pedreros

Otra tarea que había que hacer, para elaborar un trillo, era proveerse de la piedra necesaria para fabricarlos, que se obtenía tallando la piedra de una manera sencilla y arcaica con un percutor duro, tal y como se hacía en el paleolítico, con la única diferencia de que ahora el percutor era un fino martillo de acero. Se podían utilizar dos tipos de piedra, la blanca (que también podía ser grisácea, amarillenta o translúcida), sacada del pedernal o sílex, que era la más apreciada, y la negra, obtenida de cantos rodados del río o del páramo a los que denominaban morrillos, formados por cuarcita de grano fino, que se utilizaba cuando el sílex no estaba disponible. Además, en este último caso, solo se utilizaban las lascas corticales, o «chinas costeras» como se decía en Cantalejo, es decir, el exterior, despreciando el resto de la piedra. Por el contrario, si se sacaban las lascas de una piedra de sílex, se utilizaba todo el material, incluido el núcleo. Por este motivo, en los lugares donde los trilleros elaboraban los morrillos, se encuentra abundancia de estas piedras desechadas, a las cuales se ha venido a denominar «cantos de trillero» (Álvarez, 2011).



Canto de trillero.

Los briqueros obtenían el sílex fundamentalmente de tres sitios: de Córcoles, en Guadalajara, y de Gascueña y Loranca del Campo, ambas en la provincia de Cuenca, aunque también fueron utilizadas ocasionalmente las canteras de Brihuega, Jadraque, Sigüenza, Sacedón, Alcocer, Pareja, Lupiana, Atapuerca, etc. Además, en las cercanías de estos pueblos también había otros con canteras de sílex, como por ejemplo en La Paraleja, Villalba del Rey, Tinajas, Cañaveros, etc., todos ellos en el entorno de Gascueña, o en Tabladillo y Casasana, en el entorno de Pareja.

Juan San Macario haciendo piedra en Gascueña, 1958.

Para obtener las lascas de sílex primero se utilizaba un martillo de unos 7 kg de peso (marro, maza o pilón) con el que se obtenían bloques de sílex de la Cantera de unos 500 kg (Siguero, 1984, pág. 176). Luego, mediante la almádena[9] (martillo de entre 2 y 4 kg de peso), se trocea-ban en piezas más pequeñas, que pudiera mover un hombre. Después, con un martillo más pequeño, llamado porra (entre medio y un kilogramo de peso) se obtenían trozos manejables que cupieran en la mano de un hombre, a partir de los cuales se iban obteniendo lascas (los briqueros las llamaban chinas) con un martillo ligero de mango largo, llamado piqueta, cuya punta rectangular tenía un grosor de tan solo medio centímetro. Para los morrillos de cuar-cita, o piedra negra, se utilizaban piquetas con la punta algo más gruesa y redondeada. El tamaño de las lascas de sílex obtenidas de esta forma oscilaba entre 2 x 3 y 3 x 4 cm.

Bloque de sílex y lascas. Manopla, porra de 0,75 kg y piquetas.

[9] Los briqueros solían utilizar directamente la almádena, prescindiendo del marro.

En esta tarea se especializaron familias enteras, las cuales marchaban al terminar el verano hacia las zonas donde abundaba el sílex y permanecían allí todo el invierno, dedicadas a obtener lascas de piedra que luego vendían a los trilleros. Hubo incluso algunas familias, como la de Raimundo Heras Sanz, que acabó estableciéndose permanentemente en Córcoles, donde preparaba la piedra que luego enviaba a sus paisanos. Raimundo extraía la piedra de una cantera situada al norte del mencionado municipio, muy cerca del Monasterio de Monsalud. En dicha cantera, hoy abandonada, se pueden encontrar abundantes lascas homogéneas y con el tamaño apropiado, que confirman su uso prioritario para la construcción artesanal de trillos agrícolas.

La extracción de las lascas se hacía sentado en una banqueta, con una manopla de cuero, badana o goma en la mano izquierda y con una piqueta o martillo fino de acero en la otra, con el que se golpeaba la piedra con maestría y se obtenían lascas del grosor apropiado para ensamblarlas en las ranuras del trillo. Las lascas iban cayendo sobre la mano izquierda del briquero que, tras rápido examen, decidía las que se consideraban útiles y se echaban en el cesto y las otras las dejaban caer, en el montón de desperdicios.

Jesús, Matilde y Juan San Macario. Gascueña, 1956.

Luego, había que seleccionar las chinas por tamaños, las más pequeñas para colocarlas en las filas delanteras, las medianas en el centro y las más gruesas atrás. De esta forma, se conseguían dos cosas, aprovechar al máximo la piedra y colocar las más finas y afiladas en la parte delantera que es donde mejor cortan.

También había pedreros que hacían el ciclo completo, como Máximo San Macario, o Justo de Lucas, es decir, que además de preparar la piedra se dedicaban también a vender los trillos.

Narraremos a continuación el caso de Máximo San Macario que con toda su familia se marchaba a Gascueña (Cuenca) al terminar el verano, preparaba la piedra durante el invierno y no volvía a Cantalejo hasta la primavera (San Macario, 2011), para un poco más tarde recoger los trillos que les habían hecho y marchar a Alba de Tormes a venderlos.

Martín «Rules» y Eusebio sacando lascas de sílex. III Festival de Bailes Regionales, 1993.

MÁXIMO SAN MACARIO. LOS PEDREROS

Una vez terminadas las fiestas y tras despedirse de los amigos y dar un paseo fugaz por las calles de Cantalejo, se prepara el señor Máximo para iniciar el ciclo vital del briquero. Aunque en este caso mejor sería decir del «pedrero» o del «pedernalero», es decir, de aquellos que se enfrentan a la fortaleza del sílex, llamado también pedernal, obteniendo a fuerza de porra y piqueta las lascas o chinas necesarias para empedrar los trillos.

A la salida de Cantalejo, más allá del Alto de Las Viñas, cuando apenas despunta el sol en el horizonte, traquetea el carro de Máximo tirado por dos vigorosos machos que, recuperadas las fuerzas tras el descanso de agosto, afrontan el esfuerzo necesario para el largo camino que les espera hasta llegar a Gascueña (en Cuenca), ese pequeño pueblo donde se «cría el mejor pedernal, ese que es más agudo que el filo de la navaja del rapabarbas» (San Macario, 2011).

La primera jornada terminaba en Santo Tomé del Puerto en la posada de Venta Juanilla, donde una coplilla dice:

En la venta Juanilla
nunca te pares,
que por un par de huevos
piden dos reales

Venta Juanilla en 1992 (en 1940 estaba igual).

Venta Juanilla en la actualidad.

Aunque eso debía ser antes, porque a Máximo no le parecían excesivos los precios.

La segunda jornada terminaba en Lozoyuela, donde tuvieron que parar durante todo un día porque se les había roto un rayo de una rueda del carro y tuvieron que buscar a un carretero para que se lo reparara.

Ya sin más incidentes, prosiguieron su camino recalando en las posadas de Torrejón del Rey, Tendilla y Córcoles, recordando en cada una de ellas las visitas de los pasados años.

Al atardecer, los pedreros llegan a Gascueña, donde son recibidos por el posadero y su mujer que les acogen cariñosamente y les muestras los aposentos que utilizarán durante su larga estancia. La señora Emilia ya ha llevado a la cama a Matilde y a Jesús, que son los más pequeños. Manolo se ha negado a irse tan pronto a la piltra, porque quiere escuchar, junto a sus hermanos mayores,

Juan y Nieves, las curiosas historias que cuenta el posadero. Como la de aquel hombre valiente que luchó contra los gigantes de su tiempo, tractores y cosechadoras, por defender la esencia de sus raíces y el sustento de su familia. Sin darse cuenta de que la batalla la tenía perdida y que los trillos acabarían desapareciendo y quedando solo en la memoria de las gentes, que la vida cambiaría como nadie podía imaginar y que viviríamos mejor. Aunque más separados de la tierra y concentrados en grandes ciudades desde las cuales apenas puede verse el Sol.

> En las eras próximas a Gascueña, un enjambre de muchachos recibe a los Pedreros; ya están aquí para pasar un invierno más. ¡Qué bien! más chavales para jugar y compartir horas de escuela. Bueno a Juan, lo que le deje de tiempo el trabajoso día. Y eso que el Sr. Eusebio, el maestro, le dice a menudo al Sr. Máximo y a la Sra. Emilia, mire que a este chaval se le dan bien las matemáticas Sr. Máximo, debiera dejarle estudiar más tiempo. Ya, ya, Sr. Eusebio, pero no vea cómo saca las piedras de las tierras y es el más fino de todos los hermanos haciendo piedra, yo solo no puedo con todo, ya sabe, en casa vivimos de esto y… (San Macario, 2011).

Todos los días, apenas despunta el sol, acompañados del macho que lleva en las alforjas las porras y las piquetas necesarias para el trabajo, ya están Máximo y sus hijos dándole a la piqueta para obtener unos kilitos de piedra antes de tomar el frugal desayuno que les permita trabajar hasta la hora de la comida que está preparando Emilia en la posada.

> En el campo toca entresacar entre los mojones de piedra aquellos que se adapten mejor para obtener las lascas necesarias para los trillos. Se trocean con la maza en pedazos manejables y unos se trabajan allí directamente en el campo y otros se llevan a la posada, sobre los cuales se seguirá trabajando por la tarde al amor de la lumbre, obteniendo de esta forma las chinas que empedrarán los trillos y que rencorosos con su futuro, sangran amablemente los estambres del cereal que alimenta a los hombres, aquellos que un cercano día le volverán la espalda.
>
> Toda la familia, reunida en torno a la lumbre baja de una chimenea, pasará los meses de invierno, las lluvias y las nieves, picando piedra y ahuyentando con el martilleo de las piquetas, los miedos al qué pasará mañana. «Hoy hemos cenado sopas con un poquito de tocino y mañana ya veremos si hay garbanzos para todos…» (San Macario, 2011).

Acabada la temporada, los sacos de piedra se llevan a la estación de Huete y se facturan a la de Yanguas en Segovia y desde allí a Cantalejo en una camioneta alquilada, para repartirlos entre todos los trilleros que se la habían encargado a Máximo. De esta forma, el cortante pedernal se utilizará para empedrar los trillos de este año y servirán para alimentar los sueños y la esperanza en un futuro, que necesariamente pasará por unos derroteros muy distintos, embarcados en el tren del desarrollo, que acabará con este tipo de vida tradicional tan apegado a la tierra.

Por fin, el camino de vuelta a Cantalejo, en los primeros días de mayo, con las consabidas paradas en las mismas posadas que a la ida, la última en Santo Tomé del Puerto, donde se nota la impaciencia por volver a casa.

Llegados a Cantalejo, apenas se concedían dos días de descanso. Luego visitaban a los trilleros para cobrar la piedra que les encargaron, a los que guardan perrillas del último verano que son los menos, con el resto hay que apalabrar las deudas para cobrarlas cuando tengan dinero, es decir, a la vuelta del verano.

Al día siguiente hay que hablar con Felícitos y con María, que se encargaron el invierno pasado de hacer los trillos para Máximo (este año le habían hecho cien). Se empiedran algunos y listos para viajar. Se llevan a Segovia en camión y, desde allí, en tren rumbo a la estación de Salamanca.

Hasta Salamanca se dispone a hacer toda la familia otro largo viaje en carro, con paradas en Navas de Oro, Madrigal de las Altas Torres, Peñaranda de Bracamonte y Alba de Tormes, que es su destino final, y que les servirá como base de partida para la distribución de los trillos por los pueblos de la comarca.

> En el entorno de Alba de Tormes, la venta de la más preciada creación de Cantalejo, es decir, del trillo, este año fue todo un éxito, se vendieron todos los trillos y más que se hubieran llevado, aunque la verdad es que Máximo ya tenía apalabrados muchos de ellos desde el año pasado, y es que como decía Máximo: «calidad es calidad y no se pueden poner peros a lo que se ha hecho con el alma» (San Macario, 2011).

No todos los agricultores se podían permitir el lujo de comprar trillos nuevos todos los años y, por ese motivo, ahí estaban Juan y Manolo, recorriendo las casas de labranza, ejerciendo de odontólogos de aquellos desdentados trillos y rechinándolos, es decir, reponiendo las piedras que habían perdido.

Tampoco se cobraban todos los trabajos en el momento, teniendo que esperar en muchos casos a la cosecha para recibir por correo postal lo apalabrado con el sufrido agricultor.

Y por fin, en agosto, camino de vuelta a Cantalejo, se da la «trashumancia del briquero, buscado en el horizonte la torre de la iglesia y su veleta, que es el punto más alto del pueblo y les sirve de guía a sus andariegas almas» (San Macario, 2011).

Y aquí acaba la narración de las peripecias que todos los años realizaba este briquero, las cuales hemos querido resumir en el poema que lleva por título *Saliendo al verano,* que se reproduce en la página 40.

La piedra así preparada tenía un alto valor, equivaliendo una fanega de piedra a una fanega de trigo, según nos cuenta Vaquerizo (2000). Por lo que no es de extrañar lo que les ocurrió un día a Victoria Sanz y a su familia, que sacaban piedra negra para los trillos en Castrojimeno y la almacenaban en la caseta del autobús que había junto a la carretera. Un desaprensivo pasó por allí y se llevó la piedra, pero le pillaron cuando trataba de venderla en Cantalejo, ya que Victoria y sus hermanos habían contado por el pueblo lo que les había pasado.

5.4. Preparación de las tablas

La preparación de las tablas comenzaba con la corta del pino en tozas de 2,20 m, que se debía hacer en invierno para evitar la savia ascendente de los pinos y conseguir una madera de mejor calidad, seguida del descortezado o desroñado con hacha, operaciones que se hacían en el pinar.

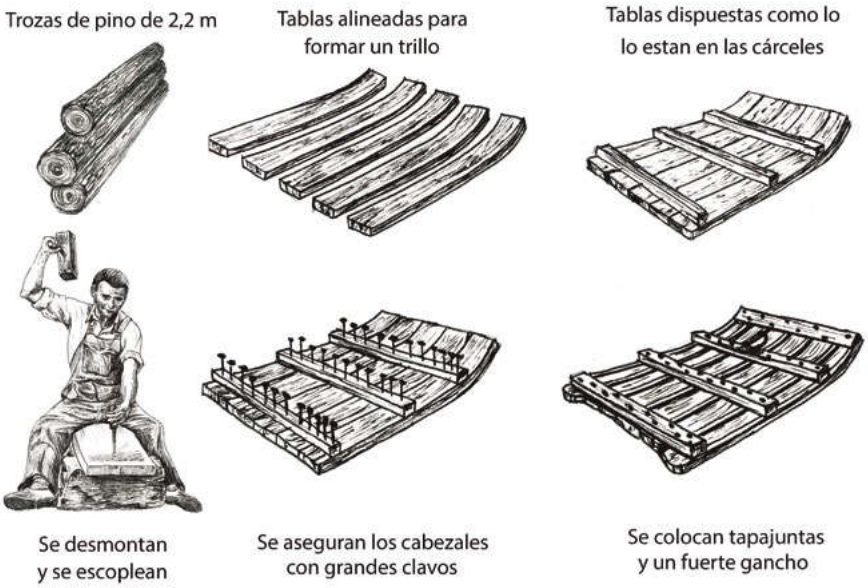
Sierra de Tronzar, Museo del Trillo, Cantalejo.

La madera empleada solía ser de pino, aunque a veces se utilizaban otras si estaban disponibles, como podía ser la del álamo negro (*ulmus minor*) de la que se obtenían trillos de calidad superior. A continuación, las tozas se llevaban al aserradero, donde, con ayuda de una plantilla, se dibujaba el perfil de las tablas, se aserraban siguiendo la curva característica del trillo que le daban aspecto de trineo y se dejaban con un grosor de 5 cm y una anchura variable, pero que no solía ser inferior a 20 cm. Después había que dejar secar las tablas, apoyándolas en las fachadas de las casas o en los cercados, dándoles la vuelta pasados unos días, para que se secaran ambas caras por igual y almacenándolas a continuación en castilletes, lo cual le confería al pueblo un aspecto industrioso muy característico. Este proceso podía durar dos meses, procediéndose después al ensamblaje inicial y al escopleo.

Tablas dispuestas para hacer dos trillos.

Entrada a Cantalejo por la carretera de Segovia, 1935. Se observan las tablas apoyadas sobre las paredes y un castillete dispuesto para ser utilizado. Revista Mundo Gráfico, n.º 1217, 27 de febrero de 1935. Fotografías: Videla y Rico, (Romano J., 1935).

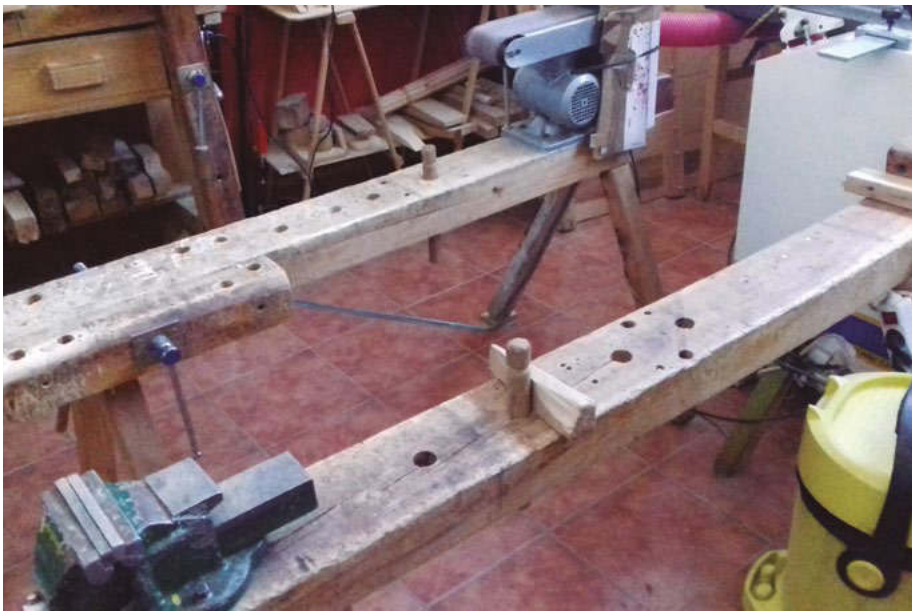
Las tablas se ensamblaban a continuación sobre unas cárceles o burros, colocando unos tasillos o pequeños tacos de madera entre ellas, con objeto de darles rigidez, y prensándolas mediante estacas y cuñas. A continuación, se procedía al cepillado del conjunto así formado, con objeto de que la superficie quedara uniforme. Este cepillado se hacía primero con azuela y longitudinalmente, es decir, al hilo, después se hacía un segundo cepillado, esta vez trasversal, con varios tipos de cepillo, y un tercero al hilo, para terminar con un cuarto cepillado, con cepillo curvo, para igualar la parte interna de la curvatura del trillo.



Fases en la construcción de un trillo, dibujo de Amalia Cayetano Rodríguez.

Luego se rayaban las hileras que habría que escoplear más tarde, utilizando un listón de 3 cm de anchura. Se identificaba también cada trillo y cada una de sus tablas, y se dibujaba la forma de la base del trillo, para lo cual se ponía un clavo en el centro del trillo y, desde allí, con ayuda de una cuerda y un lápiz de carpintero, se trazaban las líneas maestras a la misma distancia. Después se desmontaba el trillo, se recortaban los trozos sobrantes de la base y se procedía al escopleo de cada tabla.

Una vez escopleadas las tablas, se volvía a montar el trillo de acuerdo con el orden preestablecido (ver párrafo siguiente), se aseguraban los cabezales con grandes clavos, se instalaba un fuerte gancho en el cabezal delantero y se procedía a colocar tapajuntas en todas las ranuras y en la cabeza. A continuación, se procedía al empedrado del trillo.



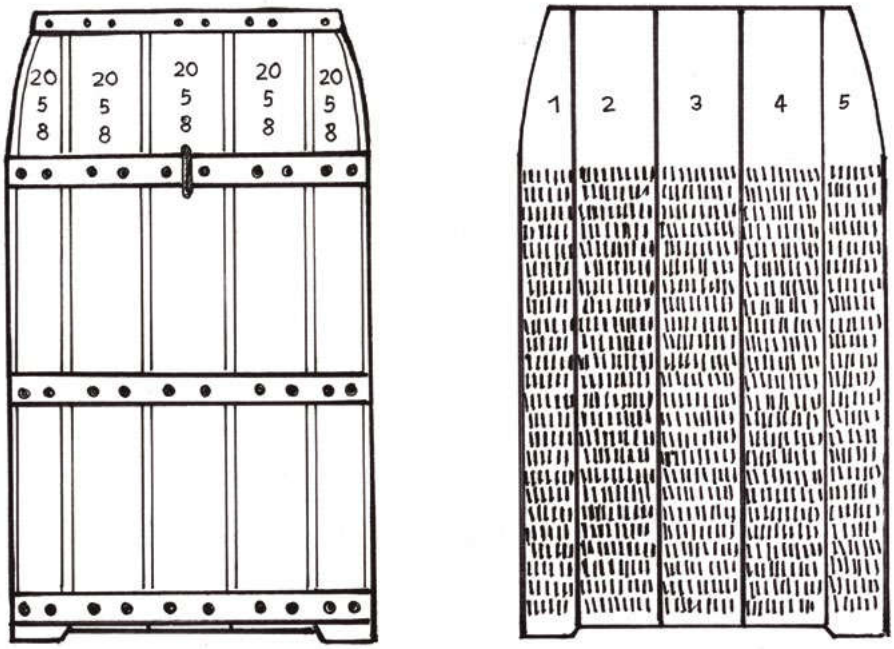
Cárceles, o burros, sobre las que se montaban los trillos.
Sobran el tornillo de banco (en primer término) y la lijadora (en segundo).

La identificación de cada trillo (con lápiz de carpintero), se hacía de la siguiente forma: en la parte interna de la curvatura se ponían tres números separados por rayas horizontales, el primero correspondía al número de orden del trillo, el segundo al número de tablas y el tercero a las cuartas que tenía de anchura (los tres números se ponían en cada una de las tablas). En el otro lado del trillo, al inicio de su curvatura y empezando por la izquierda, se numeraban todas y cada una de las tablas que componían el trillo. De esta forma, no había confusión posible en el orden de las tablas, cuando había que volver a montar el trillo.

En Cantalejo se fabricaban dos tipos de trillos: unos solo de piedra, que eran los más comunes y tenían entre 1,6 y 2 metros de altura (2,1 m máx.), y otros de piedra y de sierra metálica (para utilizarlos en las eras de piedra) cuya altura oscilaba entre 1,5 y 2 metros. La anchura de los de piedra oscilaba entre 5 y 8 cuartas y la de los de piedra y sierra entre 3,5 y 7 cuartas (1 cuarta = 21 cm). En los de piedra y sierra, primero se abrían los canales en los que había que colocar las sierras, pasando la sierra de disco por el centro, a un tercio, o a un cuarto de cada tabla (según el número de sierras a instalar en cada tabla, que se ponían a una distancia mínima de 10 cm). Luego se insertaban las sierras, con ayuda de un puntero, colocándose además otra sierra entre cada dos tablas, que se aseguraban con unos pequeños clavos a través de los agujeros de los que las sierras estaban provistas. No era preciso hacer en este caso canaladuras y la sujeción era incluso mejor que la de las sierras situadas en el interior de la tabla, ya que la presión de la madera impedía que se movieran. Había trillos en los que solo se ponían las sierras entre dos tablas.

Se colocaban cuatro pequeñas ruedas de hierro en los puntos extremos de la zona empedrada, ya cerca del exterior, con el fin de que no se dañaran las lascas de sílex del trillo, si este se salía

de la parva y rozaba con el empedrado de la era. Si el trillo era muy grande se ponían hasta seis ruedas, tres a cada lado. Las cajas para alojar estas ruedas se hacían con el serrucho de punta, una vez ensamblado el trillo. Las dimensiones de estas ruedas solían ser de 10 cm de diámetro por 8 o 10 mm de espesor. Las ruedas se sujetaban con unos espárragos o pasadores de acero que atravesaban de parte a parte toda la anchura de las tablas y que se sujetaban con tuercas en los extremos.



Así se numeraban las tablas de los trillos, ejemplo: trillo n.º 20, que consta de 5 tablas y tiene una anchura de 8 cuartas. Esto se ponía en cada tabla como muestra la imagen. Por la cara de la piedra se ponía el número de orden de cada tabla. Dibujo de Amalia Cayetano Rodríguez.

En cuanto a las dimensiones de las sierras, solían venir en rollos de 200 m de largo por 16 mm de ancho y 1 mm de grosor, que el trillero iba cortando según sus necesidades. El suministro de estas sierras corría a cargo de la Cooperativa Unión Trillera o de la ferretería Baudilio. Las sierras, al ser aceradas, tenían la ventaja de ser muy duras, pero también el inconveniente de ser demasiado frágiles, por lo que a la larga resultaban incómodas y había que extraer las que se rompían.

Fausto, Felipa, Federico y la posadera de Cabezamesada, 1916.

Y no queremos perder aquí la ocasión de referir el caso de un briquero que, con el fin de ahorrarse el coste de un pino, una noche se fue de matute a tomarlo «prestado» a la luz de la luna. Esta anécdota está inspirada en el libro de Fuentenebro (*Cantalejo, los briqueros y su Gacería*, 1994).

Las ordenanzas comuneras para la protección del pinar eran muy estrictas y establecían cuantiosas penas para aquel que se atreviera a cortar un pino sin permiso. Estrictas y muchas veces injustas, como se denuncia en un legajo de 1761 (Fuentenebro, *Cantalejo, los briqueros y su Gacería*, 1994, pág. 40) que se conserva en Fuenterrebollo, en el que el procurador de los cinco pueblos pinariegos del ochavo de Cantalejo, Narciso Francisco Blázquez, se dirige al rey Carlos III denunciando los abusos del alcalde mayor de Sepúlveda, bajo cuya custodia se hallaban los bosques del ochavo de Cantalejo. Los mencionados pueblos pinariegos eran Cantalejo, Fuenterrebollo, Cabezuela, Sebúlcor y Navalilla.

La verdad es que los abusos se daban por ambas partes, ya que los vecinos cortaban también madera o se llevaban pinos secos sin permiso, unas veces por necesidad y otras por simple codicia.

Por la otra parte, es decir, por la legal, se daban fundamentalmente dos abusos: el primero consistía en que el guarda forestal que denunciaba se quedaba con el importe de la multa, por lo que el exceso de celo era lo normal, requisando a veces incluso lo que no debían, y el segundo consistía en que el ayuntamiento se quedaba con la madera requisada, convirtiéndose el delito de unos en negocio para otros.

En estas circunstancias, y sobre todo en el seno de familias humildes y sin tierra cuyo princi-

pal recurso era construir trillos y aperos de labranza que luego vendían a los labradores y que originó la importante industria artesanal de Cantalejo, surgió el «matuteo». El matuteo, o ir de matute, consistía en salir al pinar a horas intempestivas, talar un pino previamente elegido, cortarlo en tozas de 2,20 metros, que era la medida adecuada para los trillos y cargado en un carro llevárselo lo más rápidamente posible, sin que se enteraran los forestales.

Y… aquí viene la historia que queremos contar ocurrida a finales del siglo XIX o principios del XX (Fuentenebro, *Cantalejo, los briqueros y su Gacería*, 1994, pág. 54).

Cuentan en Cantalejo que, en cierta ocasión, un briquero se fue de matute, cortó un pino y troceado se lo llevó a casa lo más sigilosamente que pudo, pero, al entrar en el pueblo, se dio cuenta de que le observaban los forestales.

El aturdido briquero abrió las portadas de su casa, metió el carro dentro y esperó pacientemente a que llegaran los guardas, que al no aparecer le hicieron concebir la esperanza de que no le hubieran visto, aunque como persistía su mosqueo, se le ocurrió montar una estratagema.

En efecto, los forestales le habían visto perfectamente y sabían que venía de matute, pero como era muy tarde, decidieron que sería mejor volver al día siguiente por la mañana, ya que lo tenían localizado y el cuerpo del delito estaría allí mismo la mañana siguiente.

En cuanto amaneció, los guardas se presentaron en la puerta del protagonista de esta historia diciendo:

> –¡Bien!, ¿dónde está el pino que metiste de matute ayer por la noche en tu casa?
>
> –¿Qué pino? – contestó el briquero –. ¡Yo no salí ayer de casa en toda la noche y aquí no hay ningún pino!
>
> –Pues, ¿si no hay ningún pino, no tendrás inconveniente en que lo comprobemos?

Y los forestales inspeccionaron toda la casa, el taller, las habitaciones, el desván, el corral, las cuadras e incluso el pozo, sin encontrar indicios del susodicho pino.

Los forestales estaban seguros de que el pino estaba allí y el briquero de que no serían capaces de encontrarlo, de modo que les pidió que intensificaran la búsqueda, que se tomaran todo el tiempo que quisieran, pero, por favor, que no se fueran con la sospecha de que el pino estaba allí.

Por fin los forestales decidieron marcharse, estaban convencidos de que allí estaban las tozas que habían visto la noche anterior, pero como no eran capaces de encontrarlas, pidieron perdón por las sospechas y por las molestias ocasionadas y se fueron. El briquero tardó aún un par de días en convencerse de que no volverían y pasado ese tiempo se decidió a sacarlas para convertirlas en trillos.

Pero ¿dónde estaban las tozas? Y… ¿cómo las había escondido para que los forestales no pudieran verlas a pesar de tenerlas ante sus ojos?

Pues bien, el briquero, una vez pasado el susto inicial y viendo que disponía de tiempo, desenterró cuidadosamente unas cebollas que tenía plantadas en un pequeño huerto en el corral, cavó con ayuda de sus hijos lo suficiente para poder enterrar las tozas, volvió a colocar sobre ellas la

tierra y las cebollas y esperó a que vinieran a buscarlas.

El esfuerzo mereció la pena, había evitado la multa y se había quedado con el pino, aunque tuvieron que pasar varios años antes de que se atreviera a contarlo.

5.5. El escopleo

Sobre una toza[10] de madera de unos 30 cm de altura, se colocaba la tabla a escoplear, en la que se sentaba un mozo que, provisto de un mazo de madera de encina de unos 2 kg de peso y un escoplo, se disponía a escoplear la tabla.

Graciano escopleando, 1947.

Cuatro escopleadores, 1953.

[10] Sección del pino de la que se sacan las tablas para hacer trillos. Tarugo grande de madera.

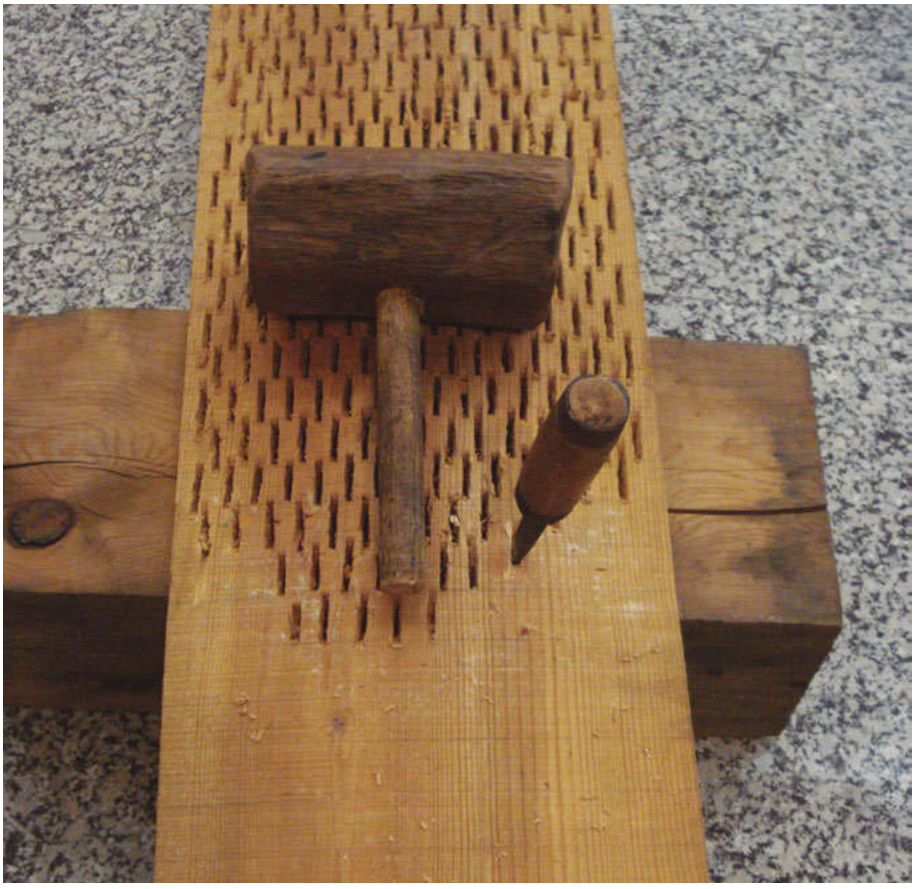


Tabla semiescopleada.

Cada agujero o ranura se hacía con dos golpes de escoplo, dejando entre cada dos agujeros una distancia de dos centímetros aproximadamente, en el centro de los cuales se hacían las ranuras de la siguiente fila, quedando por tanto las ranuras al tresbolillo. En cuanto a esto, había ciertos piques entre los escopleadores, ya que algunos eran capaces de hacer cada ranura de un solo golpe de escoplo y otros necesitaban tres, aunque lo normal y aconsejable era hacerlo en dos golpes.

Se utilizaban tres tipos de escoplo, el fino o de aguja de 3 mm de grosor, el segundo de 4 mm de grosor y el gordo de 5 mm de grosor. Empezando por la base del trillo, se escopleaban las ocho o diez primeras hileras con el gordo, se continuaba la labor con el segundo y se remataba con otras ocho o diez hileras con el de aguja. En total se completaban entre 40 y 50 hileras por trillo, llegándose a insertar hasta 4000 lascas de sílex en un trillo grande.

No obstante, Siguero A. dice que:

> En el reverso del trillo se horadaban unos tres mil orificios (...) Cada muesca u orificio necesitaba para su perfecto ajuste de unos seis golpes con el mazo, lo que puede dar una leve idea de lo costoso y lo laborioso que resultaría al labrador la construcción de uno de esos trillos (Siguero, 1984, pág. 177).

Pero nosotros hemos constatado que, a pesar de seguir siendo laborioso, lo habitual era dar solo dos golpes de escoplo por cada ranura.

Los diferentes tamaños se hacían para aprovechar mejor las piedras, ya que, al fabricarse manualmente, el grosor podía variar ligeramente de unas a otras, además, de esta forma, como las lascas más finas solían tener un filo más cortante, eran las primeras que cortaban las largas pajas de la parva.

El alegre martilleo y repiqueteo de los mazos sobre los escoplos y de los martillos enchinando los trillos se oía por todo el pueblo y los mozos competían a veces sobre quién escopleaba mejor y más rápido, componiendo, entre todos, una bulliciosa melodía, que solo se interrumpía a la hora del almuerzo. Yo mismo (Paulino) escopleé un poco cuando era un mozalbete, aunque nunca llegué a escoplear una tabla entera y... efectivamente, las ranuras se hacían con dos golpes de escoplo.

En cuanto a la distribución del trabajo, el escopleo era el que mejor se prestaba a subcontratarlo, de modo que el trillero que no podía hacerlo se lo encargaba a otros trilleros que no estuvieran tan ocupados. Y aquí se originaba un conflicto en ciertas ocasiones, ya que algunos labradores querían también participar en el reparto de este trabajo, pero los trilleros decían que el escopleo era cosa de trilleros y que solo ellos podían hacerlo. Esto originó algunos altercados entre labradores y trilleros, inclinándose la balanza a favor de estos últimos en la mayoría de los casos.

5.6. El ensamblaje final

Una vez escopleadas las tablas, se procedía al ensamblaje definitivo del trillo, teniendo sumo cuidado en situarlas en el mismo orden y que fueran todas del mismo trillo. A continuación, se colocaban los tasillos[11] y se procedía a prensarlas y a ajustarlas sobre las cárceles mediante estacas y cuñas.

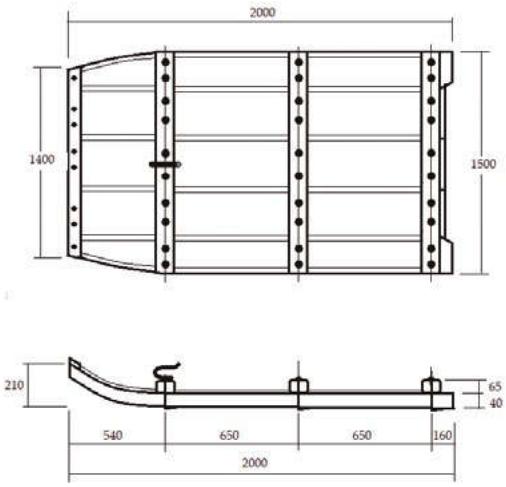
Una vez bien sujetas y ensambladas las tablas, se procedía a cepillar ambas caras del trillo, para lo cual se utilizaba el cepillo normal de carpintero en la parte plana y un cepillo curvo especial para la parte curvada interior del trillo. El espesor del trillo, después del cepillado de las dos caras, quedaba de unos 4 cm. Otra opción era llevar el trillo a la Cooperativa Unión Trillera, donde se podían cepillar los trillos más rápidamente con sus grandes cepilladoras.

Después se procedía a la colocación de los cabezales, generalmente tres en los trillos de piedra y dos en los de piedra y sierra. Sus dimensiones solían ser de 12 × 6,5 cm y un remate en la parte superior (llamado delantera o cabeza) de 12 × 2 cm. En el centro del cabezal de-

[11] Tasillos: cilindros de madera de 4 o 5 cm de largo y 1 de diámetro que se incrustan entre las tablas para darles rigidez.

lantero se sujetaba un fuerte gancho, atornillado, donde se colocaba una correa, que también podía ser una cadena o un palo vertical unido al barzón mediante el «cambizo» o timón, que permitía amarrar al trillo las caballerías o los bueyes. En el cabezal trasero se solían poner unos clavos, en forma de grandes escarpias, para enganchar las volvederas[12], que podían ser dos o tres, y tenían la misión de remover la parva. En el caso de instalar tres volvederas, se colocaba al inicio de la trilla una única volvedera en el centro del trillo y, cuando la parva estaba más trillada, se colocaban las otras dos.

En cuanto a sus dimensiones, a continuación se adjunta el esquema de un trillo de siete cuartas que nos proporciona una buena aproximación del tamaño y estructura del trillo típico cantalejano.



Dimensiones de un trillo medio.

Trillo con dos volvederas adosadas.

[12] Volvederas: aros semicirculares colocados al final del trillo para remover y voltear la parva.

Trillando con tres volvederas. Evelia.

Los cabezales se sujetaban al trillo con fuertes clavos que atravesaban el cabezal y el tablero (normalmente dos clavos por tabla en cada cabezal, para darle rigidez). Después se le daba la vuelta al trillo para proceder al enchinado, pero antes había que remachar cuidadosamente los clavos.

Los clavos que se empleaban podían ser de forja, llamados también de cuatro golpes, por precisar de cuatro golpes para su fabricación. Los más utilizados fueron los de hierro, que en principio se llamaron de París, por proceder de la capital de Francia. Fueron sustituidos a partir del año 1700 por los que venían de los Altos Hornos de Bilbao, de cabeza redonda, pero a veces también con la cabeza en forma de trébol (tal vez una reminiscencia celta). Estos últimos se adquirían en el propio Cantalejo o en localidades cercanas, ya que la demanda superaba la oferta (Siguero, 1984, págs. 175-176).

Clavos utilizados para fijar los cabezales a los trillos. Los tres de la izquierda se utilizaban para colocar las volvederas.

En los trillos de piedra y sierra se barrenaban todas las tablas con el berbiquí y se atravesaban con dos o tres barras de hierro con tuercas en sus extremos, que se apretaban fuertemente una vez colocadas las sierras para que no se salieran de su alojamiento. En estas barras, que funcionaban como ejes, se colocaban también las ruedas de los trillos de sierra.

> Las ruedas se ajustaban en los laterales del trillo. Su misión fundamental era la de proteger la sierra del roce directo contra la tierra firme. El tamaño estándar de las ruedas solía ser de unos 10 cm de diámetro y de un grosor aproximado de 8 a 10 mm. Dependiendo de la amplitud del trillo se colocaban de cuatro (lo más corriente) a ocho ruedas para los mayores. (Siguero, 1984, pág. 176).

No obstante, era ciertamente raro llegar a seis ruedas y, menos aún, a ocho.

5.7. El enchinado

El enchinado solía ser una tarea de mujeres, *las enchifleras*, las cuales mojaban el trillo con una escoba antes de proceder al empedrado, para que la humedad facilitara la apertura de las ranuras y la penetración de la piedra que, al secarse la madera, se contraía dejándola bien sujeta. Si alguna china se rompía, se procedía a su extracción mediante un escoplo o un punzón. Un trillo grande podía necesitar de hasta 4000 lascas de sílex para su confección.

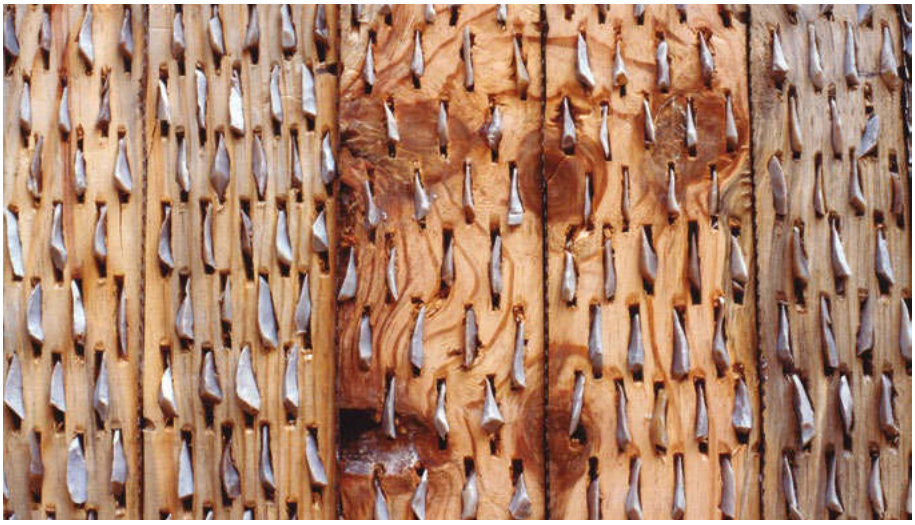
El enchinado, aunque monótono y repetitivo, precisaba, no obstante, de cierta maña, ya que había que colocar cada lasca con la parte gruesa hacia abajo, para que se quedara bien sujeta en su ranura y la parte cortante hacia arriba, sobre la que se propinaba un fuerte golpe que la hacía penetrar en la madera, pero no tan fuerte que la dejara sin filo y hubiera que extraerla. También había que saber elegir cada lasca y colocarla en el lugar adecuado según su grosor, y, además, y esto era importante, la parte de cada china que sobresalía de la madera debía orientar su parte más fina y cortante hacia la cabecera del trillo y estar un poco más baja que la orientada hacia la parte inferior, que era la más gruesa. De esta forma, se facilitaba el corte de la paja y se evitaba su arrollamiento (ver detalle del empedrado en página siguiente).

Los martillos que se utilizaban para enchinar eran de hierro, ligeros, cilíndricos y de extremos planos, aunque todos acababan siendo algo cóncavos por el desgaste producido por el uso.

En los trillos de sierra, se instalaban primero las sierras antes de proceder al enchinado.

Una vez vendido el trillo, era recomendable regarlo varias veces antes de guardarlo para el próximo año. Dicha operación debía hacerse con las chinas hacia arriba y en esta posición almacenar los trillos, unos sobre otros, para que el agua se quedara en las ranuras. Llegado el mes de abril, se volvían a regar un par de veces antes de utilizarlos. Estas operaciones convenía hacerlas para que no se soltaran las piedras.

Mujeres empedrando un trillo. III Festival de Bailes Regionales, Cantalejo, 1993.



Detalle del empedrado.

5.8. El acabado final

Cuando estaba terminado el trillo, se le acababa de dar forma a su base y se rebajaban un poco las tablas situadas a ambos lados de su cabecera, para darle mayor esbeltez. También se solían colocar unos listones o molduras tapando las juntas de las tablas y un listón un poco más grueso en la delantera o cabecera del trillo, para que quedara más presentable.

Si alguna de las tablas tenía algún defecto o falta de madera en la parte de la curvatura, como ocurría con cierta frecuencia, se subsanaba con un trozo de madera denominado «garrote» fabri-

cado ex profeso. El garrote se ajustaba en el lugar adecuado antes de hacer el ensamblado final. Luego, se cubría con una chapa de acero; dicha chapa se solía pintar de negro.

Los trillos también se pintaban en algunas ocasiones, si el cliente lo requería, pero lo normal es que se vendieran sin pintar. Los que más se pintaban eran los trillos de sierra.

En cuanto al precio de los trillos, como es natural variaba con respecto al tamaño y también fue variable a lo largo del tiempo. No obstante, como orientación daremos los precios a los que se vendían los trillos hacia finales de la década de los cincuenta del siglo XX. Dichos precios, de acuerdo con el folleto de la Diputación de Segovia de junio de 1998, titulado «El trillo, Industria Cantalejana», serían los siguientes:

- Trillos grandes de 7 cuartas. De piedra: entre 600 y 700 pesetas.
- Trillos pequeños de 3,5 cuartas. De piedra y sierra: Entre 200 y 300 pesetas.

No obstante, había trillos de piedra de hasta ocho cuartas que podían valer 800 pesetas y trillos de piedra y sierra de hasta 7,5 cuartas que alcanzaban el mismo precio. El precio de la piedra dispuesta para empedrar era del orden de 1 peseta / kg y de 3 pesetas / kg una vez colocada en el trillo.

En cuanto al precio de las cribas, este oscilaba según el tamaño, pudiendo alcanzar las más grades un precio de 150 pesetas. Las medias fanegas se vendían por unas 200 pesetas.

5.9. Actividades relacionadas

El auge de la industria del trillo trajo aparejadas otras actividades, como fueron las relacionadas con los herrajes necesarios para la confección del trillo, proliferando en primera instancia los herreros, que hacían clavos de forja para sujetar los cabezales a las tablas del trillo y aportar la rigidez necesaria.

La fabricación de carros, de varas y de yugo fue también una industria asociada que tuvo su auge en Cantalejo en la década de los cincuenta del siglo pasado. En aquel momento, trabajaban hasta cuatro carreterías o fabricantes de carros, como la de Ceferino de Diego, la de Domingo Sancho y su hermano Diómedes, la del Tío Marcos «El Carretero» sita en las Cuatro Carreteras, que era la que más carros hacía, la de Los Urbanillos, ubicada en la calle Cid, 3, junto al Corral del Señor, regentada por los hermanos Urbano y Juan San Inocencio, etc.

Carretería de Domingo Sancho y su hermano Diómedes. Al fondo, Domingo Sancho (hijo). Frente al bar Tomasín, 1955.

La carretería del Tío Marcos. En las Cuatro Carreteras, 1929. Revista Mundo Gráfico, n.º 1218, 6 de marzo de 1935. Fotografía: Videla (Romano J., 1935).

Anuncio de constructor de carros que apareció en el programa de fiestas de Cantalejo de 1959.

Sin olvidar la proliferación de comercios de todo tipo que abastecían a la creciente población, como el del Tío Gorito que, procedente de Arcones, se asentó en Cantalejo, en la esquina entre la calle Empedrada y la carretera de Segovia. Estaba dedicado a la comercialización de todo tipo de artículos, es decir, lo que hoy llamaríamos un bazar, en el que lo mismo podías encontrar unas tijeras, que una sartén, hilaturas, cordelería, telas para confeccionar vestidos o cortinas, etc. Es una pena que, del edificio, totalmente en ruinas, no se conserve hoy más que la fachada. Su propietario era el señor Gregorio Benito (Gregorito, y de ahí lo de Gorito), que en el programa de fiestas de 1926 se anunciaba como: Gregorio Benito, Comercio de Tejidos.

Comercio del Tío Gorito, 2008.

Junto al comercio del Tío Gorito, ya en la carretera de Segovia había otro comercio importante del que aún se conserva el rótulo en madera del establecimiento, en el que a duras penas se acierta a leer: Ferretería y Muebles. Miguel Vírseda Miranda, Sˢᵒʳ. de Pedro Arranz. Tejidos y Paquetería. También aparecen en la fachada grabados en piedra, la mitad de un escudo heráldico y la inscripción: VV-AA/1941.

También aparecieron ferreterías como la de Baudilio, tal vez hoy día la mejor ferretería de la provincia de Segovia, y sobre todo la Cooperativa Unión Trillera de Cantalejo, fundada en 1948 (Matey Pastor, 2019), que tanta actividad generó. Convivieron también con la cooperativa otros pequeños aserraderos, como los de Agustín Frías, el de Tito Barrena (que estaba frente al bar Ormi y hoy en la carretera de Cuéllar, el de Emiliano de Lucas que se ubicaba al lado del actual tanatorio, y el de Bernardo Fernández Quintana (Fernández Quintana, 2019), en Fuenterrebollo, a los que llevaban la madera los trilleros de Cantalejo para cortar las tablas del trillo.

La cooperativa se cerró en 1980 (Matey Pastor, 2019), se liquidó la sociedad, sus terrenos fueron urbanizados y en ellos se construyeron viviendas, solo queda como recuerdo de su ubicación los nombres de dos calles: calle Artesanía y travesía de la Artesanía.

Algunos trabajadores de la cooperativa, los hermanos Francisco, Jaime, Albino e Ismael (Matey Pastor, 2019) fundaron un aserradero, ubicado en el polígono industrial de Cantalejo. Algo más tarde entró también a formar parte de esta sociedad otro antiguo trabajador de la cooperativa, llamado Antonio Matey «Capriche». Dicho aserradero conservó el nombre de «Cooperativa Unión Trillera» (Matey Pastor, 2019) hasta 2003, año en el que pasó a llamarse «Maderas Herusoli S. L.» y se dedica actualmente a la fabricación de palés.

Altos Hornos de Bilbao suministraba a la cooperativa clavos y puntas para los trillos, sierras, chapas, ganchos para tirar del trillo, etc., que luego los trilleros se encargaban de comprar de acuerdo con sus necesidades. A la cooperativa se iba además a cortar las tablas y darle su curvatura característica, que se hacía con la sierra de cinta, de la cual no disponían muchos trilleros.

La cooperativa disponía de tres sierras de carro y cuatro de pecho, las cuales eran manejadas directamente por los trabajadores de la cooperativa, ayudados y dirigidos por los socios que acudían a aserrar sus maderas.

Pero la cooperativa no solo fue eso, ya que se comportaba asimismo como una factoría, en la que se producían todo tipo de aperos de labranza, como puede verse en el programa de las fiestas de 1959, en el que se decía que la cooperativa hacía carros, carpintería mecánica, trillos, criba, harneros y máquinas aventadoras, sin olvidarnos de que también hacía mesas, taburetes, medias fanegas, etc. Aunque, según contaba Justino Matey (2019), la cooperativa solo se dedicaba a aserrar las maderas de sus socios y del resto de los productos que anunciaba, solo se ocupaba de comercializar lo que le llevaban los socios.

La cooperativa llegó a tener más de veinte trabajadores, algunos de los cuales se pueden ver en la foto siguiente. Además, casi todos los fabricantes de trillos eran socios de la cooperativa y llevaban sus pinos y tozas para aserrar.

Por su parte, la cooperativa compraba también cortas de pinos y de álamo blanco, a partir de las cuales preparaba la materia prima para trilleros y criberos, a quienes después se las vendía. La cooperativa vendía también otros productos directamente, como se deduce del mencionado cartel de las fiestas de 1959, siendo sus principales proveedores los socios de la cooperativa.

Los trabajadores y familiares de la Unión Trillera de Cantalejo posan en esta foto.

Así se anunciaba la Unión Trillera de Cantalejo en el programa de las fiestas de 1959.

5.10. Los tratantes de ganado

Paralelamente a la industria trillera y a la fabricación de cribas y otros aperos de labranza, proliferaron también los tratantes de ganado, tan necesarios antiguamente en la actividad agropecuaria, sobre los cuales no vamos a extendernos por no ser el tema de este estudio, aunque no vamos a dejar de mencionarlos. Esta actividad, se estima que debió iniciarse a mediados del siglo XVIII (Fuentenebro, *Cantalejo, los briqueros y su Gacería*, 1994, pág. 72). No obstante, a los tratantes de ganado de alguna forma también se les puede llamar briqueros, ya que residían en Cantalejo y utilizaban la misma jerga en sus tratos, es decir, la gacería.

Esta actividad se desarrolló a partir de las observaciones que venían haciendo los trilleros en sus andanzas por la España cerealista, sobre los negocios que se podían hacer comprando y vendiendo ganado asnal y caballar, pero, sobre todo, mular, para lo cual realizaron verdaderas expediciones a Extremadura y Andalucía para comprar este tipo de ganado, que luego lo vendían a buen precio en las ferias de la meseta castellana.

En este negocio se iniciaron, no obstante, los más osados y pudientes, yendo en ocasiones a comprar varios tratantes juntos para disminuir riesgos, pues los tratantes llevaban todo el dinero encima para hacer sus transacciones (entonces no había tarjetas de crédito) y el riesgo de ser asaltados era grande. Inventándose diversas estratagemas para evitarlo, como llevarlo escondido en un talego de garbanzos, en la suela del zapato, en la guarnición de la mula, etc.

En el mismo Cantalejo se celebraba desde 1884 una feria importante, la de Santa Cecilia, del 24 al 30 de noviembre, en la gran explanada que había frente a las escuelas. Dicha feria se trasladó en 1909 al 2 de febrero, día de Las Candelas, por orden del gobernador de Segovia, para que no coincidiera con la de San Andrés en Turégano (Fuentenebro, *Cantalejanos ilustres*, 2017, pág. 97). Así nació la Feria de las Candelas de Cantalejo, que inicialmente se celebraba del 1 al 4 de febrero y que, en años sucesivos, llegó a extenderse hasta el día 8.

En Cantalejo había, después, por Santa Teresa, otra feria menos importante que se celebraba del 15 al 20 de octubre. Esta feria se celebró por primera vez en 1946.

Los tratantes de ganado desaparecieron también con los trillos, al sustituir la maquinaria agrícola al ganado en las labores del campo.

Tanto los tratantes de ganado como los que se dedicaban a la venta de trillos y cribas tenían un estricto código de conducta, según el cual bastaba un apretón de manos para cerrar un trato y nadie se desdecía de lo acordado. Si te habías equivocado te aguantabas, como le pasó a Chiripe, de Cabezuela:

Chiripe, que fue tratante,
siempre respetaba el trato,
una vez que compró caro,
tuvo que vender barato.

Quintín Vírseda, tratante de ganado.

Tratantes de ganado de Cantalejo en la Feria de San Andrés. Turégano, 1925. Ladislao Gil de Diego, Policarpo Sanz Olgueras (sentado), Gregorio Gil de Diego y Manuel Agudiez Olgueras.

5.11. Las telas de los somieres

Como se dijo al hablar de las cribas, mi abuela[13] Feliciana alentó a Paulino, su marido, para que aprendiera a hacer cribas y saliera a venderlas durante el verano. Y, en efecto, eso hicieron, y ella también le acompañaba en sus viajes, junto a sus hijos Amadeo, Mateo y Justa. Más tarde también con los pequeños, Ignacio, Plácida y Concesa, que nacieron más tarde

En cierta ocasión, en el verano de 1915 la abuela vio como unos hombres arreglaban somieres y parecía que tenían mucho trabajo y que todo les iba bien. Les observó detenidamente y les hizo muchas preguntas sobre cómo realizaban su trabajo, las telas metálicas que utilizaban, etc. Después le dijo a Amadeo, su hijo mayor, que tenía 17 años, que se quedara observando cómo trabajaban y que se fijara muy bien en cómo lo hacían y las herramientas que utilizaban, para poder ellos hacerlo después. Coincidieron en ese pueblo durante unos ocho días, durante los cuales Amadeo no se separaba de aquellos hombres, observando y guardando en su memoria todo lo que hacían.

Cuando llegaron a la posada, les dijeron a los demás que habían aprendido un nuevo oficio, con el que podrían ganar más dinero. Desde entonces, además de a los trillos y a las cribas, se dedicaron también a arreglar somieres. El oficio se lo enseñan a sus hijos que, cuando se fueron independizando lo incorporaron al bagaje de trabajos que podían hacer durante el verano.

Con el tiempo, la que más se dedicó a este quehacer fue Justa, que le enseño el oficio a su marido, Gregorio San Germán, que antes se dedicaba a segar en verano y a tejer jarapas en invierno. Dejó la siega y se dedicó a los somieres y a las cribas, que era mucho más rentable. Primero ellos solos y después junto a sus hijos Dionisia, Irene, Ezequiela y Lucio, se dedicaron a arreglar somieres por todos los pueblos de las provincias de Valladolid, Segovia y sur de Burgos.

Irene y Ezequiela, 1948.

[13] Abuela de Paulino Zamarro, uno de los autores de esta publicación.

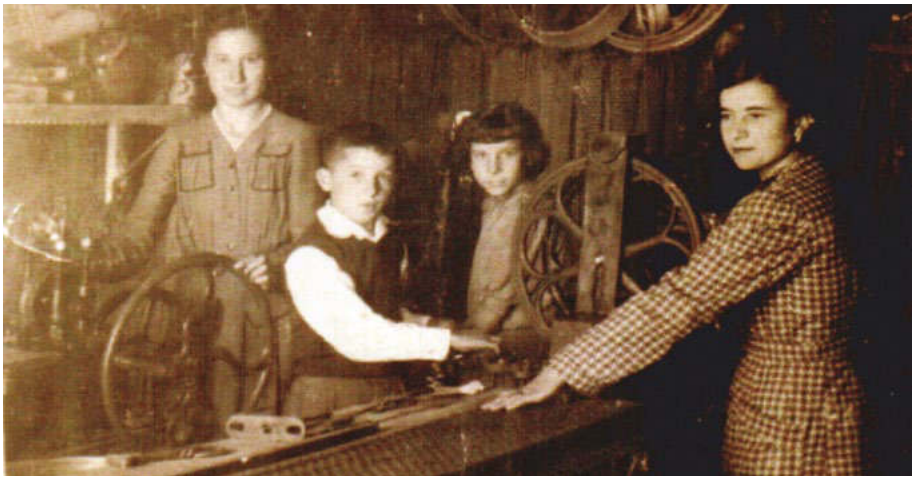
Gregorio, Lucio, Josefina y Ezequiela.

Pero Gregorio, a quien no le acababa de gustar aquella vida nómada, pensó un día que podía dedicarse a fabricar las telas de los somieres e incluso los propios somieres, y con este objetivo marchó a Santander, donde compró las dos máquinas para confeccionar las telas que pueden observarse en las siguientes fotografías. Esto debió ocurrir hacia el año 1940. De momento simultaneó la fabricación de telas con las salidas en verano para arreglar somieres, actividad que por la edad fue dejando hacia 1960 y que no continuaron sus hijos, ya que las chicas se casaron y sus maridos, unos eran camioneros y otro se dedicaba a la hostelería.

Los chicos, Lucio y Faustino, pusieron una tienda de electrodomésticos y consiguieron la distribución de las bombonas de butano por toda la comarca y tampoco se dedicaron a esta actividad, ni a la de los trillos, que ya estaba en declive.

A partir de entonces. Gregorio se dedicó a suministrar las telas para los somieres a quienes aún se dedicaban a arreglarlos por los pueblos y a vender los somieres en Cantalejo y pueblos de alrededor. Hacía unas treinta o cuarenta telas diarias. También suministraba el alambre a los fabricantes de cribas. Él mismo también confeccionaba cribas (San-Germán, 2019).

Hubo también otro fabricante de telas para somieres, que fue Justino San Inocente Arranz, que compró dos máquinas semejantes a las de Gregorio con las que fabricaba más de treinta telas diarias. Para hacer los somieres compraba los perfiles metálicos en Valladolid (San Inocente Agudiez, 2019).



Irene, Josefina, Lucio y Ezequiela, 1940.

Justa y Gregorio San Germán, 1940.

Máquinas de hacer telas para los somieres. Justino San Inocente.

Torno para hacer cribas para las aventadoras.

Capítulo 6.
Distribución y venta del trillo

6.1. Generalidades

La distribución y venta del trillo comenzaba al inicio de la primavera, una vez terminados los trillos y antes de que se recogieran las cosechas, aunque muchos cantalejanos acudieran primero a la feria de Lerma, donde se hacían buenos negocios, se compraba madera para complementar la producción de los pinares de Cantalejo y su entorno, y se vendían o apalabraban muchos trillos.

La inconfundible vestimenta del briquero constaba de blusón negro de sarga acompañado de pantalones de pana, alpargatas de cáñamo, gorra negra y su imprescindible tralla, con la que, además de arrear a las caballerías, anunciaba su llegada en los pueblos donde pretendía vender su mercancía. La tralla también la utilizaba para expresar su estado de ánimo, sobre todo la alegría, como por ejemplo su llegada a Cantalejo por las fiestas, donde el restallar de las trallas anunciaba su entrada triunfal ¡o no tanto!... porque no a todos los briqueros les había ido bien, aunque todos presumieran de ello. A cuento de lo cual conviene recordar los siguientes versos de M.ª Asunción Álamo Calvo (Álamo, 2009, pág. 17):

¿Quién no recuerda a un briquero,
tras el carro caminar,
llevando la tralla al hombro
y en sus labios un cantar?

A este respecto, y con objeto de llegar más descansados y contentos al pueblo, algunos briqueros prolongaban su viaje haciendo una jornada más, pero más corta, parando, por ejemplo, los que venían de Tierra de Campos, en la posada del Tío Quirico y de la Sra. Paca en Hontalbilla, que está a tan solo 19 km de Cantalejo. De esta forma, al día siguiente, nada más salir de Hontalbilla y coronar El Serretón, ya se divisaba a lo lejos la torre de la iglesia del «Vilorio» y parecía que estaban en casa.

Con este bagaje, su carro cargado de trillos, cribas y otros aperos de labranza y sobre todo con su entusiasmo, los briqueros se aventuraban por la inmensidad de los campos de cereal y exploraban todos los caminos, aprovechando las oportunidades que se les pudieran presentar, trajinando y negociando con todo aquello y todo aquel que se dispusiera al trato.

Esta actividad contribuía en gran medida a que Cantalejo resonara en los oídos de media España. «El Vilorio de los briqueros era mucho más que Cantalejo, y abarcaba todo el mapa por el que circulaban sus trillos, cribas, harneros y demás aperos fabricados en Cantalejo» (Fuentenebro, *Cantalejanos ilustres*, 2017, pág. 136).

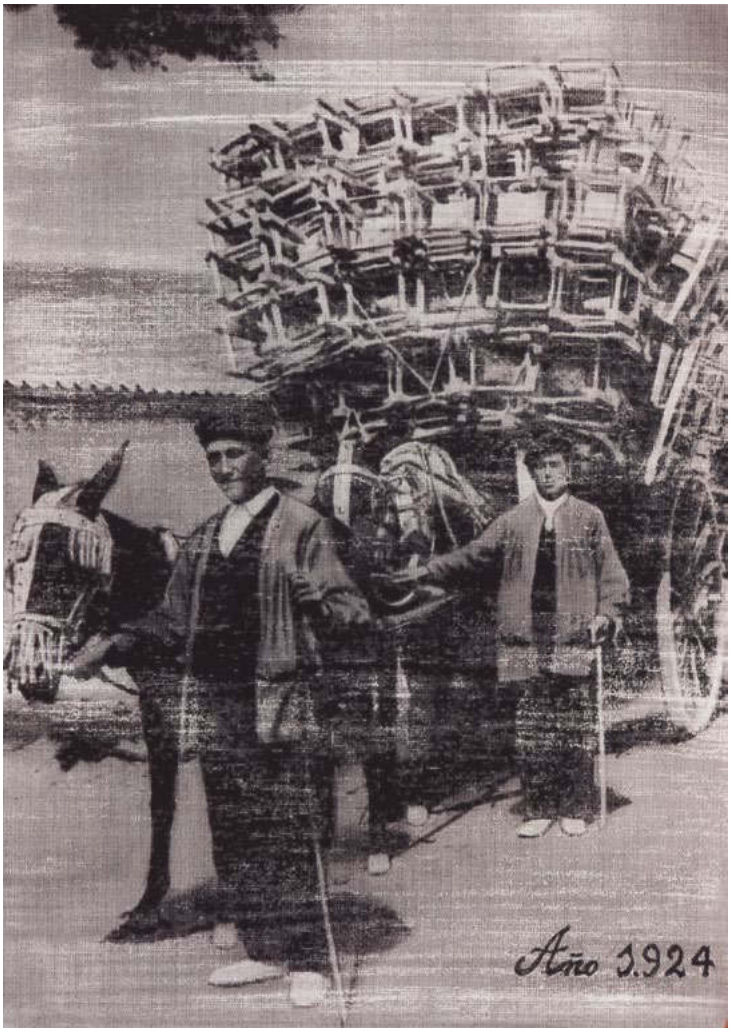
Los briqueros salían de Cantalejo con el carro cargado de trillos y no volvían hasta que, agotada la mercancía, regresaban al Vilorio a reponer su cargamento, aunque en los últimos tiempos los trillos se transportaban en camión hasta Segovia y, desde allí, en tren al centro del área de distribución de cada briquero, donde se almacenaban y después se distribuían en carro a los distintos pueblos. Algunos briqueros más afortunados, que disponían de su propio camión, se hacían la distribución completa ellos mismos, o colaboraban con otros en la distribución.

En algunos casos, los carros iban cargados hasta los topes, con trillos ordenados de mayor a menor sobre la tabla rejera y en el interior del carro, las medias fanegas entre los huecos, con su vientre repleto de celemines[14], los harneros por los huecos que iban quedando y los taburetes en difícil equilibrio coronando todo el conjunto. De los telares, atados a las estaquillas, iban colgando cribas, harneros, cedazos, etc., y en el cajón inferior se guardaban los mazos, escoplos, martillos, lascas de sílex, cueros para arreglar alguna criba y todo lo necesario para llevar a cabo las reparaciones que se pudieran presentar durante el verano.

En la página siguiente podemos ver una fotografía de Alfredo «El Cribero» vendiendo taburetes (que es lo único que realmente vendía), fechada en 1924. Fermín Quintana nos ofrece más datos, parece ser que, al llegar a los pueblos, Alfredo se anunciaba con la siguiente cantinela: «Se venden taburetes, trompetes, carteras, petacas, marcos, puertas, ventanas, trillos fiados por cuarenta años. ¡Harnerero, cribero…!». Y queremos también resaltar aquí que Alfredo fue el padre del afamado torero cantalejano Juan San José Bravo que, cambiando el orden de sus apellidos, se apodó «Juan Bravo», como el Comunero de Castilla cuya tumba se haya en la cercana localidad de Muñoveros.

Vendiendo trillos en Alcañices, Zamora, 1973.

[14] Unidades de medida de capacidad para granos, una fanega equivalía en Castilla a 55,5 litros y un celemín a 4,625 litros.



Taburetes en difícil equilibrio, Alfredo «El Cribero».

Dado el tiempo que pasaban fuera y a que era la familia al completo la que se trasladaba, se dieron muchos casos de nacimientos durante el viaje, o en la zona de distribución del briquero, de tal forma que, cuando años más tarde reandaban el camino, muchas veces se oía decir: «aquí vino al mundo tu hermano», o «aquí dejó sus huesos tu abuelo», y también: «aquí tuvimos que "sornear al moyano" (dormir al sereno), porque se nos echó la noche encima o porque se nos acabó el dinero», sin olvidarnos del abuelo Gregorio, que nació *in itinere* en Navalperal de Pinares (Ávila). También se dieron muchos casos de briqueros que echaron raíces en su zona de distribución, casándose con un paisano o paisana del lugar, como le ocurrió a la prima Aurelia, que se casó con un labrador, que curiosamente también se llamaba Aurelio y se quedó a vivir en Villaumbrales (Palencia), o de otros que se vinieron a vivir a Cantalejo, sin olvidar lo que le pasó en 1958 al pobre Damián de Santos, de 19 años, que estando empedrando un trillo con Pedro, su padre, en una

caseta de Herrín de Campos (Valladolid), comenzó a llover y salió de la caseta con el martillo en la mano y cayó un rayo que lo dejó fulminado.

Algo así contaba también Agustín de la Cruz (De la Cruz, 2019), que nos dijo que nunca había pasado más miedo que aquella noche. Sería también hacia el año 1958, se habían entretenido más de la cuenta vendiendo trillos en Peñarandilla, que dista unos 20 km de Peñaranda de Bracamonte, a cuya posada pensaban llegar al caer la noche. El cielo se estaba poniendo cada vez más negro y empezó a llover y a caer rayos en todas direcciones, uno cayó a escasos metros de donde estaban ellos y partió uno de los chopos que había al borde de la carretera, a pesar de lo cual siguieron caminando a través de una espesa cortina de agua, hasta que alcanzaron al caserío de la Nava de Sotrobal donde, calados hasta los huesos, pudieron cobijarse y pasar la noche en la posada del Sr. Emilio. Al día siguiente, más tranquilos, después de haber secado la ropa al amor de la lumbre, prosiguieron su viaje hasta Peñaranda.

En aquel aciago día, que afortunadamente tuvo un final feliz, viajaba Agustín acompañado de su padre, que demostró una entereza de ánimo fuera de lo común. La mula tampoco se asustó demasiado y capeó el temporal como pudo. El fanal del carro, en el que se llevaba una vela encendida para que te vieran, se apagó al iniciarse la tormenta, y no hubo forma de volver a encenderla, aunque tampoco hubiera servido para nada.

En su caminar de acá para allá, nunca sabían lo que les podía ocurrir, aunque casi siempre salían airosos del trance, como lo que le ocurrió a un briquero que, al llegar a un determinado pueblo, observó como un cerdo corría por las calles arrastrando las tripas por el suelo. Los labradores le pidieron que hiciera algo, si podía, pues su dueño había capado al cerdo y no era capaz de terminar la faena. El briquero dijo que lo intentaría y se prestó a hacer de improvisado cirujano, lavó las tripas del cerdo, se las metió dentro y cosió la herida lo mejor que pudo. El cerdo se repuso y los labradores agradecidos le compraron muchos trillos y cribas, convirtiéndose aquel día en el más productivo de la temporada. Tuvo además otro premio, ya que, al llegar a ese pueblo el verano siguiente, el labrador le obsequió con dos ristras de chorizo del cerdo que había socorrido (Fuentenebro, *Cantalejanos ilustres*, 2017, pág. 135).

En Cantalejo también es célebre lo de la máquina de hacer fideos, una réplica de la misma se puede ver en el Museo del Trillo. Los hechos ocurrieron más o menos así:

Delfina con el carro preparado para vender trillos, 1952.

Delfina y familia yendo al río Cega a lavar la ropa del verano, 1942.

Unos briqueros observaron, en el mercado de los viernes de Cantalejo, cómo un paisano hacía fideos con una máquina que tenía sobre un pequeño tenderete y que las mujeres se los compraban con facilidad. Pensaron que aquello podía ser un buen negocio y observaron cómo los hacía, esperando a que se fuera a descansar a la fonda para entablar conversación con él e invitarlo a múltiples chatos de vino, hasta lograr emborracharlo, mientras que otros cogían la máquina, la desarmaban y tomaban nota de todas las piezas de las que constaba el artilugio. Después, la volvieron a montar y los esquemas que habían hecho se los llevaron al herrero para que les hiciera una copia. La máquina resultó ser tan simple como una especie de jeringuilla gigante en la que, por un lado, se metía una masa de harina humedecida y por la otra, a través de su base, perforada por múltiples orificios, salían los fideos cuando se apretaba el émbolo. Después había que tender a secar los fideos como si de la colada se tratara. Se hicieron tres o cuatro copias de esta máquina, pero el negocio no prosperó. De todas formas, ahí queda la anécdota, de cómo los briqueros trataban de aprovechar cuantas oportunidades se les presentaban.

Otra anécdota que merece la pena contarse, aunque no sea tan festiva, fue lo que le ocurrió a Pía San Bruno, que estaba lavando la ropa en Grijota (en el Canal de Castilla). Terminada la faena se dispuso a tender la colada al sol, pero con la mala fortuna de que, por la cercana carretera, acertara a pasar un turismo al que por accidente se le soltó una rueda. La rueda en cuestión salió rodando y le arrolló el brazo izquierdo a la pobre Pía, la cual a partir de entonces perdió la movilidad del miembro accidentado y tuvo que llevarlo en cabestrillo hasta el fin de sus días (Sanz, 2019).

Lo normal para muchos trilleros era asentarse en una posada, en el centro de su área de distribución, en la que alquilaban una o dos habitaciones con derecho a cocina y unas portadas para almacenar los trillos hasta que se vendieran, o bien compraba una casa, si su economía se lo permitía, que utilizaba año tras año para este menester. De esta forma, iban y venían por los pueblos cercanos, llevando algunos trillos de muestra y concertando tratos con los labradores. Después solo quedaba llevar el trillo adquirido a cada comprador.

No obstante, llegadas las fiestas de La Asunción y San Roque, casi todos los briqueros regresaban al pueblo a festejar la buena, o no tan buena venta. Después regresaban a su zona de distribución para ultimar algún negocio y cobrar o apalabrar lo que hubiera quedado pendiente, ya que no todo se cobraba al contado y había que esperar a que el agricultor cobrara la cosecha. En otros casos, tenían que cobrar en especies, trayéndose al pueblo el carro lleno con trigo, cebada, garbanzos, o lo que se terciara, que el briquero luego tenía que tratar de vender o consumir él mismo en su casa.

Recuerdo (Paulino) a este respecto, un uso que se le daba al trigo conseguido de esta forma, uso que era bastante común y que consistía en entregarle el trigo al panadero, el cual te daba a cambio una tarja, o palo en el que se indicaban las hogazas de pan que te correspondían. Luego no tenías más que ir cada día a la panadería con tu tarja, el panadero sacaba la suya, las ponía juntas y les hacía una muesca a las dos a la vez; de esta forma, si te correspondían 20 hogazas de pan, cuando tenías 20 muescas habías terminado y tenías que traerle más trigo al panadero o comprárselo ya con dinero. Tanto en tu tarja, como en la del panadero, estaba grabado el nombre del beneficiario de la tarja y el número de hogazas que le correspondían.

Y no queremos aquí perder la oportunidad de contar lo que le pasó a un rico labrador, el Tío Linos «Mentiras», aunque no tenga mucho que ver con los trillos. Pues bien, lo que le pasó fue lo siguiente:

Cuando aparecieron los abonos químicos, los agricultores no se fiaban mucho, pero el Tío Linos confió en ellos y echó un poquito de abono en cada una de las plantas de patatas que sembró, luego llovió un poquito y él obtuvo una cosecha tres veces más grande que el resto de los agricultores.

Esto le dio tanta confianza, que se vanagloriaba de su éxito y juraba y perjuraba que lo mismo le iba a ocurrir en la próxima cosecha, llegando a decir que el éxito lo obtendría quisiera Dios o no lo quisiera.

Pues bien, llegó la hora de sembrar e hizo lo mismo que en la ocasión anterior, abonando cada una de las plantas cuidadosamente. Pero hete aquí que, a la hora de recoger la cosecha, fue inferior a la de los otros agricultores, los cuales se burlaron de él y de sus bravatas.

¿Qué había ocurrido?, pues muy sencillo: para que las plantas se desarrollaran y el abono surtiera efecto, se precisaba que hubiera llovido, y en esta segunda ocasión apenas habían caído unas gotas.

Hubo también algunos briqueros que regresaban, después de las fiestas, a completar la temporada, pero esta vez arreglando somieres en vez de vendiendo trillos, como, por ejemplo, Nicolás Pérez Sacristán y algunos otros. Esta actividad la realizaban, normalmente, en una zona distinta de aquella en la que habían vendido los trillos.

Trillos dispuestos en la era en espera de ser enganchados a mulas o bueyes para la trilla.

6.2. Principales rutas de venta

Las principales rutas de los briqueros, como ya se dijo anteriormente, abarcaron toda la España cerealista, en la que aún se recuerda su actividad y se conservan amistades que perdurarán mientras viva alguno de los hijos de aquellos esforzados briqueros. Los briqueros campaban por ambas Castillas, León, Madrid, Extremadura, Aragón, Navarra, La Rioja y Valencia, llegando ocasionalmente a Cantabria y a Andalucía.

No obstante, se han encontrado trillos de Cantalejo en Portugal, lo cual no es de extrañar, dado que la frontera se pasaba fácilmente, aunque también se han encontrado trillos en Tánger (Marruecos), al otro lado del estrecho, que parece aún más extraño, y en la isla de Ibiza, en la que, según nos contó Manuel Sanz «Volante», encontró en 1990 un trillo de los que hacía su padre en el mercado *hippie* de Santa Eulalia. Y contaba Manuel que supo que era de su padre porque tenía su marca en el cabezal de arriba, JS (Justo Sanz), grabado de un solo golpe con el martillo de marcar. Preguntó por curiosidad al comerciante que de dónde había venido ese trillo y le dijeron que de Zamora, que era, casualmente, la zona donde su padre distribuía los trillos.

Marcador de trillos de Antolín Lobo (AL). Se solían marcar en el cabezal delantero.

Hacia finales de abril o primeros de mayo, con el barbear de las cosechas y antes de que el uso del trillo fuera requerido, comenzaban a salir de Cantalejo caravanas de carros en todas las direcciones que marcan las cuatro carreteras que parten del pueblo, dándose el caso de que, muchas veces, podían ir varios carros juntos durante las jornadas iniciales, hasta que se bifurcaban buscando cada uno su ruta. De este modo, tras varias jornadas de 35 a 40 km, llegaba cada uno a su área de distribución.

Los briqueros se caracterizaban por su vestimenta, su gorra y su imprescindible tralla, de modo que tan solo por ellas se podía decir que allí había un briquero, amén de por su forma peculiar de hablar, cuando garleaban la gacería.

Trillo de Cantalejo encontrado en un bazar de Tánger, 2019.

Las paradas solían hacerse siempre en las mismas posadas, que podían ser antiguas ventas, el bar del pueblo o la casa de algún vecino dispuesto a hospedar al viajero. Algunas de las posadas frecuentadas por los briqueros, aunque no las únicas, fueron las siguientes:

- La Posada de la Huerta, en San Martín de Arroyo, Valladolid.
- La Venta Juanilla, en Santo Tomé del Puerto, Segovia.
- La Venta Pinillos, en Pinillos de Polendos, Segovia.
- La Posada de Facundo, en Cabezón de Pisuerga, Valladolid.
- La Posada de La Goya, Valladolid.
- La Posada de Teófila, en Villoldo, Palencia.
- La Posada de la Parra, Salamanca.
- La Venta del Jamón, Ávila.
- La Posada del Tío Quirico, en Hontalbilla, Segovia.

- La Posada de Emilio, en Nava de Sotrobal, Salamanca.
- La Posada del Tío Regino y la Sra. Engracia, en Renedo de la Vega, Palencia.
- La Posada de Fidela y Vitoriano, en Villalmanzo, Burgos.
- La Posada de Francisco Pérez, en Sacedón, Guadalajara.
- La Posada de Maruja, en Pareja, Guadalajara.
- La Posada de Cándido, en Cereceda de la Sierra, Salamanca.
- La Posada de Miguel y Martina en Cabezamesada, Toledo.

La posada de Francisco Pérez, en Sacedón, aún seguía llamándose así en 1950, ostentando su nombre en grandes letras en la fachada, a pesar de que ahora la regentara su hijo, Antonio Pérez, tocayo del que fuera secretario de Felipe II y amante de la princesa de Éboli, cuyos restos reposan en la cercana Pastrana.

En la posada de Cándido y Constantina, según cuenta su hijo Atanasio Sánchez: «convivían a la hora de dormir grupos de personas muy diversos: portugueses dedicados al contrabando de café, "Jurdanos" vendedores de aceite y miel, trilleros de Cantalejo, vendedores de pucheros y barreños, guardias civiles del cuartel de Sequeros, o "en los años de los maquis" del cuartel de El Cabaco. A ellos se unían gentes de otras muchas profesiones. Unos dormían en el pajar o en la cuadra y otros en las alcobas de la sala. De 1940 a 1960 la posada estaba siempre llena de gente y "para todos había sitio" decía la posadera» (Sánchez, 2020).

Los trillos al principio se trasladaban en carros, pero esta forma tenía el inconveniente de que la carga era muy pesada y de que, además, una vez agotada la mercancía había que volver a Cantalejo a por más, de modo que, más tarde, comenzaron a llevarse los trillos en tren o en camiones alquilados hasta la zona de distribución, donde se guardaban en un almacén.

Cada briquero tenía su zona, heredada de sus padres y abuelos, con sus clientes fijos abonados, que le encargaban los trillos y otros aperos año tras año, estando muy mal visto que otro briquero tratara de aposentarse en ella. Dicha zona comprendía unos 40 o 50 pueblos, entre grandes y pequeños, entre los que el briquero se movía tratando de colocar su mercancía.

Lo primero que hacía el briquero al levantarse era poner unos trillos junto al carro e irse a la taberna, donde se tomaba una copita de aguardiente y entablaba conversación con los posibles clientes. Si no conseguía nada de esta forma, se echaba unas cribas al hombro y se recorría el pueblo y las eras voceando su mercancía. Después realizaba, con ayuda de su familia, los arreglos y trabajos que había contratado, y entregaba a cada labrador los trillos vendidos. Más tarde venía la hora de cenar sosegadamente en la posada.

Al día siguiente, se seguía con la tarea, o si ya no quedaba nada más que hacer, con el carro cargado con dos o tres trillos, se iban a otro pueblo y a comenzar de nuevo. Visitaban también las ferias o a los mercadillos de los pueblos, donde exponían su mercancía.

Para dejar constancia de estas rutas, se han hecho todas las encuestas posibles a través de las entrevistas realizadas a todos los briqueros que se ha logrado localizar, y, en su defecto, a sus hijos, si bien se debe hacer constar que solo se ha logrado entrevistar al 20 % de los briqueros que salían a vender trillos en la década de 1950.

En cuanto a las mencionadas rutas, a continuación, se hace un resumen de las entrevistas realizadas y de las correspondientes rutas de cada familia:

RUTA N.º	RUTA DE LLEGADA AL CENTRO DE OPERACIONES
01	Cantalejo, San Martín del Arroyo, Boecillo, La Mudarra, Cabreros del Monte. Familia Martín Lobo «Rules».
02	Cantalejo, Navas de Oro, Madrigal de las Altas Torres, Peñaranda de Bracamonte, Alba de Tormes. Familia Máximo San Macario (ruta de verano para vender trillos).
03	Cantalejo, Sto. Tomé del Puerto, Lozoyuela, Torrejón del Rey, Tendilla, Gascueña. Familia Máximo San Macario (ruta de invierno para obtener piedra de sílex).
04	Cantalejo, Sto. Tomé del Puerto, El Berrueco, Marchamalo, Pozo de Almoguera. Familia Julián Casado.
05	Cantalejo, Sto. Tomé del Puerto, Lozoyuela, Ajalvir, Colmenar de Oreja, Villafranca de los Caballeros. Familia Tomás de Lucas.
06	Cantalejo, Vallelado, Medina del Campo, Cañizal. Familia Nicolás Bravo.
07	Cantalejo, Moradillo de Roa, La Horra, Cevico Navero, Torquemada. Familia Paulino Agudiez.
08	Cantalejo, Cantimpalos, Zarzuela del Monte, Ávila. Familia Félix Quintana.
09	Cantalejo, Campillo de Aranda, Villalmanzo. Familia Alejandro San Atanasio.
10	Cantalejo. Fabricaba trillos para otros trilleros. Familia Justo Santa Engracia.
11	Cantalejo, Moradillo de Roa, Lerma, Burgos, Belorado. Familia Germán de Diego.
12	Cantalejo, Riaza, Somolinos, Sigüenza, Maranchón, Molina de Aragón, Monreal del Campo, Cella (Teruel). Familia Dativo Zamarro.
13	Cantalejo, San Miguel del Arroyo, Boecillo, Medina de Rioseco. Familia Eutiquio Gómez.
14	Cantalejo, Vallelado, Medina del Campo, Alaejos, Salamanca. Familia Doroteo Bravo.
15	Cantalejo, San Miguel del Arroyo, Boecillo, Medina de Rioseco, Becilla de Valderaduey, Zuares del Páramo. Familia Nicolás Gómez.
16	Cantalejo, San Miguel del Arroyo, Cabezón de Pisuerga, Grijota. Familia Ignacio Sanz.

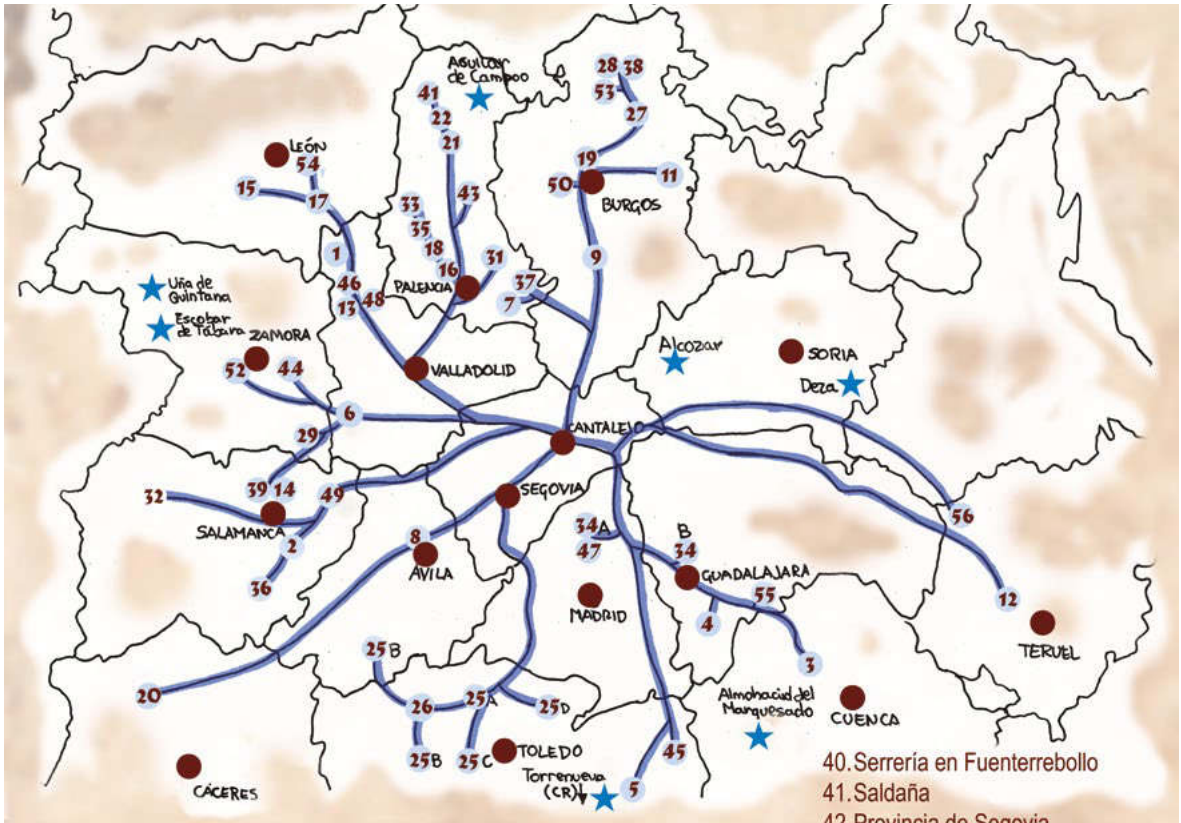
RUTA N.º	RUTA DE LLEGADA AL CENTRO DE OPERACIONES
17	Cantalejo, San Miguel del Arroyo, Medina de Rioseco, Valencia de Don Juan. Familia Gerardo San Bruno.
18	Cantalejo, San Miguel del Arroyo, Cabezón de Pisuerga, Villaumbrales. Familia Amadeo Sanz.
19	Fuenterrebollo, Roa, Torrepadre, Rioseras, Villanueva de los Montes. Familia Nicolás Pérez.
20	Cantalejo, Cantimpalos, Zarzuela del Monte, Ávila, Villatoro, El Barco de Ávila, Cabezuela del Valle, Plasencia, Coria. Familia José de Diego.
21	Cantalejo, San Miguel del Arroyo, Boecillo, Dueñas, La Serna. Familia Cipriano Justino San Inocente.
22	Cantalejo, San Miguel del Arroyo, Boecillo, Dueñas, Perales, Renedo de la Vega. Familia Manuel Sanz de Miguel.
23	Cantalejo, Salamanca. No especificó ruta. Familia Juan de la Cruz.
24	Cantalejo, provincias de VA, SG y sur de BU. Sin ruta concreta. Familia Gregorio San Germán.
25 a	Cantalejo, Segovia, San Rafael, El Escorial, Navalcarnero, Maqueda (ruta de Maximiliano de Santos).
25 b	Ídem 25 a más: Talavera de la reina, Arenas de San Pedro, Navahermosa (ruta de la viuda de Fausto de Santos).
25 c	Ídem 25 a más: Torrijos, Puebla de Montalbán, Gálvez, Polán, Toledo (ruta de Emiliano «El Mocho»).
25 d	Ídem 25 a más: Torrejón de Velasco, Illescas, Santa Cruz del Retamar (ruta de Valentín Escorial «Putilla»).
26	Cantalejo, Segovia, Guadarrama, Navalcarnero, Santa Olalla, Talavera de la Reina. Familia de Cipriano de Santos.
27	Sebúlcor, Moradillo de Roa, Lerma, Burgos, Prádanos de Bureba. Familia de Wenceslao Frutos.
28	Cantalejo, La Horra, Villalmanzo, Burgos, Briviesca, Momeo. Familia de Frutos Gil Sanz.
29	Cantalejo, Cuéllar, Olmedo, Alaejos, Villamor de los Escuderos. Familia Miguel Ángel San Antolín.
30	Cantalejo. Se dedicaba a hacer carros que los vendía en la zona. Familia Ceferino de Diego.

RUTA N.º	RUTA DE LLEGADA AL CENTRO DE OPERACIONES
31	Cantalejo, San Miguel del Arroyo, Boecillo, Dueñas, Monzón de Campos. Familia Esteban Agudiez.
32	Cantalejo, Cuéllar, Medina del Campo, Peñaranda de Bracamonte, Salamanca, Vitigudino. Familia Gregorio Sanz Álamo.
33	Cantalejo, San Miguel del Arroyo, Boecillo, Palencia, Cervatos de la Cueza. Familia Manuel Agudiez.
34 a	Cantalejo, Santo Tomé del Puerto, Lozoyuela, Colmenar Viejo. Familia Eusebio Sanz.
34 b	Cantalejo, Santo Tomé del Puerto, Lozoyuela, Torrelaguna, Los Alcores (GU). Familia Eusebio Sanz.
35	Cantalejo, Cuéllar, Valladolid, Venta de Baños, Paredes de Nava. Familia Mateo San Bruno.
36	Cantalejo, Navas de Oro, Arévalo, Peñaranda de Bracamonte, Guijuelo. Familia Carlos Sanz Lobo.
37	Cantalejo, San Miguel del Arroyo, Boecillo, Dueñas, Torquemada. Familia Paulino Agudiez.
38	Cantalejo, Roa, Villalmanzo, Burgos, Briviesca, Moneo. Familia Gregorio Gil.
39	Cantalejo, Vallelado, Medina del Campo, Cañizal, Salamanca. Familia Francisco Sanz Gómez.
40	Cantalejo. Tenía una serrería en Fuenterrebollo. Familia Bernardo Fernández.
41	Cantalejo, San Miguel del Arroyo, Cabezón de Pisuerga, Villalobón, Carrión de los Condes, Saldaña. Familia Justino San Inocente.
42	Cantalejo. Arreglaba somieres y empedraba trillos en prov. de Segovia. Familia Gregorio Zamarro.
43	Cantalejo, San Miguel del Arroyo, Boecillo, Dueñas, Villoldo. Familia Julio San Inocente.
44	Cantalejo, Vallelado, Medina del Campo, Toro. Familia Mariano Muñoz.
45	Cantalejo, Santo Tomé del Puerto, Torrelaguna, Torrejón de Ardoz, Villarejo de Salvanés, Cabezamesada. Familia Fausto de Lucas.
46	Cantalejo, San Miguel del Arroyo, Valladolid, Medina de Rioseco. Familia Zoilo Muñoz.

RUTA N.º	RUTA DE LLEGADA AL CENTRO DE OPERACIONES
47	Cantalejo, Santo Tomé del Puerto, Lozoyuela, Colmenar Viejo. Familia Alejandro Hernanz.
48	Cantalejo, San Miguel del Arroyo, Valladolid, Medina de Rioseco. Familia Tomás Zamarro
49	Cantalejo, Navas de Oro, Madrigal de las Altas Torres, Peñaranda de Bracamonte. Familia Agustín de la Cruz.
50	Cantalejo, Moradillo de Roa, Villalmanzo, Estépar. Familia Dionisio Sebastián de Diego «Pocaschiches».
51	No hay ruta. Era empleado de la Cooperativa «Unión Trillera de Cantalejo». Familia Justino Matey.
52	Cantalejo, Vallelado, Medina del Campo, Toro, Zamora. Familia Felícitos Calvo.
53	Cantalejo, Moradillo de Roa, Villalmanzo, Burgos, Cernégula, Villalaín. Familia Graciano Fuentenebro.
54	Cantalejo, San Miguel del Arroyo, Zaratán, Villalón, Calabazas del Coto, Gradefes. Familia Inés Sacristán.
55	Cantalejo, Santo Tomé del Puerto, Lozoyuela, Torrejón del Rey, Tendilla y Pareja. Familia Mariano de Lucas.
56	Cantalejo, Riaza, San Esteban de Gormaz, Villaciervos, Cardejón, Calatayud, Calamocha. Familia Pinar Zamarro.

Además, al mismo tiempo que se hacían estas entrevistas, se han ido recopilando fotografías antiguas y modernas relacionadas con el tema, las cuales se han recogido en un documento denominado «banco de imágenes», del cual se han entresacado las más representativas para incluirlas en este libro. La fotografía más antigua que se ha encontrado es de 1919 y en ella aparece Tomás de Lucas portando una criba y una piqueta.

El mencionado banco de imágenes consta de casi cuatrocientas imágenes, entre fotografías y dibujos hechos expresamente para este libro, las cuales han sido aportadas altruistamente por muchos de los entrevistados, por el Ayuntamiento de Cantalejo, por el Museo del Trillo. A todos ellos les queremos expresar nuestro agradecimiento.



PRINCIPALES RUTAS BRIQUERAS

Centro de operaciones:

1. Cabreros del Monte
2. Alba de Tormes
3. Gascueña
4. El Pozo de Almoguera
5. Villafranca de los Caballeros
6. Cañizal
7. Torquemada
8. Ávila
9. Villalmanzo
10. Justo Santa Engracia. Taller de trillos
11. Belorado
12. Cella (Teruel)
13. Medina de Rioseco
14. Salamanca
15. Zuares del Páramo
16. Grijota
17. Valencia de Don Juan
18. Villaumbrales
19. Rioseras
20. Coria
21. La Serna
22. Renedo de la Vega
23. Salamanca, sin especificar zona
24. Provincias de Segovia y Valladolid
25. A: Maqueda – 25B: Arenas de San Pedro (AV) y Navahermosa (TO) – 25C: Polán y Gálvez – 25D: Illescas y Santa Cruz del Retamar (Cuatro trilleros. Hasta Maqueda todos iban juntos)
26. Talavera de la Reina
27. Prádanos de Bureba
28. Moneo
29. Villamor de los Escuderos
30. Fábrica de carros en Cantalejo
31. Monzón de Campos
32. Vitigudino
33. Cervatos de la Zuera
34. A: Colmenar Viejo – B: Los Alcores (GU). El mismo trillero
35. Paredes de Nava
36. Guijuelo
37. Torquemada
38. Moneo
39. Salamanca
40. Serrería en Fuenterrebollo
41. Saldaña
42. Provincia de Segovia
43. Villoldo
44. Toro
45. Cabezamesada
46. Medina de Rioseco
47. Colmenar Viejo
48. Medina de Rioseco
49. Peñaranda de Bracamonte
50. Estépar
51. Justino Matey Pastor. Cooperativa
52. Zamora
53. Villalaín
54. Gradefos
55. Pareja
56. Calamocha

Existen además testimonios de presencia de los trilleros en:

- Torrenueva (CR)
- Almohacid del Marquesado (CU)
- Aguilar de Campoo (PA)
- Uña de Quintana (ZA)
- Escobar de Tábara (ZA)
- Alcozar (SO)
- Deza (SO)

Principales rutas briqueras.

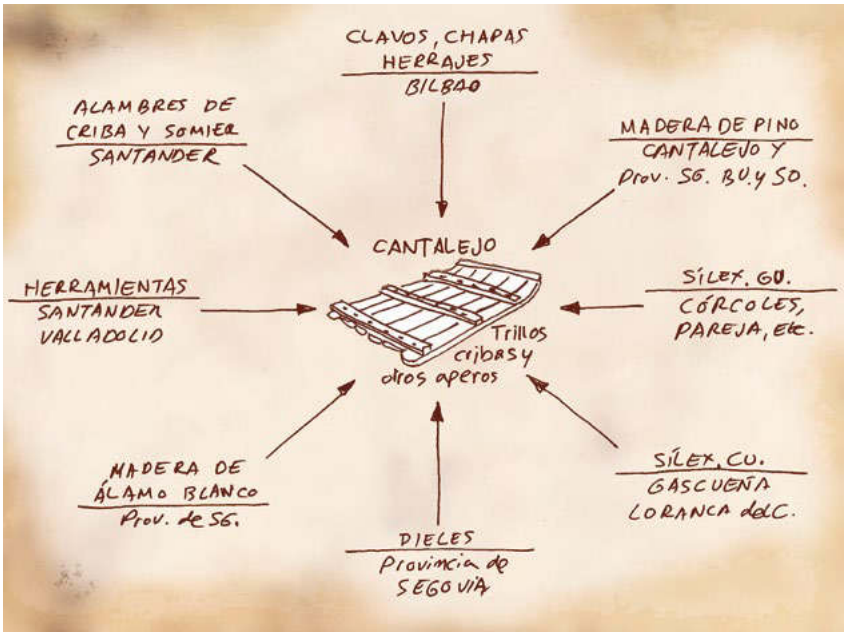
Se tiene también constancia indirecta de algunas otras zonas a las que accedían los briqueros para vender sus trillos, de las que no se han podido hacer entrevistas ni a sus protagonistas ni a sus hijos. Las cabeceras de comarca y centro de operaciones de algunas de ellas son las siguientes:

- Aguilar de Campoo y Cervera de Pisuerga, Palencia. Ruta en la que vendía sus trillos Ángel Luis Sanz (Díez, 1991).
- Uña de Quintana, Zamora.
- Torrenueva, Ciudad Real, Testimonio de M.ª Reyes Hellín Cruz.
- Alcozar, Soria, poemas sobre los trillos de Cantalejo, de Antonio Aparicio y Divina Aparicio.
- Deza, Soria, poema inspirado en los trillos de Cantalejo, de Vicente González Aleza.
- Escobar de Tábara, Zamora (García, 1989).
- Almohacid del Marquesado, Cuenca. Poema de Pedro Martínez Gómez.

En cuanto a las rutas de los suministros necesarios para poder fabricar los trillos, las cribas y otros aperos de labranza, el abastecimiento de estos materiales seguía las siguientes rutas:

- Las pieles para hacer las cribas tenían un abastecimiento local y procedían en su mayor parte de la compra directa o de almacenes de la provincia de Segovia, donde se encontraban protegidas por una capa de sal.
- La madera de álamo blanco, necesaria para hacer las cribas, se conseguía de las cortas de chopos en las alamedas de la provincia de Segovia.
- La madera, generalmente de pino resinero, que se utilizaba para fabricar los trillos, se obtenía de los pinares de Cantalejo y su entorno, pero también de los de Burgos y Soria.
- El pedernal o sílex, para empedrar los trillos, se obtenía fundamentalmente de las canteras de Cuenca (Gascueña y Loranca del Campo) y Guadalajara (Córcoles y Pareja).
- Los clavos, herrajes, chapas, sierras para los trillos que las precisaban, etc., procedían de Bilbao.
- Los alambres para hacer las telas de los somieres y las cribas procedían de Santander.
- Las herramientas procedían de Santander, de Valladolid, etc., pero las centralizaba la ferretería de Baudilio.

A continuación, se adjunta un esquema de la procedencia de los suministros necesarios para fabricar trillos y cribas:



6.3. La vuelta a casa

No hemos podido resistir la tentación de incluir la historia de Alejandro, un briquero cuya ruta incluía la provincia de Madrid, por lo emotiva que resulta y porque, además, según indica Inés Hernanz de Diego, su nieta, está inspirada en la historia *El Rufo en los Porretales* (Zamarro P., 2016) que no tiene nada que ver con los trilleros, pero sí con las penurias sufridas durante la Guerra Civil y las penosas circunstancias de cada uno. Dice Inés, que:

> Estaba próximo a comenzar el verano de 1936, cuando los briqueros de Cantalejo salían en todas direcciones a recorrer la Meseta Castellana con sus carros, y en los últimos tiempos algunos hasta con camionetas, cargados hasta los topes con una mercancía, los trillos, confeccionada durante todo el invierno por las familias del pueblo (Hernanz de Diego, 2004).

Alejandro, el abuelo de Inés, había tenido suerte en los años anteriores y con el dinero ahorrado había comprado un camión nuevo. Lo cargó de trillos y partió orgulloso hacia las tierras de Madrid, acompañado de su hijo Ovidio, que apenas tenía once años y que, sin embargo, ya se creía un mozo.

Recorrieron Colmenar Viejo, Valderacete, Colmenar de Oreja, Chinchón… y otros pueblos de la zona. Se les estaba dando muy bien la venta. A primeros de julio estaban hospedados en Colmenar de Oreja. Pero el 18 estalló la Guerra Civil.

Ya no podían volver: la divisoria entre ambos bandos quedó establecida en la sierra, entre Madrid y Segovia. Los milicianos o rojos, en el lado de Madrid, y los nacionales o franquistas al otro lado, quedando Alejandro y Ovidio atrapados y sin poder regresar.

A Alejandro enseguida le requisaron el camión, que quedo adscrito a las Milicias Rojas, al que le servía de cochera la iglesia de Chinchón. Alejandro se libró de incorporarse a filas porque los republicanos le consideraron mayor para ir a la guerra y Ovidio por ser demasiado joven.

Este camión era de Claudio Sanz, pero no sería muy diferente al que le requisaron a Alejandro.

Con el dinero que tenían compraron un macho y un carro y, por los pueblos de los alrededores, hacían intercambio de mercancías. Por ejemplo: compraban melones en Villaconejos y luego los cambiaban por camisas y algún mantón de Manila, un pantalón para Ovidio, etc. En definitiva, el dinero no lo veían, pero, así, con el trueque, se iban ganando la vida.

Siempre que pasaban por Chinchón no podían por menos de acercarse a ver lo que quedaba del ruinoso camión, que cada día estaba más viejo y que nunca regresó a sus manos.

Así pasaron más de dos años, hasta que, en alguno de aquellos trueques, un lugareño, por envidia, o porque le hicieran la competencia, les denunció a los milicianos con alguna excusa que nunca se llegó a saber. Alejandro fue conducido a la cárcel de Chinchón y Ovidio se quedó solo y desamparado. Indudablemente, los pantalones, telas, medias, mantones… todo lo que tenían, desapareció rápidamente.

Ovidio salvó el carro y el macho, que los llevó a las cuadras de la posada, que amablemente se los guardaron, de donde sacaba al animal a comer hierba del campo y le añadía algo de paja que le regalaban algunos vecinos.

Apenas tenía nada que comer y solo lo hacía medianamente bien cuando alguien se apiadaba de él. Un día, por ejemplo, en el que el hambre y el frío más le acuciaban, cogió unas mondas de patatas que se encontró en la calle… Una buena mujer se las coció, añadiendo una patata y un huevo. «Ese fue uno de los días que mejor comió mi padre» (Hernanz de Diego, 2004). La ropa se la cosía también como podía. Un día se cosió los pantalones, que tenía hechos jirones, con un alambre que se encontró.

Ovidio iba con frecuencia a ver a su padre, pero de las patadas que le daban los centinelas cuando iba a verle aún se resentía cuando se lo contaba a sus nietos, pasados muchos años.

Los aviones de «este lado» también frecuentaban aquella zona y bombardeaban a ras de suelo. Teniendo que guarecerse aterrorizado en muchas ocasiones,

A mi abuelo decían que le iban a matar y a los huérfanos que los iban a llevar a Rusia. Y decía Inés: «eso lo entendí el día que vi en la tele un reportaje sobre "los niños de la guerra". Mi padre podía haber sido uno de ellos, y entonces yo no estaría contando esta historia».

Pero el 1 de abril de 1939 acabó la guerra y los presos salieron de las cárceles. Por fin padre e hijo pudieron abrazarse y regresar.

Prepararon el macho y el carro, y hambrientos, maltrechos y sin aliento, pero con la esperanza de volver a ver a la familia, salieron para Cantalejo. En la primera jornada llegaron a Venturada, en la segunda a la Venta Juanilla, en Santo Tomé del Puerto, donde descansaron un par de horas y, sin hacer noche, continuaron hasta llegar a casa. Hacia las dos de la mañana entraban en el pueblo.

«¡Alto ahí a la Guardia Civil!… ¿Quién va…?». Se identificaron y les dejaron seguir.

Los serenos no daban crédito a lo que veían, pues durante todo ese tiempo corrió el rumor de que Alejandro y su hijo estaban ya en «el agujero». Llamaron a la puerta de la casa que habitaban la abuela y las tías[15]. Y decía Inés que:

> Esa fue una noche inolvidable. Los lloros se mezclaron con los abrazos y con una gran alegría. Alejandro que antes pesaba 100 kg estaba irreconocible con 45 kg, y ¿qué se puede decir de Ovidio, con un raquitismo agudo que le hacía aparentar nueve años…? Sus pómulos sobresalían de manera prominente, y estaban cubiertos de una especie de paño blanco y pelusa… (Hernanz de Diego, 2004).

Ovidio volvió con el mismo pantalón que llevaba cuando encarcelaron a su padre, remendado y mugriento. Mi abuela lo metió en agua hirviendo y, según decía, «los piojos flotaban en el agua formando una costra».

Pasado el tiempo, Ovidio se casó y formó su familia. En casa nunca faltó de nada, no quería que sus hijos tuvieran que sufrir aquella terrible penuria que él y su padre, tuvieron que soportar.

[15] Abuela y tías de Paulino Zamarro.

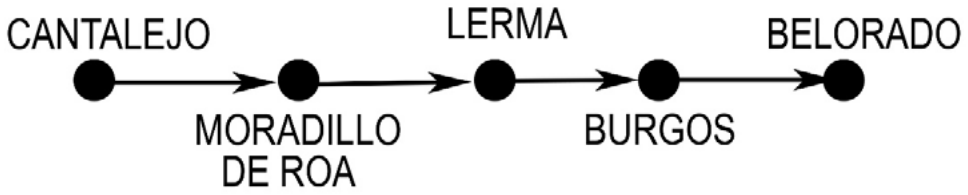
6.4. La ruta de un trillero

Vamos a narrar aquí la ruta de un trillero y sus peripecias basadas en un manuscrito del propio Germán de Diego Sanz titulado *Un trillero cantalejano*, que, en el año 1959, recorrió, junto con su cuñado Celestino Zamora, cincuenta y ocho pueblos, cuarenta y tres de Burgos y quince de La Rioja.

El manuscrito que nos ha llegado refleja muy bien cómo era la vida de estos esforzados briqueros que salían a vender trillos por media España. Merece la pena recordarlo:

Una vez terminada la faena de fabricar los trillos en Cantalejo, llegaba el momento de venderlos, para lo cual se cargaban en camiones alquilados y se llevaban al centro de operaciones de la comarca, que en 1959 fue Belorado, aunque otros años se instalaron en Santo Domingo de la Calzada o en Cerezo de Río Tirón.

Luego salían con el carro y los mulos durante cuatro jornadas, con paradas en Moradillo de Roa, Lerma, Burgos y Belorado, que era su destino.



Este era el carro y los mulos de Germán y Celestino, 1959. Dibujo de Amalia Cayetano Rodríguez.

Al llegar a Belorado, lo primero que hicieron fue alquilar una casa, donde se quedaron instaladas las mujeres y los niños. Así podrían verse cada ocho o diez días.

Al día siguiente, cargaron unos trillos y unas cribas en el carro y se marcharon de viaje en dirección a Fresneda de la Sierra, parando en San Miguel de Pedroso, donde vendieron unas cribas y algunos cedazos. Luego siguieron camino hasta el pueblo de Puras, donde les salió trabajo y reempedraron algunos trillos. Hicieron noche y al día siguiente volvieron a salir a la carretera para acceder a Villalgalijo, que era un pueblo un poco más grande, donde habría más trabajo.

Cargando trillos en el carro. Eusebia Bravo y la posadera de La Parra (Salamanca), 1948. La imagen es de otros briqueros, pero semejante a la de Germán y Celestino.

Por la mañana, temprano, estaba Celestino arreglando unas cribas y Germán empedrando un trillo al resguardo de una pared cuando pasó un perro con un conejo en la boca. Celestino, que lo vio, le tiró un punzón que tenía en la mano y el pobre perro, dolorido, salió corriendo y soltó el conejo. Celestino se asustó y no sabía qué hacer, pero un vecino le dijo que lo mejor era coger el conejo y llevárselo a la posadera para que se lo guisara.

La señora les preparó el conejo, y Germán y Celestino fueron como dos leones a comérselo, aunque antes intentaron saborear unas sopas de ajo que les había hecho la posadera. Las sopas sabían a rayos, Celestino fue el primero que se dio cuenta, y es que la señora había hecho las sopas con las asaduras del conejo, pero sin quitarle la hiel, que se reventó y amargaban que no había quien las comiera. Dejaron la sopa, pero se comieron el conejo que estaba guisado y tenía muy buen sabor.

En Villagalijo estuvieron hasta que se terminaron las ventas y el trabajo. Luego engancharon los machos al carro, pagaron a la posadera los gastos que habían hecho y marcharon hacia Pradoluengo, donde vendieron algunas cribas y algún cedazo. Como no había más ventas ni trabajo, se fueron a dormir a Valmala, que era también un pueblo de poca labranza, de modo que solo vendieron algunas cribas y arreglaron otras. Pero estuvieron un par de días, porque desde allí subían a Rábanos y a Villamudria, dos pueblos situados en lo alto de la sierra, donde hicieron buenas ventas. Después volvían a pasar la noche en Valmala.

La señora de la posada les hizo unas sopas de ajo y unos huevos fritos para cenar, pero, aunque a Germán le gustaban las sopas de ajo, no las comió, porque la señora, cuando cortaba las sopas de la hogaza, las echaba en el mandil, donde también había echado las boñigas del ganado que recogía por la calle.

Por la misma puerta de la casa pasaba un arroyo de aguas cristalinas, donde por las mañanas, nada más levantarse, iban a chapuzarse y a lavarse la cara. Y dice Germán que «como estaban sin ropa de medio cuerpo para arriba… unas señoras que pasaban por allí les dijeron ¡que si estábamos locos!, que el agua estaba muy fría para mojarse a esas horas». Como además era la calle por donde pasaba casi todo el pueblo para llevar el ganado a pastar, Celestino y Germán aprovecharon para preguntarles si precisaban alguno de sus trabajos. Hicieron los trabajos que les encargaron y pusieron rumbo a Belorado.

Al llegar a Belorado, como estaban allí sus mujeres, parecía como si hubieran llegado a su pueblo, es decir, a Cantalejo. Como además estaban recién casados, el estar ocho días sin dormir con las señoras les parecía más que estar antes un año. Así que aprovecharon la noche.

Al otro día, cargaron el carro con los trillos adecuados al tamaño que se venía usando en los pueblos por donde iban a ir, y marcharon para hacer ventas durante otros pocos días.

El primer pueblo en el que dieron vuelta fue Villamayor, que está en la carretera general de Burgos a Logroño. Y en este pueblo, Germán recuerda la conversación que tuvo con un señor, que le dijo que se fueran buscando otra ocupación, que la vida del trillo se acababa. Le contó que allá, en Villamayor, habían hecho una cooperativa y que les iba muy bien, que habían comprado maquinaria entre todos los socios, y que esta maquinaria hacía el trabajo de todos entre dos personas y que el resto se estaba tocando las narices. Germán le dijo que las cosas no irían tan deprisa, que España era muy grande y que tardaría muchos años en mecanizarse, pero el señor le contestó que los españoles no eran tontos, y que lo bueno se aprendía pronto. Y así pasó, y enseguida… España entera se mecanizó.

Germán recuerda que en este pueblo solo reempedraron un trillo, vendieron una criba y se marcharon porque no había más trabajo. Un señor que el año anterior les dijo que este año les compraría un trillo, les pidió disculpas y dijo que ya no le interesaba.

Celestino, que conocía muy bien a aquella gente, dijo que se marcharan a Viloria, que en Villamayor no tenían nada que hacer.

Ambas caras de un trillo viejo. Dibujo de Amalia Cayetano Rodríguez.

En Viloria todo el mundo estaba pensando también en la maquinaria, así que algunos que conocían a Celestino le dijeron que en Viloria no venderíamos trillos. Pero en la panadería del pueblo pusieron unas telas a unos cedazos y sacaron para gastos, una botella de vino, una cebolla y un poco de escabeche que compraron en la taberna del pueblo. Cuando acabaron con el escabeche, siguieron su camino hasta San Cristóbal del Monte.

Al llegar a este pueblo, fllegaron a una casa donde paraba su familia todos los años. Se saludaron, desengancharon los machos del carro y los metieron en la cuadra, echaron de comer a los mulos y dejaron que descansaran a gusto, porque habían estado enganchados al carro todo el día. Germán y su cuñado también prepararon sus cosas para pasar la noche.

Al otro día, Celestino pregonó por el pueblo lo que hacían y les salió trabajo de reempedrar trillos y arreglar algunas cribas y cedazos. Almorzaron un poco y se pusieron a hacer los trabajos. Celestino a arreglar las cribas y los cedazos, que se le daba muy bien, y Germán a reempedrar los trillos.

En esto estaban, cuando a su lado pasó un joven montado a caballo, el caballo se asustó y el joven cayó al suelo. Germán y su cuñado, que le vieron en el suelo, se apresuraron a ayudarle y Celestino le hizo el boca a boca, pues parecía que estaba muerto. No obstante, el joven se recuperó, los vecinos del pueblo le ayudaron a montar a caballo de nuevo y el mozo siguió su camino.

Mientras Celestino terminaba su trabajo, Germán se marchó al establo a echar de comer a los mulos para que estuvieran dispuestos para continuar el viaje, esta vez hacia los pueblos de la sierra, donde «después de trabajar mucho los mulos y de ayudarles nosotros mismos a subir,

llegamos a un pueblo que se llamaba Eterna y digo se llamaba, porque puede que ya haya desaparecido».

En este pueblo no había carros y los chavales se ponían alrededor de los trilleros porque les chocaba, ya que allí hacían los trabajos con los animales de carga. Desengancharon los mulos y los llevaron al establo de la casa donde se habían alojado otros años.

Bajaron los trillos del carro y los pusieron a su alrededor. Como allí no habían visto trillos nuevos desde hacía mucho tiempo, se corrieron las voces y todo el mundo fue a verlos a la plaza. Celestino les dijo: «ya os prometí trillos nuevos el año pasado, pues bien, aquí están, así no tendréis que estar trillando con los trillos viejos que bajabais a comprar en otros pueblos».

Cuando todos se fueron a sus casas, los briqueros se fueron a la casa que hacía de posada, donde pidieron que les prepararan algo de cena. Celestino pidió un revuelto de patatas con huevos, pero Germán le dijo que de ninguna manera, porque había visto lo sucio y guarro que estaba todo aquello. Así que Celestino cambió de idea y coció unos huevos, los echó en su fiambrera y salieron a la calle, porque daba asco y a la vez pena, de ver como vivía aquella pobre gente. Parecía que estaban en la prehistoria.

Pelaron los huevos y los echaron en la fiambrera con un poco de aceite y vinagre que llevaban ellos mismos en una botella. Los tenedores, el pan y el vino también los pusieron ellos. Luego, prepararon las sacas en el carro y allí mismo durmieron.

Al otro día, cuando amaneció, ya había varios señores viendo los trillos. Los briqueros se levantaron para charlar con ellos y ver si les podían vender algún trillo. Celestino, como les conocía, los llamaba por sus nombres y enseguida vendió cinco o seis trillos, pero Germán se dio cuenta de que había señores que seguían mirando los trillos y les dijo que compraran, que era una buena ocasión, que igual tardaban algunos años en volver a presentarse. Un señor dijo que no tenía dinero y que nunca podría aprovechar estas ocasiones.

Y, entonces, Germán recuerda que le dijo: «usted quiere trillo, pues no se apure que trillo tendrá; sin dinero se lo vendemos hasta que usted lo pueda pagar, y si usted tiene habichuelas, a cuenta de las habichuelas». Uno de los señores que me estaba oyendo dijo: "a cuenta de judías yo le compro uno". Se lo vendimos por cuenta de sus judías a aquel señor y luego vendimos otros cuatro o cinco por cuenta de cebada, centeno, trigo, etc. De modo que ya solo nos quedaban dos trillos, que se los vendimos a dos señores sin dinero, porque no tenían ni alubias ni centeno. Hicimos un papel donde escribimos el importe y la fecha a pagar que sería el próximo año y así los vendimos todos, de modo que hubo pocos labradores que se quedaran sin comprar trillo».

Luego arreglaron una criba a una señora que les dio un par de chorizos por el trabajo y… mientras los mulos se comían el pienso, ellos se comieron los chorizos. Engancharon los machos al carro y bajaron por el mismo camino que habían venido, esta vez sin tener que empujarlo, ya que además de ser cuesta abajo, estaba casi vacío.

Criba vieja en la que se aprecia un arreglo anterior.

Cuando llegaron a Belorado, sus mujeres no les esperaban, por el poco tiempo que habían tardado en regresar, pero ellos volvían muy contentos por haber vendido todo el género y porque iban a dormir en compañía.

Sus señoras les dijeron que habían venido del juzgado a avisar de que se presentaran en él cuando regresaran, y estaban muy preocupadas por lo que hubiera podido pasar.

Al otro día fueron al juzgado y les tomaron declaración sobre el caso del chico que le tiró el caballo en San Cristóbal del Monte y no tuvieron ningún problema. Después, les explicaron a las mujeres lo que había pasado.

Luego se marcharon a dar una vuelta por Belorado y les salieron unos trabajos, Germán se quedó reempedrando unos trillos y Celestino siguió dando una vuelta al pueblo para conseguir más trabajo.

A la hora de comer se juntaron los dos matrimonios y se comieron un cocido que les supo a gloria, porque hacía tiempo que no lo habían comido y además estaba riquísimo. Cuando Celestino acabó de dar su vuelta por el pueblo se presentó donde Germán estaba empedrando y allí había

mucha gente viéndole empedrar y comentando el caso de un hombre que se había ahorcado y que otro había sido muy valiente por descolgarle y quitarle la soga del cuello. Cada cual decía una cosa, uno dijo: «yo no le hubiera descolgado, ni aunque me hubieran dado 200 pesetas». Celestino dijo: «por 200 pesetas descolgaba yo a todos los de Belorado si estuvieran ahorcados». Vendieron algunos trillos y pasaron unos días haciendo trabajos en Belorado, hasta que acordaron marcharse otros pocos días.

Cargaron el carro con el género aparente para la ruta que iban a iniciar y pararon a dar vuelta en Torresantos, pusieron el carro a la sombra de una olma, en la que, entre su ramaje, había ocultos cientos de gorriones, jilgueros, etc., y el carro quedó tan sucio que hubo que limpiarlo concienzudamente, porque les daba vergüenza llevarlo así. Pasaron el día vendiendo algunas cribas y cedazos y, al caer la tarde, se fueron a pasar la noche en Villambistia, a la casa donde paraban siempre. Desengancharon los machos y los metieron en la cuadra. Germán recuerda que: «al pasar por el portal te deslizabas en el estiércol de los cerdos que corrían por allí y había un olor a vinagreta y a corrompido que no se podía aguantar. Y mi cuñado decía que había que dormir allí, pero yo le dije que era de todo punto imposible por el olor que desprendía, de modo que, mientras yo me puse a cuidar el ganado, él se dispuso a limpiar el portal. Lo barrió, limpió el estiércol y luego echó paja limpia, encima de la cual extendimos las sacas y ya no me pareció tan mal».

Luego subieron a la planta de arriba, donde había dos habitaciones y una cocina. Celestino cogió una sartén, la raspó, la fregó y luego frio unos huevos. Cuando terminaron de comer los huevos, Celestino se puso a fregar los platos y la sartén. La señora de la casa decía que había visto pocos hombres como Celestino.

Luego se bajaron al portal y que ya no olía tan mal. Se acostaron y, como estaban rendidos, enseguida se les pasó la noche y de pronto ya era de día.

Al salir a la calle ya había gente viendo los trillos y esperándoles. Como Celestino los conocía bien, lo primero que hizo fue saludarles y preguntarles por la familia y también por la vaca y la marrana, que si habían venido bien los partos, que por cuánto dinero la había vendido, etc. Un señor le dijo que por qué le preguntaba por el dinero que le había valido la vaca, ¿que si era para cobrarles luego más por los trillos?

Así estuvieron hablando hasta que les vendió un par de trillos. Luego echaron de comer a los mulos y se marcharon a reempedrar unos trillos y a arreglar unos cedazos, almorzaron y pagaron la cuenta de la posada, que debía ser poco, pues en buena lógica debería haberles pagado a ellos la posadera, por habérsela dejado tan limpia.

Engancharon los machos y salieron a la general hasta llegar a Espinosa del Camino, de donde Germán tiene un mal recuerdo, ya que en dicho pueblo había un matrimonio que tenía cuatro hijos y todos estaban ciegos. En este pueblo dieron vuelta y salió poca tarea, se pasó el tiempo y se fueron a pasar la noche a Villafranca Montes de Oca, donde la panadería era al mismo tiempo la posada del pueblo.

Por la mañana daba gusto levantarse, por el olor a pan recién hecho y a leche cocida. Era la mejor posada en la que paraban, a excepción, por supuesto, de la de Belorado.

Este pueblo de Villafranca está situado en la parte norte del Puerto de Pedraja, que tiene una altitud de 1130 metros. En sus campos abundan las encinas y los robles y la gente se dedica a la ganadería más que a los cereales, pero se vendieron y arreglaron bastantes cribas y cedazos. Cuando se terminó la faena se marcharon, pero, en vez de ir por la carretera general, se marcharon por la que va por «el valle de los ajos».

El primer pueblo era Mozoncillo, pero como está un poco desviado de la carretera, no entraron y se fueron, sin parar, hasta Villanasur de Río Oca. En este pueblo estuvieron unas horas y vendieron un trillo, que por cierto fue a pagar el próximo año. Luego emprendieron viaje de nuevo hasta llegar a Villalmóndar.

En este pueblo se les hizo de noche y no encontraron posada, pero les dejaron meter el ganado en una tenada y ellos pasaron la noche en el carro hasta la mañana siguiente. Se levantaron y se asearon sin problemas en el cercano río Oca, al que llevaron también a los mulos para beber. Cuando volvieron al carro, como los mulos ya se habían comido el pienso, los engancharon y emprendieron la marcha hasta Cueva Cardiel, donde aparcaron el carro junto a una pared, lo calzaron con piedras delante y detrás y echaron bien los tentemozos para que el macho de varas no tuviera que soportar el peso del carro. Celestino se fue a dar una vuelta por el pueblo anunciando que había llegado el trillero, el cribero y el cedacero.

Enseguida se presentó un señor que quería reempedrar un trillo viejo. Fueron con él a ver el trillo y el arreglo que precisaba. Se entendieron en el precio y Germán se puso a arreglarlo, cuando se presentó Celestino diciendo que por los martillazos se había orientado para saber dónde estaba. Entre los dos terminaron enseguida el trabajo, el señor les pagó las 37 pesetas que habían acordado y se marcharon al carro. Celestino dijo que había vendido una criba y un harnero y... aunque no fue mucho lo que vendieron, se quedaron tan contentos. Se aplicaban a todo con la paciencia del perro que roe un hueso.

Un trillo viejo para reempedrar.

Enseguida prepararon el carro y emprendieron la marcha hasta llegar a Alcocero de Mola. En este pueblo, cuando aparcaron el carro frente a la iglesia, se arrimaron a ellos unos cuantos señores mayores. Celestino se fue a dar una vuelta por el pueblo y Germán se quedó con ellos y les recordó que, cuando la guerra, en ese pueblo fue donde tuvo el accidente el General Mola. Los señores que estaban allí unos decían una cosa y otros otra. Hubo quien dijo que no fue accidente, que fue intencionado. Otro dijo que él había visto pasar el avión y que enseguida sintió la explosión. Que cuando subieron a ver lo que había pasado, a él le dio mucha pena porque solo se veían pedazos del aparato.

Se presentó Celestino de dar su vuelta por el pueblo y… cuando se enteró de lo que hablaban, dijo que a ellos esas cosas pasadas no les daban de comer y que había que reempedrar un par de trillos. Cuando empezaban a trabajar se presentó un señor diciendo que si vendían medias fanegas, de modo que Celestino se fue al carro, la sacó de las bolsas inferiores y se la vendió. Entre los dos terminaron de reempedrar el trillo y se fueron al carro que era casi como su casa, y como no tenían aceite en el farol, se quedaron a dormir allí. Cenaron a la puerta de la casa de una señora muy limpia que conocía Celestino, que les hizo unos huevos fritos que se comieron en la calle, encima de unas piedras que hacían de asientos y mesa, y se fueron a dormir al carro. Por la mañana, tan pronto como pudieron, emprendieron la marcha.

Cuando iban por la carretera, vieron a lo lejos una cosa extraña que venía caminando hacia ellos. Era un señor inválido, que caminaba con un triciclo parecido a un patín, montado en una tabla y con unos rodamientos de unos 5 cm de altura, que lo hacía andar con las manos. Pero era tan bajo que, a cierta distancia, parecía una cosa rara. Cuando se iban a cruzar con él, el mulo de delante se espantó y se salió de la carretera, pero como fue en un sitio llano, no pasó nada, fue más el susto que otra cosa, pero Germán no pudo por menos de decirle al señor que cómo no se recogía en algún sitio, que no se podía ir por la vida así, a lo que contestó que a los inservibles no los quería nadie. Le dieron un billete de cinco pesetas y cada uno siguió su camino.

Por la carretera general llegaron a Castil de Peones, vendieron un trillo y se marcharon a Prádanos de Bureba, donde llegaron con intención de pasar allí la noche, de modo que desengancharon las bestias y las metieron en el establo de la posada. Nuestros protagonistas tuvieron esa noche mejor habitación que la anterior, pero como pasaba por allí el tren, con el ruido y los silbidos, apena pudieron dormir. Por la mañana tuvieron buena venta porque vendieron dos trillos de los más grandes que llevaban en el carro y a los dueños de la posada les reempedraron otros dos, por lo que los posaderos tuvieron que darles cincuenta pesetas, ya que su trabajo importaba más que el gasto que habían hecho en la posada.

Engancharon los machos al carro y se fueron caminando por la carretera general hasta cerca de Briviesca, donde tomaron una carretera blanca y estrecha para ir por las lomas hasta el pueblo de Bañuelas de Bureba, donde vendieron una criba triguera y otra grancera. Luego se marcharon a hacer noche en Quintanaloranco, pueblo en el que tenían mucho cuidado en no malgastar el agua que guardaban en tinajas. Preguntaron el porqué de ahorrar tanta agua y les dijeron que era agua de lluvia, que la recogían cuando llovía desde los tejados de las casas directamente a las tinajas porque en aquellos suelos no manaba el agua.

Cuando se levantaron, no se lavaron la cara, porque les pareció que era malgastarla en un pueblo donde escaseaba y que por un día no les pasaría nada. Celestino se fue a dar una vuelta por el pueblo y Germán se quedó con unos señores mayores, a los que les comentó lo del agua. Uno de ellos dijo que vivir allí era peor que vivir en la selva, que en la selva había árboles y sombra, pero que allí no había nada, ni agua, ni luz, ni médico, ni botica, ni escuela, que lo único que había era iglesia, pero que tampoco había cura, que tenía que venir de fuera para decir misa y que los hombres que fundaron el pueblo no debían ser muy listos, pero que aquí seguían ellos.

Los briqueros hicieron el poco trabajo que les salió y se marcharon tomando la dirección de Belorado y parando en Castil de Carrias donde vendieron un trillo y una criba, arreglaron un cedazo y prosiguieron su camino para llegar a Belorado al anochecer.

Las mujeres y los niños se pusieron muy contentos cuando los vieron llegar. La casa la encontraron muy cambiada, con todas las comodidades de los años cincuenta, incluso con olla exprés y nevera. Los niños, Santiaguito y Maribel querían quedarse con ellos hasta tarde, pero los mayores estaban deseando que se quedaran dormidos, porque ellos también querían «irse a dormir».

Al otro día, como de costumbre, cargaron el carro y se marcharon. Emprendiendo de nuevo viaje por la carretera general en dirección a Logroño. El primer pueblo en el que pararon fue Castildelgado y fueron a hacer noche en Ibrillos. En el trayecto vieron campos más fértiles que los que habían visto en otros recorridos. Los animales que trabajaban los campos eran más fuertes y de más poder, así que los trillos que llevaban en el carro también eran más grandes.

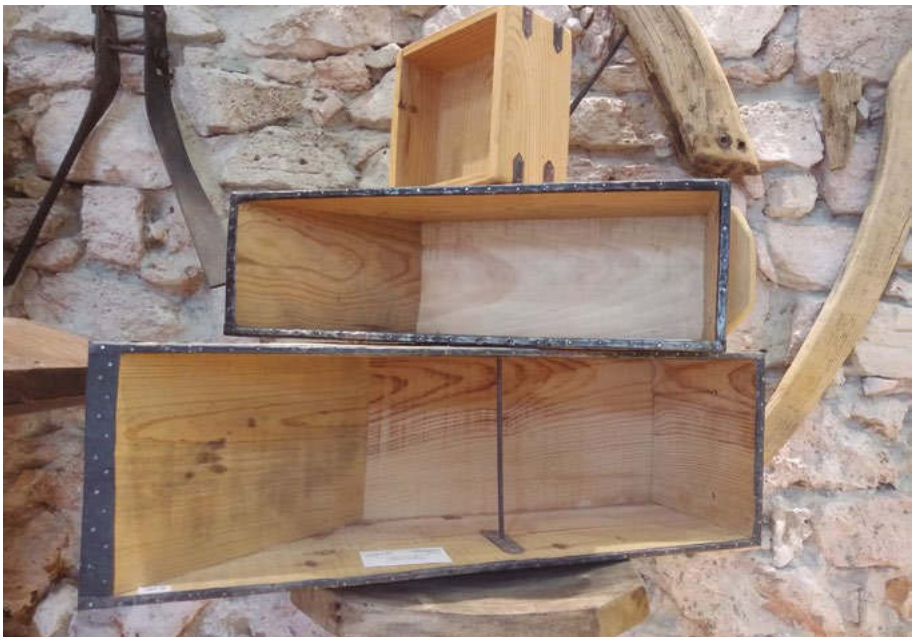
En la posada se notaba que el posadero tenía buenas amistades con la familia de los trilleros, cenaron en la mesa con los posaderos y esa noche durmieron en una mullida cama.

Por la mañana dejaron unos trillos apoyados en las paredes de la posada y se marcharon con otros cargados en el carro a un pueblo muy cercano, Sotillo de Rioja. En este pueblo dejaron el carro frente a una pared y desengancharon a los machos, que los dejaron pastar libremente en una pradera que había frente a ellos, con una hierba fresca y muy verde.

Enseguida se enteró la gente de que habían llegado los trilleros. Los señores mayores fueron los primeros que vinieron y les dijeron que tendrían que esperar al medio día, a que vinieran los señores que mandaban en las casas del pueblo.

A Germán le gustaba conversar con los mayores de los pueblos porque siempre contaban algo de lo que se sentía admirado. Había uno que presumía de las cosas que había hecho en su juventud y decía que había estado varias veces en la cárcel. Le preguntó Germán que si tan malo había sido y le dijo que no, lo que pasa es que «he sido un tío muy cojonudo, porque me reía de todas las chicas del pueblo, hacía muchas gamberradas y algunas veces me metieron en la cárcel. Luego, el carcelero, cuando se enteraba de por qué había sido, me decía que era un tío muy cojonudo y me soltaba». Pero uno le dijo, «eras más burro que un zopenco y no tenías vergüenza ni te importaba nada. Pero no digas mentiras, que el carcelero nunca te soltaba, eran las perras de tu padre las que te soltaban».

Cuando volvieron los señores del campo les vendieron unos trillos, una media fanega y un pandero para dar de comer al ganado y se marcharon a pasar la noche en Ibrillos.



Media fanega, cuartilla y celemín, 2019. Museo del Trillo de Cantalejo.

Al levantarse, no había nadie en el pueblo, todos estaban en el campo, pero la señora de la posada les dijo que unos señores habían estado viendo los trillos y que volverían para verlos, de modo que les esperaron y, efectivamente, volvieron al caer la noche. Como la casa en la que estaban era la taberna, sacaron unas jarras de vino y estuvieron bebiendo hasta que les vendieron unos cuantos trillos. Luego cenaron y se marcharon a la cama tan contentos.

A la mañana siguiente, se levantaron y caminaron por la carretera general hasta llegar a Grañón. Cuando llegaron al pueblo era día de fiesta y la mayoría de la gente estaba en misa en la iglesia. Celestino dijo que fueran a misa, que allí la mayoría del pueblo les vería, y aunque Germán nunca creyó en las cosas del cielo, por no darle un disgusto fue a misa.

Cuando salieron de misa, Celestino les saludaba a todos y Germán, como iba con él, tenía que hacer lo mismo. Algunos señores se metieron en la taberna a echar un trago y contaron, entre otras cosas, que en el siglo XIX hubo una disputa importante entre Santo Domingo de la Calzada y Grañón por unos terrenos de labranza que había entre los dos términos. Contaron que, finalmente, acordaron que saliera un mozo de cada pueblo para pelear y disputarse los terrenos. El pueblo que ganara se quedaría con ellos. Antes de la pelea, el de Santo Domingo estuvo cuidándose con buena carne y buen jamón durante una larga temporada y el de Grañón con caparrones y con habas. Se fueron a lo alto del terreno en disputa y allí pelearon hasta que ganó el de Grañón. Y, desde entonces, llaman a estos terrenos «La Cuesta de los Valientes».

Estuvieron en la taberna charlando y se habló de su oficio, diciendo que iba a durar poco, que con las trilladoras era poca la ventaja, pero que en cuanto llegaran las cosechadoras, como en América, muy pronto se acabaría. Luego estuvieron en el frontón viendo jugar a la pelota, hasta

que al mediodía ambos cuñados se fueron a la posada. Como en la posada la higiene era escasa, en la tienda de ultramarinos compraron pan, salchichón, chorizo y una botella de vino, que consumieron sentados como unos señoritos a la puerta de la posada.

Como era fiesta, la gente comió y se echó la siesta, pero, a eso de media tarde, empezaron a venir los clientes y vendieron todos los trillos que tenían, y algunos más que se comprometieron a llevárselos en unos días. Como se hizo muy tarde, se quedaron a pasar la noche y emprendieron camino al día siguiente hasta Santo Domingo de la Calzada. Cuando pasaron junto a La Cuesta de los Valientes, Celestino le dijo a Germán: mira, allí en lo alto es donde se pelearon los dos mozos.

Cuando llegaron a Santo Domingo, lo primero que hicieron fue ir al frontón, pues allí habían dejado, como todos los años, algunos trillos para vender. El señor les había vendido uno y le dejaron otros tres, porque les dijo que los tenía vendidos. Germán le preguntó que si era verdad eso de que en Santo Domingo cantó la gallina después de asada y él le contestó que nunca la había oído cantar después de asada, pero que era un dicho. Celebraron la anécdota tomando una cerveza, cargaron el carro de trillos en el almacén que tenían en Santo Domingo y se marcharon.

Salieron por la carretera general en dirección a Logroño y se desviaron por otra hasta el pueblo de Alesanco, donde se quedaron a pasar la noche. Germán recordaba que, cenando, la gente hablaba más de los viñedos que de los cereales, y que sintió curiosidad y les preguntó que, si era de allí don Ignacio Hidalgo de Cisneros, que fue comandante de Aviación en la zona roja, y como entonces estaba en auge el régimen franquista, no supo qué pensarían, porque nadie le contestó, aunque al otro día le dijeron que sí, que descendía de allí. Vendieron un trillo y, caminando para otro sitio, salieron a la carretera general y, sin parar, pasando por Nájera, llegaron a Baños de Río Tobía.

En este pueblo habían formado agrupaciones y cooperativas, y hacían los trabajos en el campo con maquinaria. Hablaron de ir a Bobadilla y El Pedroso, pero les dijeron que también estaban por la maquinaria y que no venderían trillos. Así que se volvieron por la misma carretera que habían venido y después de haber estado todo el día caminando, al llegar al empalme de Hervías, entraron en el pueblo, donde se quedaron a dormir porque era ya muy tarde y estaban muy cansados.

Al día siguiente, vendieron un trillo en Hervías y reempedraron otro viejo, engancharon los machos al carro y se marcharon a Bañares que está a 4 km. En este pueblo dieron vuelta, pero no vendieron nada, así que se marcharon a San Torcuato, donde vendieron media fanega y un cedazo y reempedraron un trillo. Luego se fueron a Cidamán, donde los labradores les dijeron que allí los trillos ya no se usaban, de modo que se fueron a pasar la noche en Zarratón.

En Zarratón vendieron un trillo y luego, a un señor que su oficio era bollero, le vendieron unos cedazos de seda que se los tuvo que hacer Celestino. Después, la señora de la casa donde pasaron la noche les frio unos pimientos y un par de chorizos, y almorzaron como señores.

Continuaron viaje por un camino en el que los animales tuvieron que trabajar bastante y llegaron a Castañares, donde, a un señor que pasaba cerca de donde tenían el carro, le dijo Celestino que si les compraba algún trillo o les daba algún trabajo. El señor contestó que si le comprábamos a él sus trillos, que nos los vendía. Fueron a verlos y como estaban en buen estado, se entendieron

en el precio, se los compraron y los cargaron en el carro. Luego se marcharon a Baños de Rioja, donde vendieron uno de los trillos que habían comprado. Ganaron un poco más de lo que hubieran ganado al vender un trillo nuevo, pero les quedó mal sabor de boca, porque veían claramente que, con la implantación de la maquinaria y lo último que habían vivido (que los que antes les compraban trillos ahora se deshacían de ellos), que «lo de los trillos se acababa».

En estas tierras de la provincia de Logroño los labradores eran de «labranzas fuertes», es decir, que compraban un trillo sin darle importancia. Así que, ahora, el que compraba un trillo estaba pensando en equiparse de maquinaria y, cuando se equipaba, el trillo se lo vendía a quien de momento no podía hacerse con maquinaria.

Luego, desde Baños de Rioja fueron a Villalobar de Rioja donde reempedraron dos trillos, con lo que tuvieron para gastos. Después, por una carretera blanca salieron a la general y fueron a hacer noche en Grañón. En este pueblo fue donde unos señores se quedaron con ganas de comprarles trillos, de modo que, Celestino, que sabía dónde vivían, se fue a buscarlos antes de que salieran al campo, los llevo hasta el carro y antes de salir el sol ya habían vendido tres trillos. Tuvieron que ayudarles a llevarlos a casa por una empinada cuesta, y a Germán le tocó llevar el más pesado a las costillas, por lo que llegó muy cansado y agradeció el trago que le ofreció el dueño de la casa.

De regreso a donde tenían el carro, su cuñado ya había entregado los suyos y había contratado unos trabajos de reempedrar dos trillos viejos. Cuando terminaron estos trabajos, Celestino dijo que nos íbamos a dormir a Belorado, que allí tenían para cenar «chicha de entrepierna» y… como llevaban muchos días sin comerla, Germán asintió encantado.

Se marchó Celestino a la tienda de ultramarinos para comprar algunas viandas, y a su vuelta ya tenía Germán enganchados los machos al carro para emprender camino. Como entonces no había tanto tráfico, muy tranquilos y subidos en el carro comenzaron a comerse el salchichón y a beberse el vino que llevaban en la bota. Cuando les faltaban unos dos kilómetros para llegar a Belorado, alcanzaron a ver a sus mujeres y a las niñas. Se dieron un beso y un fuerte abrazo y les dijeron que, les habían dicho, que a los trilleros les había tocado la lotería. Celestino salió corriendo hasta la administración para confirmar la noticia, pero resultó que solo les había tocado el reintegro.

Esa noche salieron los dos matrimonios con los niños a dar un paseo por Belorado. En la plaza había un quiosco en el que ponían música y allí estuvieron hasta las doce de la noche, después se fueron a dormir. Al día siguiente, cuando se levantaron, se quedaron a trabajar en Belorado, vendieron unos trillos y les salieron algunos trabajos, y al otro día prepararon el carro y se marcharon a Fresno de Río Tirón, donde vendieron un trillo, arreglaron otros dos y se fueron a Cerezo de Río Tirón.

Aparcaron el carro cerca de la posada y, cuando entraron dentro, les parecieron bien los posaderos, porque todo estaba limpio y bien aseado. Germán no se acuerda de lo que cenaron, pero sí de que lo comieron con mucho gusto y satisfacción, aunque en la habitación que les asignaron, en la planta de arriba, hacía mucho calor, de modo que se bajaron a dormir al portalón.

Por la mañana, cuando salieron a la calle, Celestino se saludaba con todos los del pueblo como si los conociera de toda la vida. A una señora para saludarla le dijo: «¿cómo lo tienes?». Y ella le contestó que «bocabajo, para que no se ahogue Celestino», lo que para Germán era una satisfacción, ¡ver que Celestino se conociera tan bien con la gente! Enseguida les salió trabajo, Germán se puso a reempedrar un trillo y su cuñado se fue a dar una vuelta por el pueblo.

Ese día vendieron unos cuantos trillos, porque en ese pueblo eran las labranzas medianas y todavía la gente no estaba por la maquinaria; pensaban que la maquinaria era para gente de mucha labranza. Cenaron con los señores de la casa y Germán recuerda que, en esos días (junio de 1959), habían lanzado un cohete al espacio y, cuando estaban cenando, el amo de la posada comentó que, «cómo podían tener tan poca vergüenza, habiendo tanta hambre en la Tierra y gastan tanto dinero en querer llegar al espacio».

Cuando terminaron de cenar, Germán salió al carro a dormir porque la noche anterior en el portalón le habían picado mucho las pulgas que tenían las cabras que criaban los posaderos. Estaba ya en el carro durmiendo cuando sintió decir a unos mozos que iban a volcarlo, entonces Germán se asomó y les dijo que esperaran a que se bajara para que no le pillaran dentro, pero cuando los mozos vieron que se iba a levantar, le dijeron que durmiera tranquilo, que ya no lo iban a volcar. Germán se tumbó y durmió tranquilo en el carro, pero luego pensó en la suerte que habían tenido, pues de no ser porque se fue a dormir al carro, les hubieran causado grandes destrozos.

En el pueblo de Cerezo de Río Tirón tenían fama de ser muy juerguistas, pero de que nunca se metían con nadie. Los briqueros pasaron allí unos cuantos días trabajando y vendiendo trillos, cribas y cedazos, y nunca tuvieron problemas graves. Cuando se acabó el trabajo, cargaron el carro y se fueron a Quintanilla de San García, donde vendieron un trillo y se marcharon.

Luego salieron a la carretera general y por ella caminaron hasta llegar a Cameno, donde llegaron muy cansados, tanto ellos como las caballerías. Por la mañana, Celestino se marchó a dar una vuelta al pueblo y, cuando volvió, dijo que se marchaban, que en ese pueblo no había ni venta ni trabajo. Emprendieron de nuevo la marcha hasta llegar a La Berzosa, pueblo en el que la gente decía que los trillos eran una cosa muy atrasada, así que se marcharon a Busto, donde decían lo mismo, y desde allí a Navas de Bureba, donde pasaron la noche.

El posadero de Navas de Bureba les dijo que había un señor que quería comprar un harnero y una criba, así que fueron a buscarle y se los vendieron.

Luego se marcharon a Cornudilla, donde dio su consabida vuelta Celestino y no vendieron nada, y, sin desenganchar los machos, se fueron a Poza de la Sal, de donde era el doctor Félix Rodríguez de la Fuente, del que tantos programas vimos en televisión. Germán les preguntó a los señores mayores que por qué se habían cerrado las minas de sal y le dijeron que porque no eran rentables y porque los sueldos que pagaban eran muy bajos.

Estuvieron unas horas en el pueblo y, como no les salió ninguno de sus trabajos, se fueron por la carretera hacia Briviesca, pasando por Las Vegas y por Terrazos, donde pasaron la noche. Al otro día madrugaron para llegar pronto a Briviesca, donde tomaron un café con leche y decidieron la ruta a seguir para llegar a Belorado, visitando los mismos pueblos por los que habían pasado la

temporada anterior y parando primero en Bañuelos de Bureba, donde vendieron un trillo y un par de cedazos.

Fueron dando vuelta por segunda vez por los pueblos que ya habían pasado y en todos vendieron algo. Al llegar a Belorado, las mujeres y los niños se pusieron muy contentos, pero cuando les dieron el dinero que llevaban, les dijeron que, para el tiempo que habían estado fuera, era en el viaje que menos habían ganado.

Empezaron a hacer viajes por segunda vez por todos los pueblos en los que ya habían estado, y en todos hicieron ventas y trabajos y así transcurrió el tiempo hasta que pasó el verano.

Mandaron a las mujeres y a los niños en el coche de línea hasta Cantalejo y ellos, con el carro vacío y los mulos, tras cuatro jornadas andando, llegaron al Vilorio.

Germán de Diego nos cuenta el viaje que hicieron en 1959, que fue muy parecido al que hicieron otros años, tanto ellos como la mayoría de los briqueros que recorrían media España vendiendo trillos, cribas, harneros, medias fanegas, etc., otros vendiendo mulos y, en los últimos tiempos, máquinas de aventar.

El año al que se refiere esta historia fue 1959, año en el que las máquinas cosechadoras empezaron a hacer mella en la industria artesanal del trillo. Por eso este año puede considerarse diferente y el punto de inflexión en el declive del trillo, extremo que era ya imparable en los pueblos de La Rioja, donde no vendieron ningún trillo, y que se hace también patente, en el caso del labrador que vende los trillos que ya no usa a otros labradores menos pudientes, e incluso a los propios briqueros.

Otro ejemplo de lo que ocurría es lo que contaba Martín Lobo, que observó un día en Villamayor de Campos, allá por el año 1962 (Lobo San Germán, 2019), cómo un matrimonio, que era propietario de una cosechadora, viajaba por Tierra de Campos haciendo demostraciones de cómo funcionaba la maquinaria. El matrimonio viajaba cómodamente, en compañía del conductor de la cosechadora y de un mecánico, y se hospedaban en cómodas pensiones, no como los briqueros, que dormían en el portalón de mugrientas posadas. Todo ello, era sin duda preludio de que el mundo de los trillos y todo lo que significaba tenía los días contados.

Capítulo 7.
Testimonios de trilleros

7.1. Teodora San Atanasio

El centro de distribución de esta familia de trilleros era el pueblecito de Villalmanzo, situado a dos kilómetros de Lerma, al que llegaban después de dos jornadas en carro con parada en Campillo de Aranda. Desde Villalmanzo distribuían sus trillos por toda la comarca.

Vamos a resumir aquí un artículo firmado por Ana Rosa Zamarro, aparecido en la revista *El Cantal*, en el que Teodora San Atanasio cuenta cómo transcurría la vida de un trillero. El artículo se titula «Trilleros, trillos de piedra» y relata la vida de una familia trillera descendiente de abuelos criberos y es un homenaje a los buenos recuerdos que tiene Teodora San Atanasio, que nos cuenta cómo pasaba los días en su niñez (Zamarro A. R., *Los trilleros, trillos de piedra*, 2005, pág. 16).

Dice, no obstante, que la vida de antes era muy dura, por el frío y por estar tantas horas trabajando, por la falta de comodidades y la escasez de alimentos, pero… como muchos otros trilleros de su edad, a pesar de lo dura que era la vida, echan de menos ese continuo ir y venir de pueblo en pueblo, la venta de trillos, cribas, etc., y la sensación de libertad que desprendía todo aquello. También echan de menos las noches que dormían en el carro, a la luz de las estrellas, con el rumor del río como música de fondo.

A finales de agosto, se desplazaban a Tordoma (Burgos), y en las cascajeras del río Arlanza pasaban el mes sacando piedra, desde el amanecer hasta la caída del Sol. Su hermano menor y ella recogían los cantos que valían para los trillos y se los dejaban a los mayores, para que, con la piqueta, le dieran los oportunos golpes para obtener, en las chinas, el filo cortante válido para empedrar.

Así pasaban los días hasta finales de septiembre en los que, con el trabajo terminado, alquilaban una camioneta para llevar la piedra hasta Cantalejo mientras en el carro iban ellos y sus aparejos.

Para pasar el invierno hacían muchos oficios. Su padre, Alejandro, era muy activo, «un vividor» según decían, siempre dispuesto al negocio que se le ofreciera. Lo primero era preparar la madera y los cabezales para fabricar los trillos, pero en el trato de la madera también compraba para hacer taburetes y los aros de las cribas, que con el torno daba forma, para poder vendérselas a los criberos.

También preparaba sierras de hierro para vendérselas a otros trilleros que hacían trillos de piedra y sierras, aunque él solo hacía trillos de piedra. Eso no impedía que eventualmente pudiera comprar camiones de naranjas, o de pescado, que luego vendía en el portal de su casa o en la plaza. Incluso compró algunas veces piaras de cerdos negros en Salamanca, que luego vendía por los pueblos para la matanza.

Mientras tanto, apoyadas en las fachadas de las casas, estaban las tablas de los trillos expuestas al sol para que se secaran. Transcurrido el tiempo necesario, se agrupaban las más similares en calidad y dimensiones, se numeraban y se rayaban señalando las hileras que había que escoplear.

Una vez que tenía todo organizado, a primeros de enero, empezaba la época de escoplear. Después se ensamblaban los trillos, se cepillaban y se procedía al empedrado, que en el caso que nos ocupa se hacía con piedra negra del Río Arlanza, aunque otros utilizaban la llamada de pedernal o sílex que se cogía en la montaña de Cuenca y Guadalajara y era blanca, o la costera de la Tierra de Tejares, que era roja.

Tanto el escoplear como el empedrar originaba en el barrio un sonido que parecía tener ritmo, al chocar la madera del mazo con el hierro del escoplo o al clavar la piedra e introducirse en la madera.

A finales de abril preparaban el carro y los trillos que habían fabricado, tanto los empedrados como los que no lo estaban, y antes del uno de mayo, coincidiendo con la feria de Lerma, se desplazaban a Villalmanzo, donde alquilaban una habitación con derecho a cocina y una cochera para meter todo el material que traían. En dicho pueblo aún les recuerdan con cariño, como lo demuestra el libro que recibió Teodora a principios de 2019 de parte de sus autoras: Nieves Cabo Zamorano y Vega García Merino, que lleva por título *Villalmanzo, mi propia historia es la historia de Villalmanzo*, en el que se dice textualmente:

> En mayo-junio llegaban los trilleros y se quedaban hasta agosto. Los que más nos frecuentaban eran los «Foliques» el tío Alejandro y su mujer Leonor, acompañados de sus hijos Alejandro, Aniceto, Teodora y Eutiquio (este era el más gamberro de todos). Cuando llegaban iban al río a sacar piedras para empedrar los trillos. Primero venían en carro, siempre cargado de trillos, pero con el tiempo cambiaron su medio de transporte por una furgoneta (Cabo, 2011).

Las mejores ventas se hacían en el mercado de los miércoles, en Lerma, dedicando el resto de la semana a repartir los trillos que se habían vendido y a comerciar con todo aquel que accediera al trato. El tiempo restante se dedicaba a empedrar los trillos que estaban sin terminar y a reponer las chinas de los trillos viejos que les habían encargado reparar.

Su madre se quedaba en la posada preparando la comida, cosiendo, lavando la ropa y, una vez por semana, haciendo el pan. Para que luego digan que el pan está duro, antes se hacía una vez a la semana, o como mucho, se ponían de acuerdo dos familias para hacerlo dos veces por semana y que así estuviera más tierno.

Estos días no los olvida y, a sus 68 años, sigue juntándose con las amigas del colegio, una vez en verano, para rememorar aquellos tiempos, aunque la emoción y los nervios que sentía cuando llegaba agosto y volvía a las fiestas de su pueblo es una sensación que no ha vuelto a sentir. Las carreteras parecían romerías, pues todos volvía alegres de «hacer el verano».

Así pasaron los años y, hasta después de casada, recuerda cómo dos de sus hijas se sentaban a su lado cuando empedraba y le pedían que con el sonido del martillo les cantara una canción y... contando todo esto, le vienen a la memoria tantas anécdotas... Y triste, comenta, que ya no se ven labradores trillando, ni trilleros viajando con sus carros, pero sí se le ve al trillo, aunque solo sea como adorno y decoración.

7.2. La piel del caballo

En esta historia nos basamos en las vivencias personales de Paulino Zamarro, uno de los autores de este libro y por lo tanto fuente de primera mano:

La historia comienza a mediados del verano de 1951, es decir, en mayo, según el particular cómputo de los briqueros, que salían a buscarse la vida en cuanto llegaba el buen tiempo vendiendo trillos, cribas, harneros, medias fanegas y otros aperos de labranza fabricados durante el invierno, y arreglando los trillos y demás utensilios que estuvieran estropeados.

En aquel tiempo, mis padres tenían un pequeño carro con el que recorrían los pueblos de Segovia arreglando somieres, empedrando algún que otro trillo que se pusiera por delante, comprando pieles, trapicheando o haciendo cualquier otra cosa que les proporcionara algún ingreso. El carro se lo habían comprado a crédito a Ceferino de Diego, al que pensaban pagárselo al finalizar el verano si las cosas iban bien, aunque ese año solo pudieron pagarle la mitad.

Al llegar a Turégano nos sorprendió una francesa con un *cochazo* de los que no habría entonces más de dos o tres en España y una de las primeras cámaras para hacer diapositivas a color, Kodak Ektachrome, pidiéndonos permiso para inmortalizar una estampa que en Francia ya había desaparecido, pero que en España aún perduraría durante casi dos décadas. La *madame*, al regresar a su país, tuvo la gentileza de enviarnos una copia, que es la que podéis ver en la plaza de Turégano (foto página 138) junto al actual hostal llamado «El Zaguán». En la foto, mi padre lleva un muelle en la mano, de los que llevaban los somieres antiguos, con el que anunciaba su actividad, y mira hacia otro lado, mostrando poco interés por la cámara. Mi madre sonríe, mirando directamente al objetivo y yo estoy allí, cobijándome un poco en las faldas de mi madre. El que está más interesado en la foto, como sabiéndose protagonista, es el burro, que mira decididamente a la cámara. Y aún hay otro personaje dentro del carro, durmiendo plácidamente en su cuna, que es mi hermano Justo, con apenas tres meses de edad.

De todas formas, también hubo algún golpe de suerte, pues al llegar a Cantimpalos y disponerse en la plaza a arreglar los somieres que les habían encargado, la posadera se dio cuenta de que las herramientas que llevaban no eran las más adecuadas y les dijo: «mire usted señora, tengo aquí las herramientas que me ha dejado un señor que arregla somieres para que se las guarde, si quiere puede usted ver si le pueden servir para trabajar mejor».

Mi madre, que era muy apañada, miró aquellas herramientas y enseguida se fijó en un gato con una especie de uña que se adaptaba muy bien a los perfiles metálicos y en unos ganchos que aparentemente no servían para nada pero que, al probarlos, comprobó que, junto con el gato, eran de gran utilidad para tensar las telas de los somieres. Se fue al herrero del pueblo y le encargó un gato y unos ganchos iguales. A partir de ese momento el trabajo fue mucho más fácil.

Ganchos para tensar las telas de los somieres.

Seguimos por aquellos pueblos, trabajando donde se podía y continuando camino cuando ya no había nada más que hacer, llegando algunas jornadas más tarde a Valverde del Majano. Allí, mi padre, que estaba un poco harto de aquel perro negro con un rodal blanco en la cabeza al que llamaba Cadelo[16], que se cruzaba con todos y cada uno de los escasos coches que circulaban entonces por la carretera, se lo regaló al dueño de la posada de Valverde, que mostró interés por él, siguiendo después camino hasta llegar a La Pradera de Navalhorno, más allá de La Granja de San Ildefonso, junto a Valsaín, ya en el límite con la sierra, donde el pobre pollino se hubiera visto mal para proseguir su andadura.

No había mucho trabajo que hacer en aquel pueblo, del que desde mis cuatro años aún tengo grabada en la memoria la imagen de una pequeña fuente de piedra, en la que últimamente he recogido agua con cierta frecuencia, y la de aquel caballo muerto, cuya piel arrancaron tras arduo trabajo entre mi padre y mi madre, sobre todo ella, ya que mi padre, al faltarle una mano que había perdido en la guerra, no podía ayudar mucho.

Un paisano que andaba por allí le dijo a mi padre: «no tengo trabajo para vosotros, pero, si queréis, ahí hay un caballo muerto abandonado por su dueño: podéis quitarle la piel y venderla, pues de otra forma se pudrirá y nadie la aprovechará».

No es fácil desollar un caballo. Primero se hace un corte en la tripa, procurando que no se esparzan los intestinos, por las molestias y el olor que esto supone, después se va tirando poco a poco de la piel para separarla de la carne, alternando los suaves cortes del cuchillo o de una afilada piedra de sílex con los golpes dados sobre la carne próxima con una piedra redonda con el fin de ablandarla y facilitar la separación de la piel, tarea que se ha de hacer con sumo cuidado para no dañarla. Después se desuellan las extremidades y el cuello, despreciando normalmente la piel de la cabeza, luego se le da vuelta al animal sobre la parte desollada y se continúa la operación por el otro lado.

[16] En gacería, «cadelo» significa perro.

El trabajo duró toda la mañana e incluso parte de la tarde, no parando para comer hasta que estuvo terminado, sintiéndose mis padres muy contentos por los cincuenta o sesenta duros que podían obtener por la piel en Segovia. Pero, una vez estuvo terminado el trabajo y cuando la piel se estaba secando sobre la hierba, llegó el dueño del caballo y sin decir nada se llevó la piel. Hubo que buscar al dueño, que le ofreció a mi padre tan solo cinco duros por el trabajo realizado (diez duros después de ir al cuartelillo de La Guardia Civil y explicar lo sucedido). «Lo tomas o lo dejas» fueron las últimas palabras de aquel desaprensivo que se aprovechó del trabajo ajeno, aunque fuera verdad que el caballo había sido de su propiedad, pero que, al estar abandonado, ya no le pertenecía. También podría haber aparecido a media faena y negociar un precio por el trabajo, pero prefirió que la operación hubiera concluido para ofrecer una miseria sin posibilidad de apelación, porque, como dijo La Guardia Civil: «mejor será que coja usted el dinero que le ofrecen, ya que si se mete en pleitos tendrá muchas molestias y es posible que además no obtenga nada».

A veces, recordando esta escena me he emocionado y hasta se me han saltado las lágrimas, por la impotencia que como niño sentí al no poder hacer nada ante la dura realidad de ver cómo el poderoso siempre se aprovecha del débil, poniéndole incluso el caramelo en la boca de una implícita recompensa, que le es arrebatada cuando cree estar a punto de conseguirla.

A la vuelta regresamos por Río Frío y pernoctamos dentro del parque, en casa del guarda de la Puerta de Madrona, que se llamaba Germán y que era amigo de mi padre. Ambos habían estado juntos en la guerra y los dos eran mutilados, aunque a Germán no se le notara a primera vista. Hubo que guardar dentro de la casa todo lo que fuera mínimamente comestible, ya que los gamos del parque se acercaban por la noche y lo mordisqueaban todo, incluso los ramales y los cabezales del burro. La mujer de Germán, por ejemplo, no podía dejar la ropa tendida en el exterior durante la noche porque también se la comían. Recuerdo también cómo el arroyo de Río Frío atravesaba la valla que cercaba el recinto del parque, en la que una reja de hierro permitía el paso del agua, pero no el de los gamos.

Aquella noche que íbamos a pasar allí se convirtió en tres o cuatro días que fueron muy provechosos para mis padres, ya que al enterarse en el Palacio Real de Ríofrío de que en casa de Germán había una familia que arreglaba somieres, les encargaron que arreglaran todos los que estaban rotos en el palacio.

Unos diez o doce días después regresamos a Cantalejo y cuál no sería nuestra sorpresa al ver a Cadelo en la puerta esperándonos junto a la abuela. Se conoce que no le gustó el sitio donde lo dejamos y… en cuanto tuvo ocasión, optó por regresar al lugar que reconocía como su casa.

Gregorio Zamarro, Concesa Sanz y Paulino Zamarro Sanz (niño), uno de los autores de esta investigación, 1951

7.3. Maturina

Para esta historia nos hemos basado en un relato del libro titulado *Leyendas de Segovia* a la cual le he añadido algunas cosas (Zamarro P. , 2016). La historia de este briquero, que solía moverse por tierras de Salamanca, se puede resumir así:

«¡Maturina, Maturina, no vuelves más al verano!». Esta era la frase que se hizo popular en Cantalejo a partir de las fiestas de 1943, cuando, a la vuelta del verano, su marido, Juan *Pacetas*, no hacía más que repetirla por todos los bares y rincones del Vilorio.

Cantalejo en aquel tiempo era un pueblo seminómada con una pujante industria artesanal que, a mediados de agosto, una vez recogidas las mieses en los campos de Castilla y el retorno de los briqueros y chifleros, que habían estado diseminados durante el verano por toda España, culminaba un nuevo ciclo de afanes, trabajos y esperanzas con la celebración de las fiestas patronales de Nuestra Señora de la Asunción y de San Roque. Aunque después de las fiestas se iniciara una segunda diáspora para terminar los trabajos y negocios que habían quedado interrumpidos momentáneamente y sobre todo para cobrar los trabajos que habían quedado pendientes.

Juan estaba muy contento, durante los últimos meses había logrado vender todos los trillos que él mismo, junto con sus hijos, había fabricado durante el invierno en las portadas de su casa e incluso otros muchos facilitados por otros artesanos, amén de cribas, harneros, medias fanegas y demás aperos de labranza que constituían la artesanía tradicional del pueblo. Todo ello completado por el rechinado de los trillos viejos, o no tan viejos, que habían perdido muchas piedras, las cuales había que reponer para recuperar su eficacia.

Todo el mundo deseaba expresar su alegría, corría el «bayorte» con generosidad por todos los

rincones del Vilorio, los agricultores establecidos en el pueblo habían recogido también sus cosechas y los recién llegados venían con ganas de festejar la campaña. Todos contaban sus anécdotas, al final de las cuales siempre se oía repetir: «Maturina, Maturina, no vuelves más al verano», ya que no solo lo decía Juan, ahora lo repetía todo el pueblo como coletilla, y Maturina llegó a enfadarse con su marido por lo que ella consideraba algo sin importancia, pero que, en cualquier caso, no debía haberlo contado.

Aquel año aún se celebraban los toros en la plaza de los Novillos, que es donde tradicionalmente tenían lugar los festejos, con la presidencia en su confluencia con la calle de los novillos. Tal ubicación se trasladó en 1947 a la plaza de España, por su mayor amplitud y para facilitar el incipiente tráfico de vehículos a motor por la carretera de Segovia, aunque dicha plaza tenía un inconveniente, y es que en el centro había una farola que si la tocabas te daba calambre, y más de un toro se estremeció al rozarla accidentalmente. A partir de 1952 los toros se celebraron en la plaza del Corral del Señor, más tarde en los terrenos de Don Conrado y después en su ubicación actual, que primero fue una plaza portátil fijada al terreno, con capacidad para 2800 espectadores (*El Adelantado de Segovia*, 1957) y que finalmente se convirtió en el flamante coso taurino actual, con un aforo de 4000 espectadores.

La construcción de la plaza de toros se realizó como siempre: sorteándose los tablados entre los vecinos dispuestos a colaborar, ocupándose cada cual de construir el trozo que le había correspondido, e invitando más tarde a los festejos a familiares y amigos. El ayuntamiento se reservaba un tablado que sería de pago, cerrando la calle de los novillos, cerca de la cual se instalaban los chiqueros. La parte de abajo de los tendidos quedaba para que pudieran ocuparla aquellos vecinos que no disponían de sitio en los tablados.

Pero ¿qué le había pasado a Maturina? ¿Por qué estaba tan molesta con la frasecita? Y… ¿por qué se reía todo el mundo al repetirla?

Pues bien, esto es lo que sucedió: Maturina se quedaba todos los años en casa cuando su marido se iba al verano y estaba deseando acompañarle, pues le parecía que todo lo que contaba era muy interesante, así que ese año le convenció y salió con él en el último viaje que hizo antes de las fiestas, pero interrumpiéndole cada dos por tres diciéndole: ¡Juan, para el carro que tengo que hacer pis!, y Juan paraba, Maturina se escondía detrás de un pino o de una zarza, hacía pis, se volvía a subir al carro y seguían el camino. Pero, tantas veces fueron las que tuvo que pararse para hacer pis, y el pobre Juan quedó tan harto de aquellas innumerables paraditas, que le dijo y le repitió una y mil veces por el camino: ¡Maturina, Maturina, no vuelves más al verano!, y efectivamente esa fue la primera y la última vez que le acompañó.

7.4. Fausto de Lucas

Esta historia está basada en las cosas que contó su nieto, ocurridas durante los tres años que duró la Guerra Civil.

Comenzaremos por el viaje, que se inicia a finales de abril de 1936:

Por fin, después de cuatro largas jornadas, el carro en el que viajaban Fausto y su familia llegó a la posada de Cabezamesada en Toledo, que estaba situada en la plaza del pueblo. Habían salido

de Cantalejo el 25 de abril, día de San Marcos, y tras hacer noche en Santo Tomé del Puerto, Torrelaguna, Torrejón de Ardoz y Villarejo de Salvanés, habían llegado a su destino.

Allí tenían pensado estar durante cuatro meses, vendiendo trillos y cribas y empedrando lo que se pusiera por delante y regresar al pueblo por las fiestas de agosto, pero el destino quiso que se tuvieran que quedar durante mucho más tiempo.

Este año habían tenido suerte, el tiempo había sido espléndido y no habían tenido ningún contratiempo. Los días fueron soleados y las temperaturas agradables, aunque por las noches hizo un poco de frío, pero soportable.

La llegada del trillero a Cabezamesada era todo un espectáculo, con el carro repleto de trillos, cribas y otros aperos de labranza. Encabezaba la comitiva «el briquero» tirando del ramal del mulo y, a su lado, Juana, su mujer, de cuya saya no se desprendía María Luisa, la menor de la familia, y justo detrás de ellas su hermana, Laura, siguiendo sus pasos. Detrás del carro, agarrado a la barra del freno, por si hubiera que usarlo en algún momento, se encontraba Joaquín, un jovencito desgreñado que a muchos les parecía un *pansinsal*, pero que era un lebrel que se enteraba de todo.

Nada más entrar en la plaza, avistaron al fondo la posada, donde se venían alojando verano tras verano, y en su puerta la señora Martina, la posadera, mujer oronda y que rebosaba simpatía, pudiéndose apreciar, a pesar de la distancia, sus mejillas rojas cual cresta de *carlista*[17].

Martina y Miguel, el posadero, un hombre recio y con grandes entradas, que se tapaba con una boina sin capar, les recibieron amablemente y después de los saludos pertinentes les mostraron los aposentos en los que se iban a alojar.

—Bueno —les dice Miguel, dirigiéndose al matrimonio—, ya está preparada la habitación de siempre para vosotros, en la alcoba pequeña hemos puesto solo una cama para las chicas, si viniera tu sobrina nos avisas y ponemos otra, al chaval le va a tocar dormir unos días en el pajar, mientras dure la feria, luego ya le preparamos otra habitación, ¡espero que no le disguste al mocete!

Joaquín intentaba disimular su alegría, si por él fuera pasaría todo el verano en el pajar, pues si bien no era el lugar más acogedor del mundo, en cambio, le proporcionaba una libertad de movimientos que no tendría cuando durmiera en la posada. Le gustaba hacer escapadas al anochecer y esconderse cerca de la fuente, donde se acercaban las mocitas con los cantaros de agua para llenarlos y de paso *pelar la pava* con sus pretendientes, le divertía imaginar qué se decían los enamorados. De vez en cuando, alguna pareja desaparecía en las sombras que proporcionaba la alta torre de la iglesia, hasta que alguien daba el *queo* por la llegada de alguna madre que, preocupada por la tardanza de su hija, se acercaba hasta la fuente con otro cántaro para disimular. Y entonces volvían las parejas desaparecidas, ellas atusándose las vestiduras y ellos desapareciendo por las calles cercanas, excepto los ennoviados formales, que sonreían recordando que no hacía mucho eran ellos los que corrían.

También disfrutaba escuchando los sonidos del pajar, que se encontraba sobre las cuadras del ganado, escuchando el ulular de la lechuza al acecho de algún roedor, en competencia directa

[17] Carlista: gallo en gacería.

con los gatos que por allí rondaban, a los que era imposible detectar. En las noches de bochorno le gustaba dormir al raso, observando las estrellas, y dormirse arrullado por el canto de los grillos y las ranas.

De repente, su padre le sacó de estos pensamientos diciéndole:

—A ver, Joaquinete, ahora llevas el carro al corral, le aseguras bien con los tentemozos[18], sueltas la mula y la llevas a la cuadra, le das agua, trigo y un poco de paja y cuídala que se ha portado muy bien.

Le decía esto mientras observaba a la mula que Fausto le había comprado el invierno pasado a su cuñado Aquilino, que era tratante de ganado, que le vendió esta mula burreña de cinco años y capa negra, que según le comentó Aquilino, no tenía ni tacha ni vicio alguno, virtudes que pudo comprobar en este su primer viaje, pues apenas tuvieron que enganchar al «morgas», una mula roma de diez años, la otra mula que tenía la familia. La mula nueva valía mil quinientos reales que tendrían que pagar por ella a su cuñado, que les había hecho el favor de permitir que se la pagaran en dos veces. El primer pago sería el día de San Luis de este año y el segundo por Santiago del próximo.

—Después te acercas a la cocina a comer, mañana descargaremos y dejamos en el carro un trillo grande y los dos pequeños que hicimos para el sacristán, que se los llevaremos a primera hora.

El joven asintió con la cabeza y salió corriendo a cumplir el mandato de su padre.

Al día siguiente, empezaron a distribuir los trillos que tenían encargados y a establecer contactos con los labradores en eras y mercados. Acabaron con todas las existencias que llevaban y recibieron nuevos trillos y otras mercancías procedentes de Cantalejo en la estación de El Romeral.

Cuando no vendían trillos estaban empedrando en las casetas de los agricultores y así por más de dos meses. La vida les iba muy bien, el verano les estaba siendo muy provechoso y se las prometían muy felices. Le podrían pagar la mula a su cuñado Aquilino en un solo plazo y les quedaría dinero para poder pasar el invierno holgadamente, pero en julio estalló la Guerra Civil y todo se vino abajo.

Se les acabó el suministro de material procedente de Cantalejo, ya no recibirían más trillos en la estación de El Romeral. De momento siguieron alojados en la posada de Cabezamesada y empedrando trillos viejos en los pueblos de la comarca, esperando que la situación se aclarase y poder volver al Vilorio, pero la cosa iba para largo y se quedaron aislados durante mucho tiempo.

Con la llegada del invierno cambiaron su residencia a Villacañas, donde esperaban encontrar más oportunidades de comercio y trapicheo, y allí nació su quinto hijo en 1936, al que pusieron por nombre Manuel. En la posada de Villacañas estuvieron durante los dos años y medio siguientes, hasta que, a primeros de abril de 1939, pudieron por fin volver a casa, con los bolsillos prácticamente vacíos, pero contentos de haber sobrevivido a la tragedia.

[18] Tentemozos: palos que cuelgan del pértigo del carro y, puestos contra el suelo, impiden que aquel caiga hacia delante.

Durante su estancia en Villacañas compraron y vendieron de todo, aunque casi siempre se hacía al trueque, ya que mucha gente no disponía de dinero y así unos les daban judías por su trabajo, otros les daban trigo, etc. Mercancías que a su vez ellos cambiaban por lo que iban necesitando o para pagar la posada.

También hicieron un viaje a Gascueña, en Cuenca, con objeto de obtener el pedernal necesario para empedrar los trillos, donde se encontraban solos, ya que los pedreros de Cantalejo se habían quedado al otro lado del frente. Se quedaron durante quince días, haciendo acopio de grandes bloques de sílex, de 30 o 40 kg, de los que poder sacar después lascas de sílex en Villacañas.

Con el trabajo de empedrar salieron adelante durante todo el tiempo que duró la guerra. Salieron comidos por servidos, pero se mantuvieron con el producto de su trabajo. Tuvieron suerte de que nadie se metiera con ellos, ya que mucha gente tuvo problemas por envidias, denuncias falsas, etc., y siendo forasteros, la probabilidad de caer en desgracia era aún mayor.

7.5. Ana María Sanz Gómez

Merece la pena incluir aquí el testimonio de una trillera que salía con sus padres a vender trillos por la zona de Salamanca, donde establecían su residencia durante más de tres meses. Para ello tenía que dejar la escuela unas semanas antes de terminar el curso, aunque, como dice Ana, «no se perdían muchas oportunidades, porque en aquel tiempo no las había. No había otro horizonte más que este tipo de vida y era a lo que estábamos acostumbrados» (Sanz Gómez, 2019).

Lo primero que se le viene a la cabeza, cuando piensa en aquellos viajes de trabajo, «son las noches que pasaban durmiendo en una saca de paja en los portales de las posadas, para lo cual, cuando llegaba la hora de dormir, cogías la saca que llevabas en el carro, te ibas al pajar y la llenabas de paja hasta la mitad, luego la colocabas en un rincón de la posada y así pasabas la noche acurrucada. Las sábanas y las mantas las llevábamos nosotros también en el carro.

«Cenábamos por la noche en la posada y preparábamos la comida del día siguiente, que comíamos casi siempre en frío, para aprovechar mejor el tiempo empedrando y vendiendo trillos por los pueblos. Si la posada no estaba demasiado limpia, mi madre solía preparar huevos cocidos y un puchero con alubias y tocino. Otro plato típico de los briqueros, que lo comíamos con frecuencia por su sencilla ejecución, era el famoso "empedrado", consistente en un guiso de patatas con arroz y bacalao».

Cuenta que recorrían siempre los mismos pueblos y se relacionaban con las mismas gentes, con las que llegaban a establecer verdaderos lazos de amistad, aunque todos los años conocían a nuevas personas: «En los pueblos, mientras mis padres hacían tratos y empedraban los trillos, yo me iba a jugar con las niñas del pueblo y tenía muchas amigas.

»En numerosas ocasiones, aprovechábamos los ratos en los que los labradores soltaban los machos para que comieran y descansaran, para empedrar los trillos y volver a usarlos a la carrera. Bebíamos agua del botijo que llevábamos en el carro, que lo llenábamos en la fuente del pueblo. También llevábamos en el carro una hoz y un saco, que lo llenábamos de hierba cuando se presentaba la ocasión, para que comieran los machos.

» Además de vender trillos, nuestra actividad principal era empedrar los trillos usados y reponer las piedras que se habían perdido. Esto nos reportaba un buen beneficio.

» Cuando regresábamos al pueblo veníamos muy contentos, porque además coincidía que llegábamos a las fiestas de agosto y anunciábamos nuestra llegada chiscando las trallas de arrear a los machos, para que los que estaban en el pueblo supieran que ya estábamos de vuelta».

Todavía hoy, es tradición en el pueblo que los quintos del año (los que cumplen dieciocho años) se hagan con una tralla y salgan a *chiscarla* todas las noches desde el uno de agosto y hasta fin de las fiestas, para simbolizar y recordar aquellas vueltas a casa de los trilleros que regresaban a Cantalejo ansiosos de llegar a su hogar y celebrar las fiestas con vecinos, familiares y amigos.

«Cuando estaba en el pueblo, además de cuidar de mi hermana pequeña, me ocupaba de echar de comer a las gallinas, de salir al campo a buscar espigas para los pollos, etc. También me hice un curso de corte y confección.

» Dejé de salir al verano con mis padres en el año 1961, cuando cumplí los dieciocho años. Por entonces, el declive de los trillos era más que evidente y había que buscarse la vida por otro sitio, de modo que emigré a Francia, aunque solo lo hice un par de años y durante los tres meses de verano. Me había cansado un poco de ir al verano y prefería estar durante ese tiempo en aquella fábrica de asientos para automóviles de Estrasburgo.

» Ahora, cuando recuerdo aquellos años, siento añoranza de aquella vida. Hace poco estuvimos recorriendo los pueblos por los que íbamos con los trillos: Pedrosillo Ralo, Cantalpino, Valverdón, etc., y me hizo mucha ilusión volver a verlos, ya que fue una importante etapa de mi vida.

» En cuanto a la gacería, la utilizábamos entre nosotros. Podíamos decir, por ejemplo:

» Nos botábamos con el rodoso a enchiflar por los vilaches. Botábamos a los talones y pulíamos la zarrapeida de estoba para sornear. Pulíamos la cortosa, el zarrapeiro y la guiñosa para misir los mandorros. En los talones urniacos, puliamos tutos quillaos por ura para misir, pulíamos el piñato, las mochetas, el zuzón y el artón para minchar.

» Que significa que íbamos con el carro a empedrar trillos por los pueblos. Íbamos a las posadas con la saca para dormir. Teníamos la hoz, el saco y la hierba para comer los machos. En las posadas sucias teníamos huevos cocidos y el puchero con las alubias, el tocino y el pan para comer.

» Y muchas palabras más que me vienen a la memoria, como: alcarria (aceite), ordalla (carne), cigüetos (calzoncillos), meca (oveja), grofa (asadurilla), filosa (camisa), centinela (arroz), ura (agua), picantero (pollo), bayorte (vino), correosa (bota), siona (mujer), muy (lengua), etc.

» La vida era muy dura y a veces teníamos que dormir en sacas, compartiendo habitación con otros arrieros y a nuestro padre no le gustaba que sus hijas tuvieran que pasar la noche en compañía esa gente, pero… ¡no había otra cosa!» .

Entonces, como bien refiere la poetisa M.ª Asunción Álamo Calvo, (Álamo, 2009, pág. 12):

Durmiendo en sacas de paja,
o la luna contemplando.
Y las mozas al rincón,
por si había algún galápago
que abusar quisiera de ellas.
¡Siempre el padre vigilando!

7.6. Elena, Maruja y Camilo

Aunque ya lo habíamos comentado someramente, vamos a incluir aquí íntegramente la conversación mantenida con Mariano de Lucas San Antolín (Antolín, 2019), que nos habla de su hermana Elena y de la relación que tuvo en Pareja, Guadalajara, con el escritor Camilo José Cela, el cual, refiriéndose a este pueblo, dice que había en la plaza una fuente de varios caños y una olma vieja, con la peculiaridad de que los caños de la fuente estaban en el centro de un pilón y las mozas tenían que llevar una caña hueca para acercar el agua al cántaro y poder llenarlo (Cela, *Viaje a la Alcarria*, 2010, pág. 190).

Fuente en Pareja, dibujo de Amalia Cayetano Rodríguez.
Fragmento de Viaje a la Alcarria de Camilo José Cela.

Hola Mariano, aprovechando que eres hermano de Elena, uno de los personajes de la novela de Camilo José Cela *Viaje a la Alcarria* publicada en 1948, me gustaría hacerte algunas preguntas sobre la relación que tuvo tu hermana con Cela y qué hacíais vendiendo trillos en Pareja.

Pregunta: ¿Cómo es que os encontrabais en Pareja?

Respuesta: Pues verás, yo aún no había nacido, pero mis padres (Justo y Justa) se dedicaban al oficio de los trillos, que era la industria de Cantalejo y para poder hacerlos se precisaba el pedernal (sílex) que veníamos a recoger en las canteras de Pareja, Córcoles, Tabladillo y Casasana.

Y... ¿qué hacíais después con la piedra?

Después de prepararla y cortarla en pequeñas lascas afiladas, la mayor parte se la vendíamos a los trilleros de Cantalejo para empedrar sus trillos. El resto lo utilizábamos nosotros para empedrar los nuestros.

Y... ¿cuándo hacíais vuestros trillos?

Los hacíamos en Cantalejo, de diciembre a mayo. Si no teníamos tiempo para hacer todos los que queríamos, el resto los comprábamos. Después, los trillos ya terminados, nos los llevaban a Pareja en camiones y los guardábamos en un almacén.

¿Cuánto tiempo pasabais en Pareja?

Unos siete meses al año, cuatro preparando la piedra (de septiembre a diciembre) y otros tres vendiendo los trillos (de mediados de mayo al diez de agosto). Los trillos los recogíamos del almacén y con el carro los llevábamos por toda la comarca para venderlos.

Sí, pero con esto de los trillos, nos estamos olvidando de tu hermana y su relación con Cela.

¿Cómo conoció Elena a Camilo?

Mis padres estaban «haciendo el verano» y su centro de operaciones era Pareja, donde se hospedaban, como todos los años, en la Posada de María Alonso, situada en la plaza principal del pueblo. María, o Maruja, como la llamaban todos, era una jovencita dos años mayor que Elena y la gente pensaba que eran hermanas, por lo bien que se llevaban y porque Elena se pasaba allí siete meses al año ayudándola en las tareas domésticas. En esto que, en la mañana del 10 junio de 1946, se presentó Camilo José Cela en la posada, se hospedó y después de la cena entabló conversación con ellas.

Y... ¿de qué hablaron tu hermana y Camilo?

Pues de todo un poco, de cómo y por qué estaba allí, de cómo se hacían y comercializaban los trillos, etc. Aunque todo eso ya te lo he contado antes.

¿Se habla mucho de los trillos en la novela de Cela?

No... ni siquiera los menciona, aunque en la dedicatoria que le hace Cela a Gregorio Marañón en su primera edición, dice que:

«Fui siempre apuntando en un cuaderno todo lo que veía, y esas notas fueron las que me sirvieron de cañamazo para el libro» (Cela, *Las botas de siete leguas. Viaje a la Alcarria*, 1948), notas que también le debieron servir a Francisco García Marquina (amigo personal y gran conocedor de la obra de Cela) para escribir su *Guía del Viaje a la Alcarria*, donde sigue el rastro de los personajes más característicos de la obra de Cela y dice que Elena «es de Cantalejo, el pueblo segoviano donde se fabrican los famosos trillos y que viene todos los veranos con su familia —que son pedernaleros de oficio— a hospedarse en esta fonda, donde ya es tan familiar que ayuda a María en las tareas domésticas» (García, 1993, pág. 74).

De lo que más se habla en el libro es del encuentro en la posada entre Cela, Elena y Maruja, que debieron charlar largo y tendido después de la cena, y de cómo Elena echó de la posada a Camilo, por exceso de confianza y por algo inconveniente que este le dijo a Maruja, extremo que no se aclara suficientemente en el libro, aunque lo que sí se especifica es lo que le dijo Elena a Camilo al ver llorar a Maruja:

—¿Qué le ha dicho usted a mi hermana? —Su voz, antes bellamente opaca, suena ahora con un timbre metálico odioso.

—Yo…

Elena le interrumpe, no le deja hablar.

—Usted coge su morral y se va. ¡Como hay Dios! Me debe usted catorce pesetas. (Cela, *Viaje a la Alcarria*, 2010, pág. 195).

Y Camilo se fue a dormir a un tejar que había a la orilla del arroyo Empolveda.

Y sobre la gacería, ¿dice algo Cela sobre la gacería?

No, tampoco dice nada, pero Francisco García Marquina continúa diciendo en su libro, que «los "pedernaleros" (chifleros en la jerga gacería del pueblo de Cantalejo) buscan la materia prima para los trilleros, y venían siempre a esta zona porque había buenas canteras en Tabladillo, Córcoles y Casasana, de un excelente sílex blanco que iban tallando en pequeñas piezas cortantes» (García, 1993).

Como habrás observado, se dice que los padres de Elena son *pedernaleros* y a continuación los identifica erróneamente con *chifleros*, que en la jerga de Cantalejo, la gacería, significa trilleros, aunque en realidad eran las dos cosas, ya que durante unos meses eran pedreros, o pedernaleros, como dice García Marquina (García, 1993), y después trilleros, fabricando sus propios trillos y vendiéndolos a continuación, completando de esta forma todo el ciclo de la fabricación y venta del trillo.

No obstante, es indudable que Cela se aprendió bien la copla, tanto de los trillos como de la gacería, porque muchos años después, el 26 de enero de 1997, publicó un artículo en *ABC* titulado «Sobre el entendimiento parcelado de la historia», en el que Cela le hace hablar en gacería al mozo Ceferín Cañuto, que, en defensa de su amo don Restituto de Monjotera, se subió a una silla y levantando su copa, dijo:

> Que los manes y las sionas de todos los Vilorios, desde el más pitoche al más pureta, pulamos prosina de sierte filusía, y como luqueños nos botemos a la sierte pota. Siertería briqueros, tras un abril más, se pule la Navidad.

El otro mozo contestatario, el Volusianín Almohana, que era tirando a lila, se alzó airadamente.

—¡Esa no es la fable del héroe Lanuza!

Y el Ceferín se defendió como pudo:

—No, ya lo sé, pero ¿qué quieres que haga?, esa es la del engrullón del Vilorio sierte.

(Cela, «Sobre el entendimiento parcelado de la historia», 1997).

Y... ¿hay algún otro texto de Cela donde se mencionen los trillos o la gacería?

Sí, hay al menos otro pasaje, en su obra *Judíos, moros y cristianos. (Notas de un vagabundo por Ávila, Segovia y sus tierras)*, editada en 1956, en el que menciona Cantalejo y dice que es: «famoso por sus trillos y por sus trilleros... que hablan para entender sin ser entendidos, la extraña jerga que dicen de la Gacería» (Cela, *Judíos, moros y cristianos: Notas de un vagabundo de viaje por Ávila, Segovia y sus tierras*, 1956).

Y... ¿qué fue de Elena y de la industria trillera?

Los trillos empezaron a declinar hacia 1960, y Elena, con su marido y sus dos hijas, emigró a Madrid en 1962. Elena tenía entonces 38 años. Yo, que era el hermano pequeño, también me fui a Madrid con mis padres, aunque luego me casé con una Tureganense y desde hace muchos años vivo en Turégano. Elena sigue viviendo en Madrid.

Capítulo 8.
Homenajes al trillo

8.1. Poemas sobre trillos

Además de los cinco poemas dedicados al trillo, y todo lo que con él se relaciona, compuestos expresamente para este libro y que se incluyen en el capítulo tres, a continuación, se adjuntan otros de distintos autores.

Entre dichos autores, no podía faltar el poema que compuso, en honor de su pueblo, el gran poeta briquero José Rodao y que nos recitó de memoria Teodora San Atanasio. Según Teodora, José Rodao, escribió:

Yo resido en Cantalejo

Yo resido en Cantalejo,
un pueblo muy segoviano,
situado en un llanito
y de pinos rodeado.

En él viven los trilleros
que salimos al verano,
para regresar contentos,
con unos cuartos ganados,

y celebrar nuestras fiestas
junto con nuestros paisanos,
dándole gracias al cielo
por habernos amparado.

Acabado el regocijo,
se reinicia el trabajo,
fabricando nuevos trillos
para el próximo verano.

También hay quien hace mesas,
cunas, taburetes, cribas,
arados, medias fanegas,
y así se ganan la vida.

Al lado de nuestra industria,
vive el labrador sufrido,
que riega con su sudor
la tierra y recoge el trigo.

Este es mi querido pueblo,
convertido hoy en ciudad,
protegido y amparado
por la Virgen del Pinar.

Aunque no podemos asegurar que este poema sea realmente de José Rodao, ya que hemos estado buceando en la antología poética del autor[19] y no hemos encontrado nada parecido. Más bien creemos que es de un autor desconocido, con un primer verso parecido a otro de José Rodao (y de ahí la confusión), al que se le han ido añadiendo cambios anónimos y otros de cosecha propia, necesarios para lograr la rima.

[19] Se han consultado las siguientes obras del autor: (Rodao, Antología de sus versos, 1966), (Rodao, Cantares españoles: cantares del pueblo y cantares de los poetas, 1910), (Rodao, Mis chichillos y yo, 1914), (Rodao, Retazos y fabulistas, versos para los chiquillos, 1922).

José Rodao visitando un taller de cribas, 1924.

Tampoco podía faltar el poema de Pedro Martínez Gómez, nacido en Almohacid del Marquesado (Cuenca) y casado con una briquera que, después de haber trillado en su pueblo con una recua de mulas y más tarde con un tractor como fuerza de tiro, e inspirándose en el Museo del Trillo y en los trilleros de Cantalejo, compuso un extenso poema dedicado al trillo, del que extraemos algunos fragmentos:

La trilla y el trillo

Puede trillar una sola,
pueden dar vueltas en trío,
según cuántos animales
haya puestos en el tiro.

Salen de la parva a veces,
raspando la era en su giro,
y perdiendo pedernales
por tan errado camino.

¡Cuán larga sería la lista
de trilladores dormidos,
de senderos en las parvas,
de arrollones producidos!

.....

He tenido la gran suerte
de conocer Cantalejo,
donde fabricaban TRILLOS,
¡patria chica de trilleros!

Allí nació mi mujer,
en familia de chifleros,
que en múltiples ocasiones
me desveló los secretos,
de cómo se hacen los TRILLOS,
sus virtudes y defectos.

Lo primero que aprendí
fue a nombrar bien los aperos
que fabricaban sus padres…
sus hermanos, sus abuelos.

Y fue que el nombre de TRILLA
que le daban en mi pueblo,
no estaba bien elegido
y era por tanto incorrecto,
pues debe decirse TRILLO,
como lo llamaban ellos,
pero llevo tantos años
diciendo TRILLA, al efecto,
que a mí… no me sale TRILLO,
a pesar de que lo intento.

He conocido medidas,
a lo largo y a lo estrecho,
que se tomaban por cuartas:
grandes, medianos, pequeños.

Y he visto la habilidad
con que manejaban ellos,
esos difíciles trillos,
sobre sus espaldas puestos.

……..

Recuerdo a los vendedores,
que llegaban a mi pueblo
a vender su mercancía
y a arreglar los TRILLOS viejos:
Mariano y Jesús, cuñados,
pelotaris de los buenos.

Y Román con su nariz...
¡Ahora todos están muertos!

Es cierto que también Cuenca
fabricó TRILLOS pequeños,
pero no hay comparación
en tamaño y rendimiento.

TRILLOS de madera y piedra,
TRILLOS viejos y modernos
que habéis vivido arrastrados,
¡cuánta gratitud os tengo!
que disteis pan a mi boca,
que disteis vida a mi cuerpo.

La maquinaria eficaz,
propia de tiempos modernos,
os ha dejado olvidados
como piezas de museo,
pero yo no os olvido...
y os dedico estos versos.

El poema entero se puede consultar en el Museo del Trillo de Cantalejo.

Adjuntamos asimismo otra poesía originaria de Deza, en Soria, donde también llegaban los trilleros de Cantalejo. Su autor es Vicente González Aleza y dice que, después de haber leído algunas poesías de Bécquer, le salió una dedicada a este viejo trillo, dormido en una pared, después de haber cumplido con su deber en las eras de Deza. Dice así:

Al viejo trillo de mi pueblo

Este armazón de hierros y madera
viejo ya y carcomido, al sol tostado,
cansado de rodar allá en la era,
podrido apoya su espalda de costado.

Pero no porque el amo haya querido,
el tiempo fue quien puso en él su huella,
después de que cumplido su destino,
envejecido, declinó su estrella.

No hay lágrimas para contar la historia,
ni elocuentes palabras que volaron,
quedando solamente en la memoria
los trabajos sufridos... ya pasados.

Los caballos que tiraron de este trillo,
al igual que su dueño, ya marcharon,
pues el tiempo va haciendo de rodillo,
y como al trillo, a otros seres arrollaron.

Y no podemos olvidarnos de otro homenaje surgido también en las tierras de Soria, esta vez en Alcozar, donde Antonio Aparicio Pastor y Divina Aparicio de Andrés elogian igualmente al trillo de Cantalejo:

Niños jugando a trillar en Alcozar (Soria).

Trillos de Cantalejo

Por: Antonio Aparicio Pastor

Ya no trillan los trillos de Cantalejo,
los castellanos viejos se fueron lejos.
En las eras florecen las amapolas
y en los pueblos las madres se quedan solas.
¡Trillo viejo y cansado de tu trillar!
prisionero has quedado en algún pajar.
Todos te abandonaron, todos se fueron…
no hay uva en el lagar ni trigo en granero.
Los sorianos compraban en Cantalejo,
sus trillos bien dispuestos, con aparejos.
Los campesinos todos, bien de mañana,
muy prestos acudían a hacer la parva.
Con sus horcas mecían los haces finos,
de cebada, de avena y dorado trigo.
Por la tarde los chicos con los rastrillos,
tras las torcas corrían a hacer castillos.
Y cuando el sol marchaba hacia el horizonte,
en medio de las eras quedaba un monte.
Ya no trillan los trillos de Cantalejo,
porque muchos sorianos se fueron lejos.

(Aparicio A., 24)

Soneto alejandrino a un trillo viejo

Por: Divina Aparicio de Andrés

Quizá mañana alguien te convierta en llamas;
tal vez ya ardiste bajo algún allarín;
o como talanquera te lleven a un redil,
o en un museo ocupes el lugar que reclamas.
Tú, que fuiste en tierras de pan llevar historia,
tú, que cual góndola te meciste entre las parvas,
tú, que viste encanecer de tus amos las barbas,
tú, trillo de Cantalejo, no hallarás la gloria.
Porque ya no quedan trillos en Castilla,
y es que los castellanos nos fuimos a otros lares,
a esparcir por la tierra nuestra semilla.
Mas cuando endurecidos de tantos avatares,
volvemos, añorantes de aquella vieja trilla,
a ti elevamos, trillo de Cantalejo, los cantares.

(Aparicio D., 2020)

Y también merece la pena destacar la jota titulada *Somos segovianas* interpretada por el Nuevo Mester de Juglaría, que dice así:

Somos segovianas

Somos segovianas,
sabemos bailar,
escoplear los trillos,
también empedrar.

Salimos de casa
a ganar el pan,
que siga la murga,
viva el carnaval.

Los hornos trabajan bollos,
estos días sin cesar,
y se empiezan los chorizos,
bien lo vamos a pasar,

Somos segovianas,
sabemos bailar
escoplear los trillos,
también empedrar.

Salimos de casa
a ganar el pan,
que siga la murga,
viva el carnaval.

Quien vio Cantalejo en tiempos
y los pueblos de al redor,
recoger el pensamiento
que de todos es la flor.

Somos segovianas,
sabemos bailar,
escoplear los trillos,
también empedrar.

Salimos de casa
a ganar el pan,
que siga la murga,
viva el carnaval.

Las mozas de este lugar,
no quieren los hombres feos,
por eso cuando se casan,
se las llevan los trilleros.

Somos segovianas,
sabemos bailar,
escoplear los trillos,
también empedrar.

Salimos de casa
a ganar el pan,
que siga la murga,
viva el carnaval.

Adiós Cantalejo, adiós,
adiós, pero no «pa» siempre,
aunque cien años viviera,
cien años vendría a verte.

Somos segovianas,
sabemos bailar,
escoplear los trillos,
también empedrar.

Salimos de casa
a ganar el pan,
que siga la murga,
viva el carnaval.

(Juglaría, 1982)

Vicente Vaquerizo, trillando en Fuenterrebollo.

José Ángel Bravo rechinando un trillo en el taller de su casa.

Todas las labores agrícolas estuvieron siempre acompañadas de cantes, entre los que cabe destacar los cantes de trilla o trilleras, que en Andalucía se expresaban como cantes flamencos, entre los cuales hemos querido recordar dos piezas interpretadas la primera por Fernando de la Morena y la otra por Bernardo de los Novillos. Sus letras dicen así:

Fernando de la Morena

Que preparen las yeguas
dile al yegüero,
que mañana es la trilla
del raspinegro.

Del raspinegro,
y a la yegua del cabo
ponle el cencerro.

Con el sol por testigo
vengo trillando,
y al compás de las mulas
vengo cantando.
Dale vuelta a la parva
que es muy temprano,
y procura que salga
muy limpio el grano.

(Ponce Ruiz, 2002)

Bernardo el de los Lobillos

A esa mula de punta
le gusta el grano,
aligera y no comas
que viene el amo.

La mula golondrina
sudando va,
que se cree que la trilla
se va a acabar.

Esa yegua lunanca
tiene un potrito,
con una pata blanca
y un lucerito.

(Bernardo, 1958)

Sin olvidar la jota del briquero, típica del folclore cantalejano, que denota un poco el carácter bohemio y de trotamundos del briquero, de la cual vamos a incluir las estrofas más representativas:

Jota briquera

La voz de un briquero suena,
madre yo me voy con él,
que si no lleva dinero,
lleva cribas que vender.

Criberita era mi madre
y mi padre y mis abuelos,
nacieron en Cantalejo,
lo mejor del mundo entero.

Algo tiene Cantalejo,
que no tienen los demás,
la jota, la «gacería»
y la Virgen del Pinar.

En Segovia La Fuencisla,
en Cuéllar La del Henar,
en Sepúlveda La Peña,
y en Cantalejo El Pinar.

Si se nos pirria el mandorro,
y no pulimos moroza,
sieva de todas las sievas,
bótanos tu sierte pota.

Y allá va la despedida,
la que echamos los briqueros,
con un porrón de bayorte,
y un asado de cordero.

8.2. Homenajes al trillo cantalejano

De entre los muchos recibidos por el trillo de Cantalejo, los más destacados son los utilizados como ornamento en viviendas y establecimientos hosteleros, aunque también se han utilizado en otros ámbitos, tales como el escudo del Ayuntamiento de Cantalejo y los del equipo de futbol o de las Peñas Briqueras, el ornamento de una rotonda en Collado Villalba, etc. A continuación, se adjuntan algunas muestras.

Trillando, en una rotonda de Collado Villalba (Madrid).

8.3. Escudos de Cantalejo

Incluimos aquí tanto el escudo utilizado por el Ayuntamiento de Cantalejo como los empleados por el Club de Fútbol y el de las Peñas del Vilorio. Todos ellos en claro homenaje al trillo de Cantalejo:

Escudo de Cantalejo.

Escudo Club de Fútbol.

Escudo Peñas del Vilorio.

8.4. Otros homenajes al trillo

A continuación, adjuntaremos algunas fotografías que hacen homenaje al trillo de Cantalejo:

Trillo en el bar La Bayuca (Cantalejo).

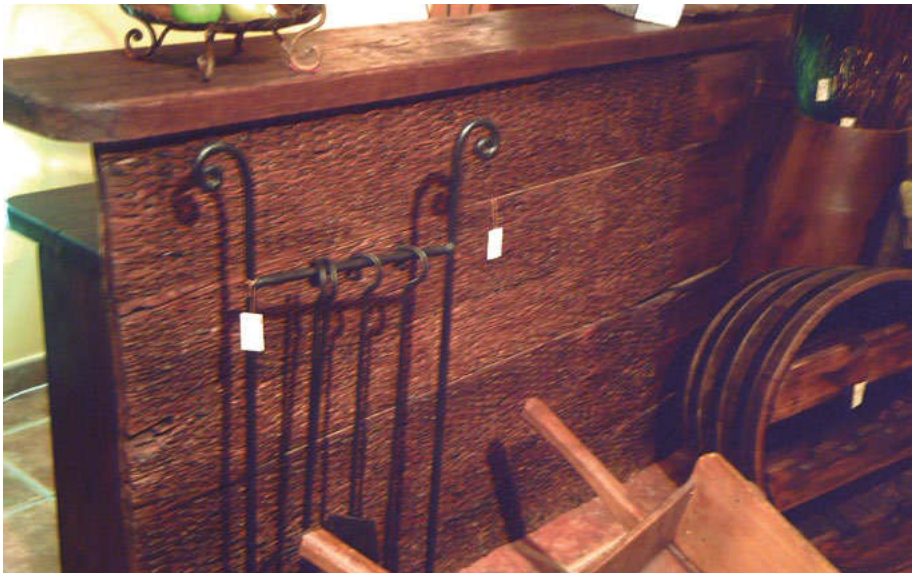
Reloj sobre una tabla de trillo. Isidro Martínez (Leganés).

Reloj sobre trillo en miniatura (Justo Santa Engracia).

Trillo en la Citroën, Alcorcón (Julián Sacristán).

Bar Toca Madera (trillo mural).

Horcajuelo de la Sierra, puertas de garaje.



Trillo como soporte de la barra de un bar, anticuario de Sigüenza.

Mesa de comedor con trillo. Cortesía de Antigüedades Rincón Rústico, Sevilla la Nueva (Madrid).

Pinturas murales del ábside de la ermita Nuestra Señora del Pinar, Cantalejo. En la bóveda del ábside se representa la parusía del Hijo de Dios ante las doce tribus del mundo, rodeado de una cenefa de trillos y espigas como símbolo apocalíptico del principio y el fin. Eduardo Zamarro, 2014.

Detalle de la cenefa del arco que representa trillos y espigas como símbolo apocalíptico de principio y final. Eduardo Zamarro, 2014.

Monumento al Trillero de Cantalejo (El Escopleador). Inaugurado el 30 de noviembre de 2017, día de San Andrés, patrón de Cantalejo.

Graciano Fuentenebro «de oscuro» contempla la escultura del Monumento al trillero, inspirada en una foto suya escopleando de 1947.

8.5. Refranes y dichos

A continuación, se adjuntan algunos refranes y dichos sobre los trillos:

- Si por marzo oyes tronar, pon tus trillos empedrar.
- San Lorenzo en la parrilla y el labrador en la trilla (cada cual en su sitio).
- Trillar mojado, es trillar en vano.
- Mucho afana quien trilla con agua.
- Al que tarde trilla, la lluvia le pilla.
- Quien no trilla en agosto, trilla con mal rostro (no trilla cuando quiere).
- En mayo espigado, en junio granado, en julio segado y en agosto trillado y almacenado.
- Si marzo viene de aguas, pronto se trillan las parvas.
- Parva vuelta y bien trillada, si hay buen viento despachada.
- Qué bueno es comerse el grano sin trillar la paja.
- La trilla ocupa por igual al de la aldea y al de la villa.
- ¡A ver si vamos a echar el trillo por las piedras! (perder la sensatez).
- Por San Bartolomé, si no acabas de trillar, te mojarás los pies.
- ¡Qué bien se trilla fuera de la parva!
- A parva trillada, nueva parva echada.
- Hacer las cuentas del trillo… en cada ranura una china.
- La cuenta del trillo, cada canto en su agujerillo.
- En la siembra y en la trilla, el amor con zancadilla.
- Cansados los pies del trillo y las manos del ramal, ¡cuándo querrá, Dios del cielo, que acabemos de trillar!
- Pobre y feo trillador, ¡pide que te ayude Dios!
- Quien bien siembra, bien trilla (si trabajas, serás recompensado).
- ¡Aire, que trillo! (no estorbes, deja que haga mi trabajo).
- Al buey que trilla, no le pongas bozal.
- Escalonilla, ¡jódete y trilla!
- Trillador en casa rica, arrope por meriendica.
- Perro viejo no caga en trillo (se aprende de la experiencia y del palo).
- Eres más gandul que un trillo (el trillo se queda quieto si no lo arrastran).
- Tiene menos prisa que un trillo en invierno (el trillo no se mueve en invierno).
- No me corras ni trillando (significa que no se debe correr ni aún en las tareas más sencillas).
- Del briquero el escopleo y del labrador la trilla (los trilleros de Cantalejo no dejaban escoplear a los labradores).
- Estar como un trillo: en invierno «colgao» y en verano «arrastrao».
- Llegó la cosechadora, que causaba sensación, dando descanso al labriego, que del trillo se olvidó.

Y estos tres últimos, relativos a la trilla con burros, aunque también hay quien les atribuye esta «virtud» a los bueyes:

- Parva con asnos trillada, mal trillada y bien cagada.
- Quien con asnos trilla su parva, más que la trilla, la caga.
- Quien con asnos trilla, mezcla los cagajones con las semillas.
  (Díez, 1991, pág. 140).

Aunque también hay quien les atribuye esta «virtud» a los bueyes, como dice P. Zamarro en su poema *Aires de trilla*:

Y para trillar los mulos,
los asnos o los caballos,
que los bueyes son muy sucios
y contaminan el grano.

Capítulo 9.
El declive del trillo

9.1. Los últimos tiempos

Los últimos tiempos de la fabricación del trillo fueron como el canto del cisne, pues se pasó de fabricar 30 000 trillos anuales a principios de la década de los cincuenta, a fabricar la mitad hacia 1965, y menos de mil en 1975. En 1980 se vendieron algunos restos en lugares remotos, donde no se podían meter las cosechadoras, pero ya no se volvieron a fabricar.

La pujante industria artesanal de Cantalejo se vino abajo en poco más de una década, dejando sin trabajo a todo un pueblo, que se las tuvo que ingeniar para no desaparecer. Muchos cambiaron de actividad, otros emigraron y el repiqueteo de los mazos sobre los escoplos y del martillo sobre las lascas de sílex dejó de oírse por los rincones del pueblo.

Tan solo quedaron tres o cuatro artesanos que continúan haciendo algunos trillos por encargo, que servirán de ornamento en sus casas o en sus negocios. Miniaturas tanto de trillos como de otros aperos de labranza, relojes a los que el trillo les sirve de telón de fondo, espejos adosados a un trillo, buzones de correos simulando un trillo, etc.

A finales de la década de los sesenta ya se presentía el final del trillo y de su tipo de vida asociado, como lo atestigua la siguiente coplilla, que se repetía cada vez con más frecuencia:

Trilleros de Cantalejo,
pellejeros de la Nava,
pañeros de Berrocal,
como no cambiéis de vida,
putas las vais a pasar.

Se pasó de un tipo de vida de subsistencia a otro más industrializado y confortable, aunque excesivamente concentrado en grandes urbes.

9.2. El Museo del Trillo

El Museo del Trillo de Cantalejo muestra la historia y evolución de la fabricación de trillos y cribas que durante siglos fue la principal actividad económica de la localidad. El trillo cantalejano o briquero desciende directamente del trillo romano y fue un apero de labranza muy valorado, cuya fabricación ocupaba los meses de otoño e invierno. También se fabricaban otros aperos como medias fanegas, bieldos, yugos, arados, etc., pero, sin duda, la estrella fue siempre el trillo, cuya fabricación y venta ocupaba a la mitad de la población, de un municipio que llegó a alcanzar casi los 4000 habitantes, concretamente 3899 habitantes en 1950 (Fuentenebro, *Cantalejo, Aldea, Villa y Ciudad*, 2007, pág. 928).

La comercialización y venta del trillo comenzaba a primeros de mayo y duraba hasta mediado el mes de septiembre, con una breve parada en agosto para celebrar las fiestas de la Asunción y San Roque. Actualmente existe una demanda creciente de estos aperos, motivada por su valor decorativo y artesanal.

Para evitar que se borrara un legado que sirvió para que el nombre de Cantalejo fuera conocido por los más diversos lugares de España, en la Navidad del año 2008, después de múltiples gestiones y de haber elaborado el correspondiente proyecto, se abrió al público el Museo del Trillo en un recinto de 400 m^2 que anteriormente fue almacén de trigo.

En el museo se incluyen también todos los aperos utilizados durante siglos en la agricultura cerealista y está dividido según las tareas para las que eran empleados: siembra, siega, acarreo, trilla, limpia y granero.

En este espacio se pretende también rendir homenaje a dichos aperos, entre los cuales merece especial mención el trillo, ya que sin él no hubiera sido posible llegar al presente. Y también se quiere rendir homenaje a aquellos trabajadores infatigables que propiciaron el futuro haciendo jornadas de sol a sol. Todo ello, con el fin de que las generaciones actuales y futuras conozcan el modo de vida de sus ancestros y valoren su evolución cultural.

José Ángel Bravo picando piedra en el Museo del Trillo.

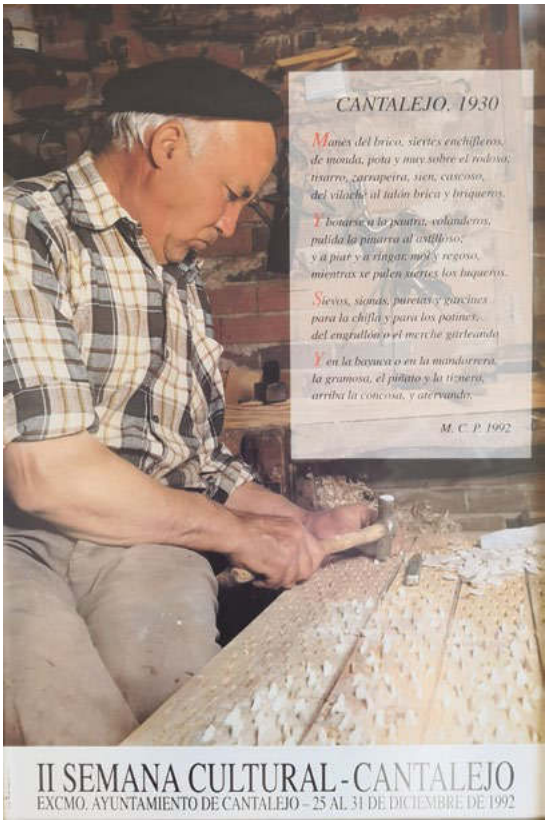
Durante años, el Ayuntamiento de Cantalejo, con la colaboración de muchos vecinos, fue recopilando arados romanos, carros, yugos, zoquetas, cribas de piel y de alambre, barandas, aciales, horcas, volvederas, harneros, medias fanegas, cuartillas, celemines, etc., y hasta una máquina aventadora de Francisco Lobato, que junto con Antolín San Cristóbal y los Lobo Gómez, fueron tres fabricantes de este tipo de máquinas en Cantalejo, cuando el mercado del trillo comenzaba a decaer.

El encargado de darle forma al museo fue José Ángel Bravo, que asegura que el objetivo no es otro que «rendir homenaje a los aperos y a la importancia que tuvieron en la economía y en la cultura de esta ciudad, pero también mantener vivo el recuerdo del trabajo infatigable de nuestros antepasados en la agricultura».

El edificio, que mantiene su estructura inicial, alberga las piezas y útiles de labranza, en su mayoría donadas por los vecinos de Cantalejo.

De frente, nada más entrar, nos encontramos con lo que queda del «Pino Padre» en homenaje a uno de los pinos más grandes y emblemáticos de Cantalejo, que se encontraba en las proximidades de la laguna del Sotillo Bajero.

A la izquierda se encuentra la sala audiovisual, en la que se proyecta ininterrumpidamente un documental sobre la fabricación del trillo. En ella, el trillero Félix Quintana Ballesteros hace un recorrido por todas las fases de la elaboración del trillo: desde el corte del pino en invierno (cuando el flujo de la savia está paralizado), el desroñe de las tozas que se hacía en el pinar, el paso de los troncos por la serrería para obtener las tablas, el secado, el ensamblado inicial, el escopleo, el ensamblado final y el enchinado del trillo, que lo solían hacer las mujeres. Para Félix, esta no fue su primera experiencia contando ante la cámara el oficio del trillero, ya en el año 1997 participó en la serie *últimos artesanos* (Monesma, 1997).



Félix Quintana Ballesteros empedrando un trillo, cartel de la I Semana Cultural de Cantalejo, 1992

Félix nos muestra también, con manos hábiles, cómo se obtenían las lascas de sílex golpeando el pedernal con la piqueta y seleccionando las más gruesas que se ponían abajo, las medianas en el centro y las más finas arriba.

En la planta baja encontramos colgados de la pared los útiles y aperos de labranza en el siguiente orden:

1. LA SIEMBRA. Azadas, arado romano, yugos…
2. LA SIEGA. Hoces, guadaña, ajillo de esparto…
3. EL ACARREO. Barandas, horcas…
4. LA TRILLA. Trillos, rastros, balancín, cañizos…
5. LA LIMPIA. Bieldos, cribas…
6. EL GRANERO. Escobas, medias fanegas, cuartilla, celemín…

En el centro de la sala hay un carro de varas, semejante al que utilizaban los briqueros en sus viajes, y otro de yugo con un solo mástil, que se utilizaba para uncir una yunta de mulas o bueyes, utilizando en cada caso un yugo diferente. Junto a los mencionados carros se encuentran también una aventadora, una trilladora y una seleccionadora de semillas de trigo, todas ellas precursoras de las modernas cosechadoras que arrumbaron el uso del trillo.

Al lado derecho de la sala se abre otra menor dedicada únicamente a los trillos, en la que se muestran los diversos tipos de trillo: de piedra, que era el típico de Cantalejo y el más fabricado; de piedra y sierra, demandado en ciertas comarcas; así como todas las herramientas utilizadas para su fabricación. También se muestra el proceso para la obtención de las lascas de sílex.

La primera planta se compone de dos salas unidas por una larga pasarela metálica elevada con un único punto de apoyo. En una de las salas encontramos útiles de trabajo para el cáñamo (machacadera, devanadera, rueca, uso, trajes antiguos, etc.) y la exposición de los trabajos de algún artesano local, donde se pueden comprar miniaturas de trillos y aperos de labranza. Al otro lado de la pasarela nos encontramos con una sala de exposiciones en la que, según la ocasión, se pueden albergar muestras de todo tipo de actividades artísticas o artesanales, entre las que merece la pena resaltar, entre las primeras que se realizaron, la de las acuarelas del pintor local Frutos Casado de Lucas, los trabajos de encaje de bolillos de Josefina San Germán, etc. Exposición que está abierta a todo tipo de artista, local o foráneo, que lo solicite.

Ana Rosa Zamarro, encargada del museo, nos comenta que muchas de las personas que lo visitan son del pueblo, que vienen con familiares y amistades de toda España y del extranjero, y que a los mayores les gusta acudir y pasear por él observando cada apero, porque para ellos cada pieza expuesta es un recuerdo junto con una anécdota del pasado y, cuando acuden con sus nietos, disfrutan explicándoles cómo utilizaban tales utensilios y de paso recordarles los años difíciles de estos oficios, tanto en el trabajo en el campo como en la elaboración y venta de los trillos. Pero tampoco faltan excursiones programadas de colegios, asociaciones y grupos de muchos pueblos y ciudades de la comunidad, a los que les atrae acercarse hasta el Museo del Trillo por el encanto del edificio y la historia que alberga en su interior.

El museo está abierto al público todos los segundos y cuartos sábados de cada mes (de 19 a 21 horas), con la posibilidad de realizar visitas concertadas, previa solicitud al ayuntamiento.

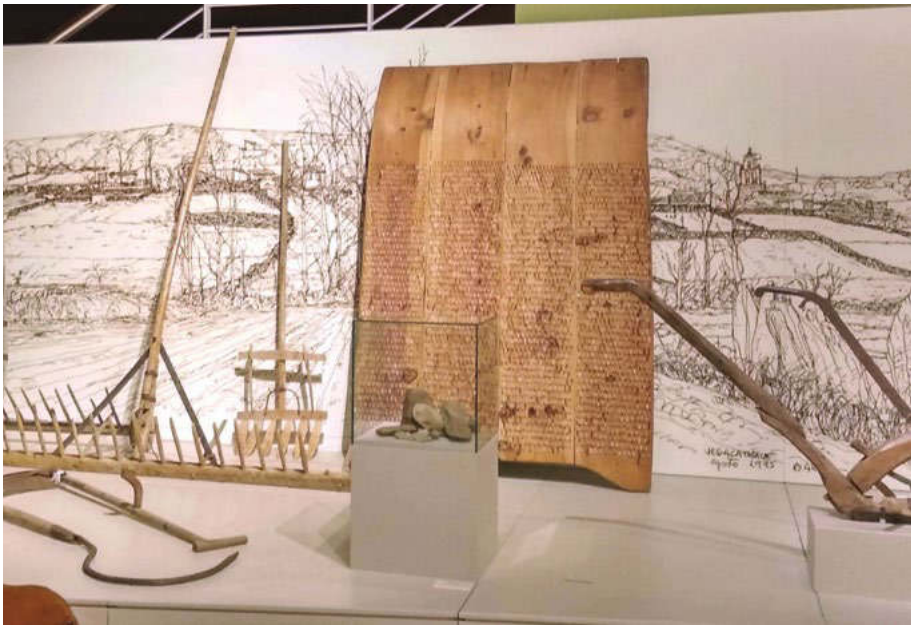
Como dato curioso, Ana Rosa nos comenta que el primer apero en la «recogida de material para el museo etnológico de Cantalejo» fue una criba el día 9 de abril de 1988.

Típico carro briquero. Museo del Trillo.

Capítulo 10.
Artesanía del trillo

10.1. El trillo hoy

Actualmente el trillo es un elemento en desuso, que solo pervive en el Museo del Trillo de Cantalejo y en otros museos etnográficos repartidos por la geografía nacional, entre los que cabe destacar el Museo Etnográfico de Castilla y León, en Zamora. También cabe mencionar, por su cercanía e interés, el Museo Etnográfico de Fuenterrebollo, en el que los trillos ocupan un lugar destacado.



Museo Etnográfico de Castilla y León, Zamora. El trillo ocupa un lugar destacado en la zona dedicada a los aperos de madera.

Otros lugares en los que suelen encontrarse trillos, esta vez para su venta, son los anticuarios y tiendas de decoración, en los que se exponen convertidos en mesas, muebles bar, relojes, espejos y todo tipo de artilugios a los que se les ha incorporado un trillo, o una parte de él. También se encuentran trillos como decoración en numerosos restaurantes, como por ejemplo en El Lagar de Isilla (Aranda de Duero), en el Restaurante Los Trillos (Escalona del Prado), en el comedor de la Casa Rural de Burgomillodo, etc.

En Cantalejo siguen fabricando trillos algunos artesanos aficionados, que luego venden en ferias, mercadillos medievales, etc. No se venden muchos y la mayoría de estos artesanos están jubilados o simultanean la fabricación de trillos con otro trabajo más productivo, pero ellos son los que mantienen viva esta actividad, aunque solo sea testimonial.

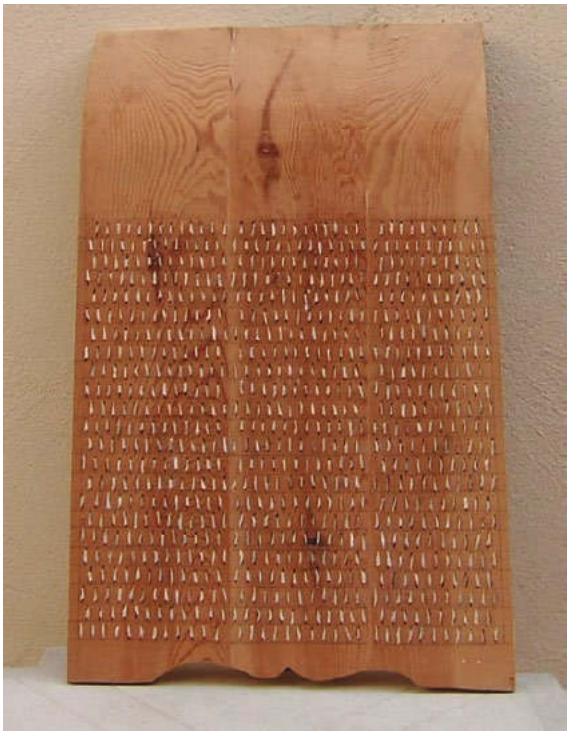
A continuación, hablaremos de estos artesanos, aunque seguro que se nos olvidará alguno porque cada fabricante de trillos llevaba un artesano dentro, como es el caso de Heliodoro de Lucas, que nos sorprende con este carro hecho con todo detalle y perfectamente a escala, que es idéntico a los que utilizaban los briqueros en sus desplazamientos. Le falta el toldo y la mula, pero el resto está completo, incluso con sus tentemozos, que apenas se aprecian en la foto, su matrícula, etc.

Carro hecho a escala por Heliodoro de Lucas.

10.2. José de Diego

José de Diego fue uno de los últimos trilleros de Cantalejo, que permaneció en activo prácticamente durante toda su vida, ya que cuando se acabó la industria trillera, él, de alguna forma, recogió el testigo, convirtiéndose en artesano y recreando en miniatura todo el proceso de fabricación del trillo, que mantenía expuesto en su casa museo de Cantalejo y vendiendo, a todo aquel que se lo pedía, reproducciones, no solo de trillos, sino de cribas, bieldos, medias fanegas y todos los demás aperos de labranza utilizados en las labores de recolección.

Visitamos su exposición en muchas ocasiones y le compramos varias cosas, entre las que cabe destacar el trillo en miniatura que luce en nuestra casa de Cantalejo y que se muestra a continuación.



Trillo en miniatura fabricado por José de Diego (80 × 50 cm).

La última vez que hablamos con José de Diego fue en 2016, cuando contaba 86 años. Manifestó su deseo de donar al Museo del Trillo de Cantalejo el contenido de su particular museo, con objeto de que no se perdieran las miniaturas que había elaborado a lo largo de tantos años y que pudieran lucir y servir de ilustración, en un lugar que pudiera ser visitado por todo el mundo.

Pasados están los años en los que, con base en Coria, José recorría los pueblos de la provincia de Cáceres, vendiendo los trillos, cribas y harneros que durante el invierno había confeccionado junto a su padre y sus hermanos. Un trabajo que describía como reconfortante, pero «duro», por las largas temporadas que pasaba lejos de casa, aunque esta profesión no tardó mucho en desaparecer, hacia 1970, arrumbada por el progreso.

De todas formas, esa forma de vida comenzaba a ser problemática, ya que, con la aparición de los vehículos motorizados, circular por caminos y carreteras con carros y animales de tiro empezaba a ser un peligro, aunque ya algunos briqueros dispusieran de camiones para la distribución del trillo. Esto, unido a los avances de la maquinaria agrícola, forzó el declive del trillo, obligando a muchas familias a emigrar o a emprender nuevos oficios.

Fue entonces cuando José sintió cierta nostalgia, al ver cómo todo aquello que había sido su vida iba a ser relegado al olvido, por lo que decidió declararse oficialmente artesano y recrear en miniatura todos aquellos aperos de labranza destinados a desaparecer y exponerlos en su taller, para que todos pudieran verlos.

Participó en exposiciones en España y en Francia (Tour y Burdeos) y pudo abrirse mercado en tiendas de Segovia, Valladolid, Aranda de Duero, etc., además de lo que vendía directamente en su taller.

En una de las paredes de su taller se podía observar un muestrario con todas las herramientas del trillero, reproducidas en miniatura, junto a un muestrario con toda la variedad de puntas y clavos utilizados en la fabricación de los trillos.

Más allá una representación de diversos oficios, entre los que cabe destacar la fabricación de trillos, un alfarero haciendo un jarrón, un molino harinero, al herrero poniendo las herraduras, las lavanderas lavando la ropa, etc. Maquetas a las que no les falta un detalle, con iluminación y motorcitos para moverlas, etc.

Desgraciadamente, José nos dejó hace algunos años y no podemos preguntarle más cosas, pero sin duda ha dejado un grato recuerdo en la memoria de todos los que fuimos sus paisanos.

Miniatura con trillo y otros aperos de labranza.

10.3. Justo Santa Engracia

Justo, que mientras pervivió la industria del trillo llegó a fabricar más de 1000 trillos anuales, que vendía a sus paisanos, se dedicó a partir de los años setenta a la artesanía del trillo, es decir, a fabricar réplicas en miniatura, tanto de los trillos como de otros aperos de labranza para utilizarlos como adorno.

Una vez jubilado, siguió dedicándose a esta actividad y continúa aún haciendo algo, aunque, a sus 86 años, ya solo hace alguna pequeña cosa cuando le apetece.

Como comentaba Justo, su vida ha estado dedicada siempre a la industria de la madera ligada al pinar, del que no solo utilizaban la madera que procedía de Cantalejo, ya que no era suficiente, sino que también la compraban en Veganzones, Sauquillo de Cabezas y en lugares mucho más alejados.

Su amor por este oficio surgió mientras veía a sus padres trabajar elaborando trillos, mesas, taburetes, arados, medias fanegas y otros aperos de labranza. A los doce años ya empezó a manejar la sierra, el cepillo, los escoplos, etc., y acudió a una escuela nocturna para perfeccionar su formación.

Ya casado, se dedicó a fabricar tablones de chopo y de pino para la construcción, y suministraba también listones de chopo para la elaboración de los aros de las cribas, para lo cual montó una serrería propia, imprescindible para preparar las tablas de los trillos.

Con el tiempo llegó a ser responsable de la cooperativa Unión Trillera de Cantalejo fundada en 1948 (Santa Engracia, 2019) y que tanta actividad generó (Santa, 2019). Actualmente, el lugar en el que se ubicaba es urbano y se corresponde con la calle de la Artesanía.

Cuando se jubiló, le gustaba también restaurar los trillos deteriorados que le traían, y guarda con especial cariño uno que hizo su padre, Mauricio, en 1957.

Justo Santa Engracia junto a unos trillos en miniatura elaborados por él.

A veces recuerda con nostalgia aquella vida, de la que guarda recuerdos entrañables, aunque no deja de reconocer que era muy dura, sobre todo para los que se dedicaban a vender los trillos por los pueblos, recorriendo medio país para, al final, sacar poco más de lo necesario para pasar el invierno. La competencia que se hacían entre ellos era feroz, llegándose a veces a vender trillos a precio de saldo.

Recuerda también cómo las aventadoras y trilladoras, y, sobre todo, después, las cosechadoras,

echaron por tierra los trillos, y con ellos la pujante industria artesanal de Cantalejo, que supuso su motor económico hasta la mecanización de la agricultura.

Ya no hace prácticamente nada, la edad no perdona, pero después de jubilarse estuvo bastantes años haciendo trillos de adorno, yugos, arados, trillos con espejos, mesas decoradas con un trillo y un cristal encima, miniaturas de aperos de labranza, etc.

En su taller dispone de todas las herramientas que se utilizaban entonces, incluida una pequeña sierra de cinta, ya que se trata de un taller briquero auténtico, en el que se fabricaron miles de trillos. Sería una pena que este bagaje se perdiera.

10.4. José Ángel Bravo

A José Ángel Bravo, profesor de Gimnasia en el Instituto de Enseñanza Secundaria Hoces del Duratón, le metió el gusanillo para convertirse en artesano José de Diego y también su madre, Dolores, con objeto de que no se perdiera la tradición de hacer trillos en Cantalejo, aunque ya solo sirvieran de decoración en casas, bodegas y restaurantes. Sus primeros pasos como artesano los dio en 1992 (Bravo San Bruno, *Los briqueros y sus rutas*, entrevista 20, 2019*)* y (Bravo San Bruno, *Los briqueros y sus rutas*, entrevista 25, 2019).

Pero José Ángel no solo es un artesano del trillo y de otros aperos de labranza que ejecuta en el taller que tiene instalado en su casa, es también un esforzado *bricoparlante*, como le gusta decir a él. No pierde oportunidad de hablar en esta jerga tan característica de Cantalejo, denominada normalmente *gacería*, de la que José Ángel Bravo, conocido también por su apodo familiar «El Sortija», es uno de los pocos que aún la dominan.

José Ángel Bravo en su taller artesano.

José Ángel Bravo en una feria de artesanía en Cantalejo.

Comenzaremos por apuntar que el término *bricoparlante* se puede decir que viene de *brica*, que es una alteración por metátesis de la palabra castellana criba, y de ahí el término *briquero*, con el que se designaba al principio a los que hacían cribas y más tarde también a los que hacían *Chiflos* o trillos. El término se extendió después a los tratantes de ganado y en general a todos los cantalejanos que se dedicaban a la venta y al trato fuera del Vilorio, es decir, de Cantalejo. Luego, este término se extendió a todos los nacidos o residentes en Cantalejo, de tal forma que, en la actualidad, se puede entender como sinónimo de cantalejano.

La gacería, aunque su mayor desarrollo tuvo lugar en el siglo XIX y principios del XX, tiene unos orígenes más antiguos, que se remontan al siglo XI, cuando Fernán González culmina la reconquista de estas tierras y perviven en el acervo popular algunas palabras de ascendencia árabe, como *chiflo* (trillo), junto a otras que trajeron los repobladores vasco-navarros, aunque no fue hasta el siglo XIX cuando los criberos y los trilleros comenzaron a incluir nuevas palabras, unas inventadas y otras de procedencia tan diversa como el caló, el francés, el gallego, el portugués, el montañés, etc.

Pero volviendo al tema, hablaremos de la gacería, que no debe entenderse como un lenguaje para engañar, sino más bien como un mecanismo de defensa de un colectivo que se encuentra en inferioridad de condiciones, con objeto de tratar de obtener ventajas en el trato.

De todas formas, para tratar de entender mejor la gacería, que no cuenta más que con unas 350 palabras, le pediremos a José Ángel que nos diga algunas palabras en gacería.

Pregunta: ¿Me puedes decir algo en gacería?

Respuesta: «No se aterva la siertería del Vilorio». Que significa: «no se entiende lo bueno de Cantalejo».

Dime algo un poco más extenso.

Muy bien: «me pulo un man del Vilorio de los chifleros y te voy a garlear algo sobre mi vilache», que viene a decir: «soy un hombre del pueblo de los trillos y te voy a decir algo sobre Cantalejo».

Y ahora te diré que, en efecto, procedo de una familia *briquera*, que utilizó durante décadas un carro de mulas para trasladarse todas las primaveras a tierras de León (eso se llamaba salir al verano) y allí vender trillos y empedrarlos por todos los pueblos de la comarca. El carro fue sustituido más tarde por un pequeño camión Avia y puedo presumir de haber sido uno de los últimos niños de Cantalejo que acompañó a sus padres a vender trillos en los últimos años de la década de los setenta, así como otros aperos de labranza, que siempre estarán unidos a la historia de Cantalejo.

A José Ángel lo de los trillos le viene de familia, aunque él apenas haya ejercido el oficio. Sus abuelos y su madre los vendían por tierras leonesas y a los cinco años ya los acompañó en alguna ocasión para venderlos por la zona de La Bañeza.

Sin embargo, hoy los trillos solo perviven en Cantalejo como señas de identidad, y mantienen la tradición tres o cuatro artesanos, que hacen trillos en miniatura y trillos más grandes por encargo. Cantalejo dispone también del Museo del Trillo, en el que se puede seguir todo el proceso de fabricación del trillo y de las cribas, que era el otro producto estrella de la industria briquera.

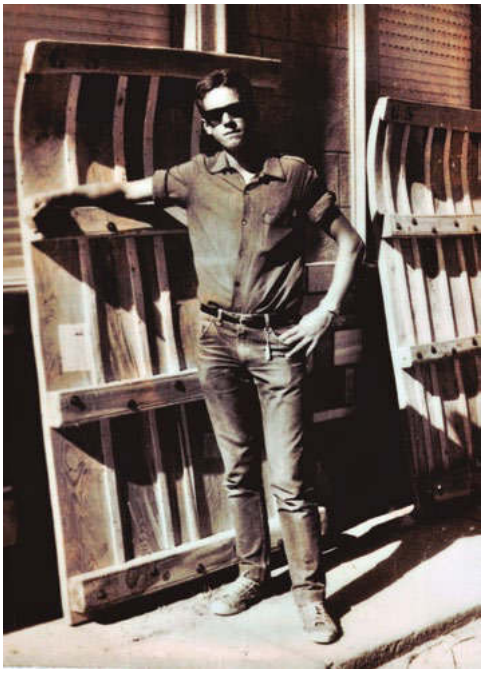
10.5. Gaudencio San Bruno Sanz

Dejó los trillos en 1973, fue camionero durante cuatro años y más tarde profesor en la Autoescuela Moisés. Cuando se jubiló, aprovechando que tenía el taller instalado y que le apasionaba el mundo de los trillos, se dedicó a la artesanía.

Ha participado en numerosas ferias, como por ejemplo en la Feria Agropecuaria de Alba de Tormes (Feria de San Antonio), que se celebró el 17 de junio de 2017, en la que, además de exponer sus trabajos, hizo una demostración de cómo se empedraba un trillo.

También acudió a la Feria de Muestras de San Esteban de Gormaz, en Soria, que se celebró el 10 de junio de 2018, en la que expuso su producción artesanal e hizo una demostración en directo del picado de una criba de piel, el escopleo de una tabla y el empedrado de un trillo.

Por su edad, aún tuvo ocasión de participar activamente en la venta de los trillos, como se puede apreciar en la fotografía, en la que Gaudencio, con dieciséis años, aparece vendiendo trillos en Santa María del Páramo, León, en 1965.



Gaudencio vendiendo trillos en Santa M.ª del Páramo, León, 1965.

Gaudencio con una criba de piel y otra de alambre.

Gaudencio lo mismo te hace un trillo en miniatura que a escala natural e idéntico a los que se hacían antiguamente, aunque, en este caso, lo hace por encargo. También hace miniaturas de aperos de labranza, trillos pequeños con un reloj o con un espejo incorporado, etc.

En su taller dispone de todas las herramientas que se utilizaban entonces, que incluyen las cárceles en las que se montaban los trillos, sierra de cinta, escoplos, cepillos grandes y pequeños, el cepillo curvo tan característico, sierras, etc. No en vano es un taller briquero auténtico, ya que es el mismo que utilizaba Gerardo, su padre, y el mismo que utilizó él cuando se dedicaba a los trillos.

10.6. Taller de empleo. Trillos

Con el fin de que las nuevas generaciones tuvieran un conocimiento lo más exacto posible de la técnica de elaboración de los trillos, cribas y otros aperos de labranza, y que andando el tiempo algunos pudieran convertirse en artesanos, se impartieron tres cursos de seis meses de duración cada uno, entre los años 2016 al 2019, que capacitaran a los jóvenes para ejercer dicha actividad.

Estos Talleres de Empleo de Elaboración de Trillos y Aperos de Labranza fueron promovidos por el Ayuntamiento de Cantalejo, y cofinanciados por ECYL de Segovia, con especial énfasis y entusiasmo por parte de su alcalde, Máximo San Macario, y de la concejal María Rodríguez, con la intención de que no se perdiera una parte tan relevante de la historia del municipio y apostando por la recuperación de este oficio, aunque solo fuera como recuerdo histórico y desde el punto de vista de la promoción artesanal y la revalorización ornamental de estos aperos.

En la imagen siguiente aparecen los seis alumnos de la primera edición del curso, el profesor que impartió las clases, don José Luis Martín Moral, acreditado en la Talla de Elementos Decorativos en Madera y el alcalde de Cantalejo, a la sazón don Máximo San Macario de Diego.

Seis alumnos, el profesor y el alcalde de Cantalejo. Curso 2016-2017.

Trillos en miniatura con reloj.

Trillos, mesas, medias fanegas, etc. Taller de trillos, 2016-2017.

Bibliografía

- Agudiez, M. (29 de 03 de 2019): «Los briqueros y sus rutas, entrevista 33» (P. Zamarro, entrevistador).
- Álamo, M. (2009): *Desde mi otoño,* Montecasino (benedictinas), Zamora.
- Álvarez, D. y. De Andrés, M. (2011: «El impacto de los conjuntos de trilleros en el registro paleolítico de la meseta. Una aproximación etnoarqueológica», *Complutum*, 177-191.
- Anderson, P. C. (2004): «The Functional Riddle of "Glossy" Canaanean Blades and the Near Eastern», *Journal of Mediterranean Archaeology,* 87-130.
- Antolín, M. D. (12 de 08 de 2019): «Los briqueros y sus rutas» (P. Zamarro, entrevistador).
- Aparicio, A. (2020 de 01 de 24): alcozar.net. Obtenido de http://www.alcozar.net/alcozarimagenes/littrillos.htm
- Aparicio, D. (24 de 01 de 2020): alcozar.net. Obtenido de http://www.alcozar.net/alcozarimagenes/littrillos.htm
- Ayala, I. (1819): *Memoria del trillo que se presentó a la Real Sociedad* Económica Maritense, Real Sociedad Económica Maritense.
- Bernardo, e. d. (1958): «Cantes de trilla», *Antología del cante flamenco,* Vol. IV. Hispavox.
- Blázquez, J. M. (1983). «Capítulo XVI, Colonización cartaginesa en la península Ibérica», en VV. AA.: *Historia de España antigua*, Cátedra, Madrid.
- Botelou, C. (1817): *Elementos de agricultura*, Oficina de Don Francisco Martínez Dávila, Madrid.
- Bravo San Bruno, J. Á. (26 de 03 de 2019): «Los briqueros y sus rutas, entrevista 20» (P. Zamarro, entrevistador).
- Bravo San Bruno, J. Á. (27 de 03 de 2019): «Los briqueros y sus rutas, entrevista 25» (P. Zamarro, entrevistador).
- Cabo, N. (2011): *Mi propia historia es la historia de Villalmanzo,* Parroquia de Villalmanzo.
- Cela, C. (1948): «Las botas de siete leguas. Viaje a la Alcarria», *Revista de Occidente,* Madrid.
- Cela, C. (1956): *Judíos, moros y cristianos: Notas de un vagabundo de viaje por Ávila, Segovia y sus tierras,* Destino, Barcelona.
- Cela, C. (26 de 01 de 1997): «Sobre el entendimiento parcelado de la historia», *ABC, 19.*
- Cela, C. (2010): *Viaje a la Alcarria,* Destino, Barcelona.
- De la Cruz, A. (2019): «Los briqueros y sus rutas, entrevista 49» (P. Zamarro, entrevistador).
- Díez, G. y González, J. (1991): *Aperos de madera,* Ámbito ediciones, Valladolid.
- Editorial (agosto de 2006): *El Museo del Trillo, El Cantal.*
- El Adelantado de Segovia (03 de 08 de 1957), 17.
- *Estampa* (5 de nov de 1929): «Un pueblo de Castilla la Vieja que tiene un

idioma para su uso particular».
- Fernández Quintana, B. (2019): «Los briqueros y sus rutas, entrevista 40» (P. Zamarro, entrevistador).
- Frangiapiane, M. (1997): «A 4th-millennium temple/palace complex at Arslantepe-Malatya», *Paléorient,* 23(1), 44-73. doi:https://doi.org/10.3406/paleo.1997.4644.
- Fuentenebro, F. (1994): *Cantalejo, los briqueros y su Gacería,* Ayuntamiento de Cantalejo.
- Fuentenebro, F. (1994): *Santa María del Pinar, patrona de Cantalejo*, Madrid.
- Fuentenebro, F. (2007): *Cantalejo, Aldea, Villa y Ciudad,* Diputación provincial de Segovia y Caja Segovia, Segovia.
- Fuentenebro, F. (2017): *Cantalejanos ilustres*, Ayuntamiento de Cantalejo y Diputación de Segovia, Segovia.
- Garcia, C. (1989): *España oculta*, Lunwerg.
- García, F. (1993): *Guía del «Viaje a la Alcarria»,* Aache, Guadalajara.
- Gordaliza, M. (1986): *El habla de Cantalejo*, Obra Cultural Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Segovia, Segovia.
- Hartford (30 de 01 de 2020): Hartford web Publishing. Obtenido de http://www.hartford-hwp.com/image_archive/ue/uea.html.
- Hernanz de Diego, I. (Diciembre de 2004): «La vuelta a casa», *El Cantal.*
- *Imágenes de un siglo en Las Pedroñeras* (1856-1970), (1998), Ayuntamiento de Las Pedroñeras y Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.
- Iowa State University (30 de 08 de 2019): obtenido de http://www2.econ.iastate.edu/classes/econ355/choi/bab.htm.
- J-Hirst, J. (29 de 08 de 2019): osirisnet. Obtenido de https://www.osirisnet.net/tombes/nobles/menna69/e_menna_01.htm.
- Jibaja, J. C. (2012): «El uso de trillos durante la Edad del Cobre en la Meseta española. Análisis traceológico de una coleccción de denticulados de sílex procedentes del "recinto de los fosos" de El Casetón de la Era (Villalba de los Alcores, Valladolid)», *Trabajos de Prehistoria*, 16.
- Juglaría, N. M. (1982): *A bombo y platillo.* (LP)
- Lobo San Germán, G. (09 de 03 de 2019): «Los briqueros y sus rutas, entrevista 01» (P. Zamarro, entrevistador).
- López, J. (2004): «La mecanización del trabajo en el campo», en M. E. León: Museo Etnográfico Castilla y León, Junta de Castilla y León, 237.
- Maroto, J. V. (2014): *Historia de la agronomía, una visión de la evolución histórica de las ciencias y las técnicas agrarias*, Mundi-prensa, Madrid.
- Matey Pastor, J. (2019): «Los briqueros y sus rutas, entrevista 51» (Zamarro. P., entrevistador)
- Monesma, E. (1997): *Los trilleros*, Pyrene, Huesca.
- NODO (6 de 08 de 1951): 448B. Siega y trilla en Aragón, España.
- NODO (03 de 09 de 1951): 452A. Granero de España, España.
- Plinio, C. (1629): *Historia Natvral de Cayo Plino Segundo* (Vol. II) (J. d. Huerta, Traductor.), Iuan Gonçalez, Madrid.

- Ponce Ruiz, M. (2002): *Puro y jondo José Mercé, Fernando de la Morena*, Divisa Ediciones.
- RAE (29 de 07 de 2019): dle.rae.es. Obtenido de https://dle.rae.es/?id=S1olnAx.
- Rodao, J. (1910): *Cantares españoles: cantares del pueblo y cantares de los poetas*, Casa Editorial Maucci.
- Rodao, J. (1914): *Mis chichillos y yo,* Antonio San Martín.
- Rodao, J. (1922): *Retazos y fabulistas, versos para los chiquillo*s, Casa Santaren.
- Rodao, J. (1966): *Antología de sus versos*, Jefatura Prov. del Movimimento de Segovia.
- Romano, J. (6 de 03 de 1935): «El bárbaro drama rural de Cantalejo», *Mundo Gráfico* (1218).
- Romano, J. (27 de 02 de 1935): «El bárbaro drama rural de Cantalejo», *Mundo Gráfico* (1217).
- Sacristán, J. (2000): *Fuenterrebollo, así era mi pueblo,* Ayuntamiento de Fuenterrebollo.
- San Inocente Agudiez, C. l. (2019): «Los briqueros y sus rutas, entrevista 41» (P. Zamarro, entrevistador).
- San Macario, M. (enero de 2011): «Los pedreros». *El Cantal.*
- Sánchez, A. (16 de 01 de 2020): *Entresierra*s, revista digital. Obtenido de La posada de Cándido:http://www.salamancaentresierras.com/2016/06/la-posada-de-candido.html.
- San-Germán, J. (27 de 03 de 2019): «Los briqueros y sus rutas, entrevista 24» (P. Zamarro, entrevistador).
- Santa Engracia, J. (14 de 03 de 2019): «Los briqueros y sus rutas, entrevista 10» (P. Zamarro, entrevistador).
- Santa, J. (14 de 03 de 2019): «Los briqueros y sus rutas, entrevista 10» (P. Zamarro, entrevistador).
- Sanz Gómez, A. M. (19 de 04 de 2019): «Los briqueros y sus rutas, entrevista 39» (P. Zamarro, entrevistador).
- Sanz, V. (25 de 03 de 2019): «Los briqueros y sus rutas, entrevista 16» (P. Zamarro, entrevistador).
- Siguero, A. (1984): «Los trilleros», *Folklore* (41), O. C. Popular Ed., 175-180. Obtenido de http://media.cervantesvirtual.com/jdiaz/rf041.pdf.
- Struve, V. (1986): *Historia de la antigua Grecia* (I). Akal, Madrid,
- Vaquerizo, J. (2000): *Fuenterrobollo, cómo era mi pueblo.*
- Zamarro, A. R. (febrero de 2005): «Los trilleros, trillos de Piedra», *El Cantal.*
- Zamarro, A. R. (diciembre de 2005): «Palabras de un cribero, Juan Poza y Faustina Marín», *El Cantal.*
- Zamarro, A. R. (agosto de 2006): «El artesano José de Diego Miguel», *El Cantal.*
- Zamarro, P. (2016): *Leyendas de Segovia,* Almuzara, Córdoba.

Glosario

A continuación, se incluye un glosario de los términos de gacería utilizados en este libro:

ARBELLOS – Garbanzos

ARTÓN – Pan

ASTILLOSO – Tabla, madera

ATERVAR – Entender

BOTARSE – Irse

BRICA / BRICO – Criba

BAYORTE – Vino

BAYUCA – Taberna

BRIQUERO – Trillero, cribero, cantalejano

CADELO – Perro

CASCOSO – Vaso, porrón

CHIFLA – Piedra cortante

CHIFLO – Trillo

CENTINELA – Arroz

CIGÜETOS – Calzoncillos

CONCOSA – Bota de vino

CORREOSA – Bota de vino

CORTOSA – Hoz, navaja

ENCHIFLAR – Empedrar

ESTOBA – Paja

ENGRULLÓN – Alcalde, autoridad

ESTAFAPERDINES – Médico

ESTAFAR – Comprar, cobrar

FILOSA – Camisa

GARCÍN – Muchacho

GARLEAR – Hablar

GAZO – Malo

GRAMOSA – Cuerda para medir la altura de los mulos o para pesar con la romana

GROFA – Asadurilla

GUIÑOSA – Hierba

LUQUERO – Compañero

MAN – Hombre

MANDORRERA – Cuadra

MANDORRO – Mulo, burro

MECA – Oveja

MERCHE – Cura

MINCHAR – Comer

MISIR – Comer

MOCHETAS – Alubias

MOL – Vaso de vino

MONDA – Cabeza

MOROZA – Dinero

MOTARDA – Esposa

MOTARDINA – Moza

MUY – Lengua

ORDAYA – Carne

PAUTRA – Casa

PIAR – Beber

PICANTERO – Pollo

PINARRA – Dinero

PIÑATO – Puchero

PIRRIAR – Morir

POTINES – Dedos, un dedo = un duro

PITOCHE – Chico

PROSINA – Abundancia

POTA – Mano, cinco duros

PULIR – Portar, tener

PURETA – Viejo, anciano

REGOSO – Tabaco

RINGAR – Fumar

RODOSO – Carro

SIEN – Perro

SIERTE – Bueno

SIEVO – Padre, anciano, jefe

SINÍFAROS – Guardias

SIONA – Mujer

SORNEAR – Dormir

SORNEAR AL MOYANO – Dormir al sereno

TALLIFO – Piel

TALÓN – Posada

TISARRO – Caballo

TIZNERA – Sartén

TUTOS QUILLAOS – Huevos rotos

URA – Agua

URNIACO – Cerdo

VILACHE – Pueblo

VILORIO – Pueblo

VILORIO SIERTE – Cantalejo

VOLANDEROS – Pájaros

ZARRAPEIRO – Saco

ZARRAPEIRA – Saca

ZUZÓN – Tocino

Anexo I.
Revista Estampa, 1929

A continuación, se reproducen íntegramente las páginas 8 y 9 de la *Revista Estampa* n.º 95, de 5 de noviembre 1929, que contiene un artículo sobre los trilleros y criberos de Cantalejo y su peculiar forma de hablar: la gacería.

Pero como el formato del libro quedará muy pequeño y no se podrá leer, después de las imágenes se adjunta el texto completo en letra legible.

Estampa

Un pueblo de Castilla la Vieja que tiene un idioma para su uso particular

Con sus mujeres, con sus hijos, con sus herramientas y con su ajuar, los «briqueros» se van por el mundo a vender el producto de su trabajo.

Cae el dulce sol de otoño sobre los dos hombres que charlan de pie en la calle.

Curiosidad de periodista, sobre todo en un pueblo desconocido al que se acaba de llegar, es disculpable. Además, los dos hombres hablan bastante alto para que pueda oírseles, sin forzar el oído, desde unos pasos de distancia.

Escuchamos un rato atentos. Pero lo que oímos son unas palabras extrañas sin ningún sentido en el Diccionario castellano. Cogemos al vuelo una que se repite constantemente: *man*. Algunas otras: *sierte, ura, moroza, sieva, merche, pitoche, pinarra...*

Nos vemos obligados a echar mano de la taquigrafía para poder reseñar este pedazo de conversación:

—*Man, ¿se han pulido siertes los bricas?*

—*Para misir en el vilorio. Se estafaron gazos la mantúa y un pitoche, y el estafa-perdines me ha estafado la pinarra; cuarenta potas.*

—*Se garleaba que el maizo se pulía sierte.*

—*Sí; pero los manes de los otros vilorios no pulían pinarra, por estafarse gazos de moroza, ¡y tanto pitoche para misir artón, arbellos, ordaya y bayorte!... ¿Tu garlean se te ha pulido muy sierte?*

—*Sí; con la pinarra me he estafado una pautra y dos mandorros..., ¡y a no pirriarse!*

. . . . . .

Los dos hombres se van, cada uno por su lado, como si tuvieran mucha prisa. ¡Ya es extraño esto de aparentar tener mucha prisa en un pueblo de Castilla, donde la gente parece haber conseguido esclavizar el tiempo para que no se lance a la misma carrera apresurada del reloj! Es extraño también este pueblo mismo de casas nuevas, muchas de varios pisos; este pueblo, en el que las gentes van de prisa por la calle, y que tiene un rumor de trabajo activo y presuroso...

Sin saber por qué, miramos al cielo, luego, consultamos el reloj, sentimos ganas de preguntar a cuántos estamos... En suma, tardamos unos minutos en concretar ante nosotros mismos lo que queremos saber...

Pero desde aquí se ve, aunque un poco lejos, la sierra de Guadarrama. Se perfilan incluso algunas siluetas familiares de montañas: Siete Picos, la Mujer Muerta... Y estos dos hombres que hablaban hace un momento llevan en su rostro impresos los rasgos inconfundibles de los labriegos de Castilla la Vieja.

—¿Entonces hay un dialecto en Castilla la Vieja y nadie se había enterado?

Tenemos la suerte de llevar por cicerone al secretario del Ayuntamiento, D. Germán Martín Hurtado, hombre inteligente y curioso que ha buceado en la vida y las costumbres del pueblo. Como hemos formulado la pregunta en voz alta, él nos responde:

—No, señor; este dialecto es sólo de aquí, de Cantalejo.

(Cantalejo, partido judicial de Segovia, provincia de Segovia.)

—¿Y siempre hablan así en el pueblo?

—Aquí se habla también el castellano como en cualquier pueblo de Castilla. El dialecto se usa sólo para tratar determinados asuntos.

—¿Qué asuntos? ¿De qué hablaban estos dos hombres que hemos escuchado ahora?

El señor Martín Hurtado me traduce el pedazo de diálogo que he voy leyendo. Hélo aquí:

—*¿Cómo se han portado las cribas?*

—*Para comer en el pueblo. Tuve enfermos la mujer y un chico, y el médico me ha cobrado el dinero; cuarenta monedas de cinco duros.*

—*Se decía que la cosecha era buena.*

—*Sí; pero los labradores no tienen dinero por estar muy atrasados, ¡y con tanto chico para comer pan, garbanzos, carne, vino!... Tú, dicen que te ha ido muy bien.*

—*Sí; con el dinero he comprado una casa y dos mulos..., ¡y a vivir!*

. . . . . .

—¿Y para decirse eso tienen necesidad de un dialecto especial, casi de un idioma?

Mi interlocutor sonríe:

—No crea usted que van tan descaminados. ¡Sus razones tendrán! ¡Sus razones tienen, en efecto!...

El señor Martín Hurtado me habla con entusiasmo del pueblo. Mejor dicho, de la ciudad, porque Cantalejo es ciudad desde hace unos años, título que ha recibido como premio de su esfuerzo. Tiene tres mil quinientos habitantes, todos activos, trabajadores, incansables. Sus tres grandes industrias son la producción y venta

Lavando las pieles que sirven para la confección de sus cribas.

Demando los aros y picando los agujeros de las cribas.

Nadie más que ellos saben hacer esto, ni nadie más que ellos entienden lo que hablan mientras tanto.

Estampa

de ganado mular, de trillos y de cribas.

—La de trillos es la que hoy constituye la mayor fuente de riqueza del pueblo. Puede decirse que todos los trillos que se usan en el campo español, y en muchos de fuera de España, se hacen aquí. Hace veinticinco años sólo salían de aquí mil trillos anuales. Hoy salen veinticinco mil.

Chicos, mujeres y hombres trabajan en estos talleres amplios. Los hombres dan forma a las maderas de Segovia y Burgos, sobre las que se trabaja. Los chicos escopleau la parte posterior del trillo para hacer los agujeros, en los que las mujeres incrustan piedrecitas de Cuenca y de Alicante...

Pero la industria más floreciente, hoy un poco en decadencia, fué la de las cribas, que en Cantalejo se construyen desde tiempo inmemorial. Familias enteras se dedican también a la faena: unos doman los aros, otros mojan y ponen las pieles de caballo, mulo y asno; otros pican los agujeros.

Los criberos eran y son sempiternos andarines, y los trilleros han seguido su ejemplo. Mejor dicho, no han tenido necesidad de seguir el ejemplo de nadie, porque casi todos los criberos son también trilleros. Sólo el invierno lo pasan en el pueblo, trabajando. En marzo y abril, todos salen de viaje a recorrer ciudades, pueblos y aldeas, ofreciendo su mercancía. No pierden por esto el contacto con su patria chica. A mediados de agosto, cuando se celebran las fiestas de Cantalejo, estas familias errantes interrumpen su comercio para regresar y tomar parte en ellas. Terminadas, vuelven a marchar hasta mediados de septiembre...

—Entonces —continúa nuestro interlocutor— es cuando tiene utilidad su «idioma». Le usan ante las gentes extrañas, con las que hacen sus tratos, para que nadie sepa lo que cobran, lo que gastan y lo que tienen. ¡Y, sobre todo, para que nadie entienda su conversación mientras discuten entre ellos el precio que deben de poner a la mercancía delante del comprador!

—¿Y cómo se ha formado esta jerga? No parece que tiene mucha analogía con el castellano.

—No, no la tiene; aparte, claro está, de la sintaxis y de las partes auxiliares de la oración. Pero los nombres y los verbos no tienen relación con el castellano: *artón*, le dicen al pan; *tallifo*, a las pieles; *ara*, al agua; *sinifaros*, a los guardias; *engrullón*, a la autoridad; *mostardina*, a la moza; *merche*, al cura... A las cribas las llaman *bricas*; por eso a su jerga la llaman *briquero*...

Son las mujeres las encargadas de colocar en los trillos las piedrecitas que han de servir para despojar a la espiga de su grano.

—¿Hace mucho tiempo que se habla así?

—¡Quién sabe! Naturalmente, este es un «idioma» sin literatura, y por lo tanto, se puede precisar muy poco sobre su fecha. Alguien supone que tuvo su origen en la invasión francesa del siglo pasado, porque parece que en un barrio de Burdeos se habla una jerga semejante. Pero yo creo que es más antiguo, y hasta tengo la seguridad de que en el siglo XVIII existía ya. Bien es verdad que aquí hay muchos apellidos de origen francés. Mire, por ejemplo, éste se llama Corraye...

Y nos presenta un hombre que, a pesar de su apellido exótico, tiene un perfecto aspecto de hombre de la tierra:

—¿Usted se llama Correye?

—Sí, señor.

—¿Sus padres eran de aquí?

—De aquí eran.

—¿Y sus abuelos?

—Creo que también.

—¿Y sus bisabuelos?

El amigo Correye se encoge de hombros:

—¡Vaya usted a saber! ¡Yo no los he conocido! Pero supongo que serían de aquí también...

Y tras meditar un momento, añade:

—¿De dónde iban a ser?

La voz de una mujer que acaba de asomarse por la puerta de una casa cercana corta nuestro diálogo dirigiéndose al hombre:

—*A pautra. No garlear. Gazo.*

El hombre da media vuelta y se va hacia ella, después de despedirse atentamente de nosotros.

Ye interrogo a mi acompañante con la mirada, pero éste se limita a sonreír, diciéndome:

—¿Ve usted cómo emplean su lengua cuando les conviene?

—¿Qué ha dicho?

Mi acompañante me contesta vagamente; se nota que, por delicadeza, no quiere traducirme la frase.

Pero yo, después de consultar mis notas, estas notas que me ha proporcionado tan inteligentemente el señor Martín Hurtado, logro la traducción de estas últimas palabras oídas: *Pautra*, casa; *garlear*, charlar; *gazo*, cosa mala.

Y no tengo más remedio que sonreír también.

I. C.

Aspecto de uno de los muchos talleres de trillos de Cantalejo, en uno de los momentos de mayor actividad.

Como ven ustedes, las cantalejanas son feministas en esto de compartir el trabajo con los hombres. Y con su intervención, las faenas pueden tomar bellos aspectos plásticos, como el sorprendido en esta fotografía.

(Fotos Zapata.)

Con sus mujeres, con sus hijos, con sus herramientas y con su ajuar, los briqueros se van por el mundo a vender el producto de su trabajo.

Lavando las pieles que sirven para la confección de las cribas.

Domando los aros y picando los agujeros de las cribas. Nadie más que ellos saben hacer esto, ni nadie más que ellos entienden lo que hablan mientras tanto.

Son las mujeres las encargadas de colocar en los trillos las piedrecitas que han de ser= vir para despojar a la espiga de su grano.

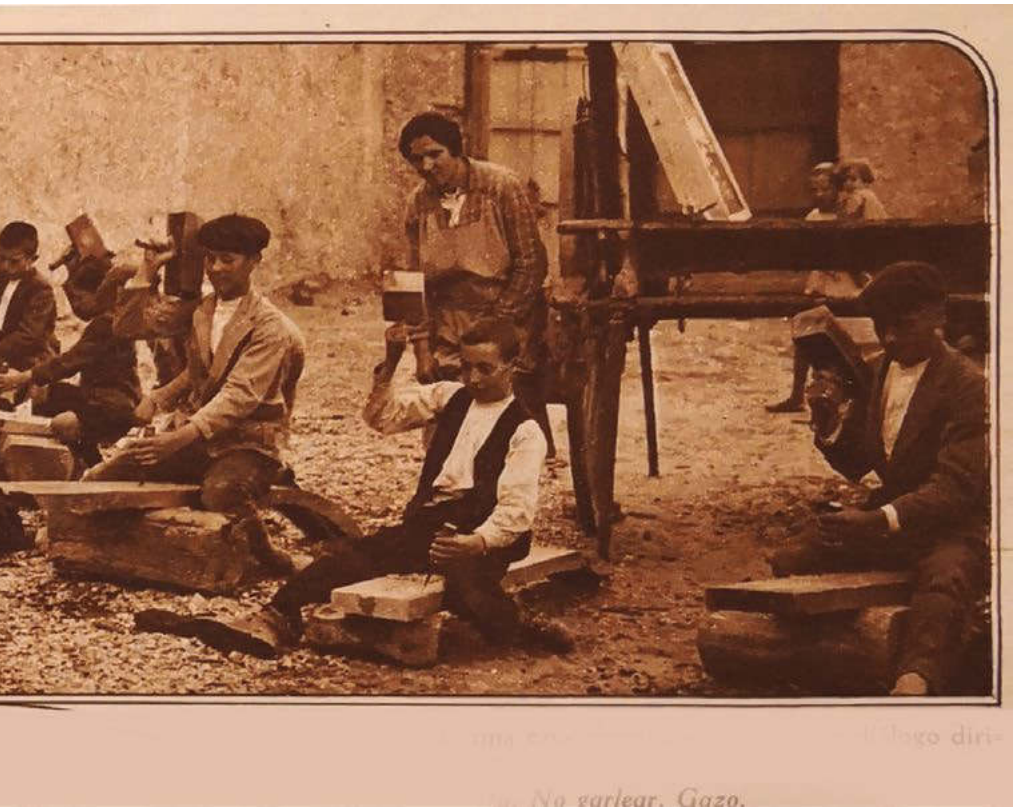
Son las mujeres las encargadas de colocar en los trillos las piedrecitas que han de servir para despojar a la espiga de su grano.

Aspecto de uno de los muchos talleres de trillos de Canta= talejo, en uno de los momentos de mayor actividad.

Aspecto de uno de los muchos talleres de Cantal

Como ven ustedes, las cantalejanas son feministas en esto de compartir el trabajo con los hombres. Y con su intervención, las faenas pueden tomar bellos aspectos plásticos, como el sorprendido en esta fotografía.

Como ven ustedes, las cantalejanas son feministas en esto de compartir el trabajo con los hombres. Y con su intervención, las faenas pueden tomar bellos aspectos plásticos, como el sorprendido en esta fotografía.



ejo, en uno de los momentos de mayor actividad.

UN PUEBLO DE CASTILLA LA VIEJA QUE TIENE UN IDIOMA PARA SU USO PARTICULAR

Cae el dulce sol de otoño sobre los dos hombres que charlan de pie en la calle.

Curiosidad de periodista, sobre todo en un pueblo desconocido al que se acaba de llegar, es disculpable. Además, los dos hombres hablan bastante alto para que pueda oírseles, sin forzar el oído, desde unos pasos de distancia.

Escuchamos un rato atentos. Pero lo que oímos son unas palabras extrañas sin ningún sentido en el diccionario castellano. Cogemos al vuelo una que se repite constantemente: *man*. Algunas otras: sierte, ura, moroza, sieva, merche, pitoche, pinarra…

Nos vemos obligados a echar mano de la taquigrafía para poder reseñar este pedazo de conversación:

—Man, ¿se han pulido siertes las bricas?

—Para misir en el Vilorio. Se estafaron gazos la motarda y el pitoche, y el estafaperdines me ha estafado la pinarra: cuarenta potas.

—Se garleaba que el maizo se pulía sierte.

—Sí, pero los manes de los otros Vilorios no pulían pinarra, por estafarse gazos de moroza, ¡y tanto pitoche para misir artón, arbellos, ordaya y bayorte!… ¿Tu garlean se te ha pulido muy sierte?

—Sí con la pinarra me he estafado una pautra y dos mandorros… ¡y a no pirriarse!

……

Los dos hombres se van, cada uno por su lado, como si tuvieran mucha prisa. ¡Ya es extraño esto de aparentar tener mucha prisa en un pueblo de Castilla, donde la gente parece haber conseguido esclavizar el tiempo para que no se lance a la misma carrera apresurada del reloj! Es extraño también que este pueblo mismo de casas nuevas, muchas de varios pisos; este pueblo en el que las gentes van deprisa por la calle, y que tiene un rumor de trabajo activo y presuroso…

Sin saber por qué, miramos al cielo, luego, consultamos el reloj, sentimos ganas de preguntar a cuántos estamos… En suma, tardamos unos minutos en concretar ante nosotros mismos lo que queremos saber…

Pero desde aquí se ve, aunque un poco lejos, la sierra de Guadarrama. Se perfilan incluso algunas siluetas familiares de montañas: Siete Picos, La Mujer Muerta…

Y los dos hombres que hablaban hace un momento llevan en su rostro impresos los rasgos inconfundibles de los labriegos de Castilla la Vieja.

«¿Entonces, hay un dialecto en Castilla la Vieja y nadie se había enterado?».

Tenemos la suerte de llevar por cicerone al secretario del ayuntamiento, don Germán Martín Hurtado, hombre inteligente y curioso que ha buceado en la vida y las costumbres del pueblo.

Como hemos formulado la pregunta en voz alta, él nos responde:

—No, señor; este dialecto es solo de aquí, de Cantalejo. (Cantalejo, partido judicial de Sepúlveda, provincia de Segovia).

—¿Y siempre hablan así en el pueblo?

—Aquí hablan también el castellano como en cualquier pueblo de Castilla. El dialecto se usa solo para tratar determinados asuntos.

—¿Qué asuntos?, ¿de qué hablaban estos dos hombres que hemos escuchado ahora?

El señor Martín Hurtado me traduce el pedazo de diálogo que voy leyendo, hele aquí:

—¿Cómo se han portado las cribas?

—Para comer en el pueblo. Tuve enfermos a la mujer y a un chico, y el médico me ha cobrado el dinero: cuarenta monedas de cinco duros.

—Se decía que la cosecha era buena.

—Sí, pero los labradores no tienen dinero por estar muy atrasados, ¡Y con tanto chico para comer pan, garbanzos, carne, vino!... Tú, dicen que te ha ido muy bien.

—Sí, con el dinero he comprado una casa y dos mulos..., ¡y para vivir!

.....

—¡Y para decirse eso tienen necesidad de un dialecto especial, casi de un idioma?

Mi interlocutor sonríe:

—No crea usted que van tan descaminados. ¡Sus razones tendrán! ¡Sus razones tienen, en efecto!...

El señor Martín Hurtado me habla con entusiasmo del pueblo. Mejor dicho, de la ciudad, desde hace unos años, título que ha recibido como premio de su esfuerzo. Tiene tres mil quinientos habitantes, todos activos, trabajadores, incansables. Sus tres grandes industrias son la producción y venta de ganado mular, de trillos y de cribas.

—Los trillos es la que hoy constituye la mayor fuerza de riqueza del pueblo. Puede decirse que todos los trillos que se usan en el campo español, y en muchos de fuera de España, se hacen aquí. Hace veinticinco años solo salían de aquí mil trillos anuales. Hoy salen veinticinco mil.

Chicos, mujeres y hombres trabajan en estos talleres amplios. Los hombres dan forma a las maderas de Segovia y Burgos, sobre las que se trabaja. Los chicos escoplean la parte posterior del trillo para hacer los agujeros, en los que las mujeres incrustan piedrecitas de Cuenca y de Alicante[20]...

Pero la industria más floreciente, hoy un poco en decadencia, fue la de las cribas, que en Cantalejo se construyen desde tiempo inmemorial. Familias enteras se dedican también a la faena: unos doman los aros, otros mojan y ponen las pieles de caballo, mulo y asno; otros pican los agujeros.

[20] Quiere decir Cuenca y Guadalajara. El artículo está equivocado.

Los criberos eran y son sempiternos andarines, y los trilleros han seguido su ejemplo. Mejor dicho, no han tenido necesidad de seguir el ejemplo de nadie, porque casi todos los criberos son también trilleros. Solo el invierno lo pasan en el pueblo, trabajando. En marzo y abril, todos salen de viaje a recorrer ciudades, pueblos y aldeas, ofreciendo su mercancía. No pierden por eso el contacto con su patria chica. A mediados de agosto, cuando se celebran las fiestas de Cantalejo, estas familias errantes interrumpen su comercio para regresar y tomar parte en ellas. Terminadas, vuelven a marchar hasta mediados de septiembre…

—Entonces —continúa nuestro interlocutor —es cuando tiene utilidad su «idioma». Le usan ante las gentes extrañas, con las que hacen sus tratos, para que nadie sepa lo que cobran, lo que gastan y lo que tienen. ¡Y, sobre todo, para que nadie entienda su conversación mientras discuten entre ellos el precio que deben poner a la mercancía delante del comprador!

—¿Y cómo se ha formado esta jerga? No parece que tenga mucha analogía con el castellano.

—No, no la tiene; aparte, claro está, de la sintaxis y de las partes auxiliares de la oración. Pero los nombres y los verbos no tienen relación con el castellano: *artón*, le dicen al pan; *tallifo* a las pieles; *ura* al agua; *sinífaros* a los guardias; *engrullón* a la autoridad; *motardina* a la moza; *merche* al cura… A las cribas las llaman *bricas*; por eso a su jerga la llaman *briquero…*

—¿Hace mucho tiempo que se habla así?

—¡Quién sabe! Naturalmente, este es un idioma sin literatura, y, por lo tanto, se puede precisar muy poco sobre su fecha. Alguien supone que tuvo su origen en la invasión francesa del siglo pasado, porque parece que en un barrio de Burdeos se hablaba una jerga muy semejante. Pero yo creo que es más antiguo, y hasta tengo la seguridad de que en el siglo XVIII existía ya. Bien es verdad que aquí hay muchos apellidos de origen francés, mire, por ejemplo, este se llama Corraye…

Y nos presenta a un hombre que, a pesar de su apellido exótico, tiene un perfecto aspecto de hombre de la tierra:

—¿Usted se llama Corraye?

—Sí, señor.

—¿Sus padres era de aquí?

—De aquí eran.

—¿Y sus abuelos?

—Creo que también.

—¿Y sus bisabuelos?

El amigo Corraye se encoge de hombros.

—¡Vaya usted a saber! ¡Yo no los he conocido! Pero supongo que serían de aquí también…

Y tras meditar un momento, añade:

—¿De dónde iban a ser?

La voz de una mujer que acaba de asomarse por la puerta de una casa cercana corta nuestro diálogo dirigiéndose al hombre:

—A pautra. No garlear. Gazo.

El hombre da media vuelta y se va hacia ella, después de despedirse atentamente de nosotros.

Yo interrogo a mi acompañante con la mirada, pero este se limita a sonreír. Diciéndome:

—¿Ve usted cómo emplean su lengua cuando les conviene?

—¿Qué ha dicho?

Mi acompañante me contesta vagamente; se nota que, por delicadeza, no quiere traducirme la frase.

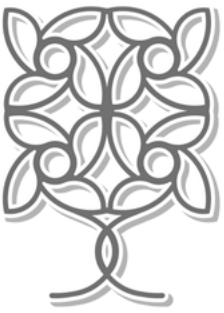
Pero yo, después de consultar mis notas, estas notas que me ha proporcionado tan inteligentemente el señor Martín Hurtado, logro la traducción de estas últimas palabras oídas: *pautra*, casa; garlear, charlar; gazo, cosa mala.

Y no tengo más remedio que sonreír también.

Apéndice

En la década de los cincuenta del pasado siglo se producían en Cantalejo 30 000 trillos al año, pero eso fue como el canto del cisne. A partir de 1960, comenzó un rápido e imparable declive y, en poco más de una década, los trillos desaparecieron por completo arrumbados por el progreso y las cosechadoras.

Lo que había sido una pujante industria artesanal, que daba trabajo a todo un pueblo, desapareció de repente, casi como si nunca hubiera existido, y los trillos y las cribas, que eran sus dos productos estrella, se quedaron solo para alimentar la nostalgia, servir de adorno en casas y restaurantes o para convertirse en piezas de museo.

No obstante, el trillo produjo una fuerte impronta en los cantalejanos, de modo que ellos se siguen llamando *briqueros* «los que hacen trillos», «los que hacen cribas». Primero fueron las cribas, a las que cambiando el orden de las letras las llamaron *bricas* y de ahí lo de briquero en su particular jerga, a la que llamaban *gacería*. Después, a partir de 1900, casi todos los criberos se hicieron también trilleros, pero siguieron manteniendo el apelativo de briqueros, que más tarde se hizo extensivo a los tratantes de ganado y después a todo el pueblo.

Hoy, acabada la industria de los trillos, lo siguen manteniendo como seña de identidad, olvidando en cierto modo las penalidades de aquella vida, y por eso en este libro hemos querido evocar tanto las penas como las alegrías de aquella existencia errante, en la que lo más gratificante era la sensación de libertad.